



-En esos casos, siempre me pregunto quién hace el papel de hombre y quién el de mujer.

En la penumbra del dormitorio, vuelvo a oír la voz de Adolfina. Teresa fue a visitarla a la vieja casa donde vive sola, y Adolfina le preguntó si no tendríamos lugar para ella en el auto. La última vez que vino a Buenos Aires a visitar a su hija, Adolfina se cayó al bajar del ómnibus, y ahora tiene miedo de viajar sola.

Me pican las manos y los pies. Tengo dos ronchas enormes en el muslo, y otra, pequeña, en la base del dedo índice de la mano derecha. La de la mano tal vez no sea una picadura de estos mosquitos que han invadido este Buenos Aires antes tan piola, y ahora tan castigado por la hiper, la desocupación, esta humedad y este calor insoportables que nos acompañan desde hace días, y ese agujero en la capa de ozono que ha convertido al sol en un enemigo. Este montículo en la mano derecha debe ser una verruga. Hay verrugas cancerosas. ¿Es posible que el tiempo de la fiesta esté terminando? Todavía tengo tanto por hacer...

La picazón es insoportable. Me arrancaría la mano. Pero entonces me dolería, aunque de otra manera. He oído que los nervios cortados a veces siguen transmitiendo el dolor. Parece absurdo. No sé nada de fisiología, pero he notado que en otros terrenos suceden cosas así. Siento una angustia vaga, semejante a aquella que a veces sentía por las mañanas, cuando iba a la primaria, o al Nacional - y, curiosamente, no cuando me fui a estudiar a Buenos Aires - y que siento ahora, cuando estoy unos días, unas horas o unos minutos lejos de Teresa. La sensación de estar perdiendo el tiempo,

desperdiciando nuestras horas sin compartirlas con la gente a quien queremos, de quienes - en algún momento - la vida o la muerte han de separarnos.

Se me pasará. Todo pasa. La juventud, las vocaciones, la pasión, las calenturas, quizás hasta el amor. Por prudencia o buen sentido, por astucia o por hartazgo, las cosas dejan de interesarnos. Dice Proust: “La debilidad y la culpa hacen al hombre más dócil; finalmente, le queda la serenidad” Pero el tiempo de la inquietud es largo. He visto enfermos terminales, y la inquietud parece torturarlos más que el dolor físico.

Me levanto y camino por la casa. Inequívocamente, esto sucede *ahora*. Sebastián, el empleado nuevo, ha venido a traerme unos expedientes, y se ha dejado besar por mí. No es verdad. Él me ha besado. Él ha tomado la iniciativa, y yo le he dejado hacer. Ha hecho conmigo lo que jamás yo me hubiera atrevido a hacer con él. Lo que jamás me hubiera imaginado que él se atrevería a hacer conmigo.

Nos han visto: mi gente y algunos extraños. A pesar de que es medianoche, y nadie viene a esta hora por la oficina. Fué una imprudencia permitir que esto sucediera *aquí*. (Juanjo me lo advierte una y otra vez: “La suerte, el Destino, Dios, te han dado mucho: no tenés derecho de arriesgar tanto”). Sebastián - comprensivo, pero indiferente; indiferente, pero triunfador - me dice que no debo preocuparme. No lo había pensado, pero ahora sospecho que Sebastián puede ser uno de los nombres del Diablo. Yo era una criatura, y sabía que el Diablo andaba siempre cerca de mí.

El japonés debía temer algo parecido. Además del Buda sonriente y panzón del comedor, tenía en su mesita de noche una estatuita del Corazón de Jesús, para que lo defendiera del Diablo. Me lo dijo. Seguramente es cristiano. No es lo mismo ser cristiano que ser católico. Alguien – ¿quién? - me lo dijo hace mucho tiempo. Me parece que entonces no lo entendí. Ahora, tal vez... Quizás... Aunque... Con este Papa nuevo, tan revolucionario, o por lo menos... Tan amplio. Tan *argentino*. Argentino, que etimológicamente... ¿etimológicamente, no?... quiere decir: “de plata”. Los argentinos somos de plata. Y por eso, en tantas cosas, tan envidiosos y tan insoportables...

Con este Papa argentino - de plata - tal vez cambien algunas cosas. Algunas..  
¿Muchas? ¿Quién sabe? Siempre son las mismas, o casi las mismas las que me preocupan, pero ahora, a veces, ahora, quizás referidas a otras personas. Se crece, se envejece... Hace unos años, pocos... No tantos... Qué rápidos pasan ahora los años. Diez años de unba Gran Pèrdida, Màs de diez.. Quizàs doce.. Doce... Era el fin delo milenio.. Se terminaba el munodo, y el mundo no se terminó

Nunca, nada es previsible. Nada es como pensamos que va a ser. Muchos años después de que pasaran todas aquellas cosas que me propongo recordar esta noche, podría haberme preocupado cuando una mañana Antonio me llamó para decirme que esa noche, la noche anterior, había intentado suicidarse. Había abierto *todas* las llaves de gas de la cocina, para suicidarse, pero finalmente las había cerrado, y había tenido que pasarse la noche limpiando, porque el gas le hizo mal y vomitó, y estaba todo hecho un asco. Me lo contó por teléfono, y Cristina se paseaba a mi alrededor diciéndome: “No se involucre, doctor, no se involucre...” Y no me involucré mucho. Bueno. Quizas un poco. No se le puede decir a uno que te llama a las siete de la mañana para contarte que anoche intentó suicidarse, “Bueno es cosa tuya. Arreglételas. No nos estamos viendo ni una vez por año. Es cosa tuya”.

Era cosa suya. Finalmente lo hizo, dos o tres días después, y realmente, no me sentí muy culpable por no haber hecho algo más para ayudar a que no lo hiciera. Además, supe por Angèlica, su colega, ¿enamorada? No sé si calificar ¿sin esperanzas?, pero ella sabía. No es una nena: es tan vieja como él y como yo.. De esta generación que antes decíamos - decíamos, y pensábamos - *esos viejos de sesenta...* Y ahora, tenemos que reflexionar, elegir los calificativos, ser prudentes, para no vernos (ante los otros, ante nosotros mismos) demasiado mal ubicados, ridículos.... A sus más de sesenta, HABIENDO COMPARTIDO SU VIDA desde que JUNTOS empezaron la facultad, CONOCIENDO EL RECIENTE ANECDOTARIO DE ANTONIO, DEL CUAL TUVO A BIEN INFORMARME CUANDO ME LLAMO PARA EXPLICARME PORQUE NO ME HABIAN PARTICIPADO DE LA CEREMONIA De

CREMACION, EL CUERPO HABIA QUDDO TAN DESTUIDO QUE ERA IMPORIBLE DEMORRLA PO MOTIVOS PURAMTRNE SOCILES, Angèlica SABÌA que Antonio tenia sòlidos, motivos para tomar lo que algunos periodistas calificaron como una tràgica determinaciòn, que poco y nada tenian que ver conmigo, aunque el ùltimo y màs determinanate motivo tiene raices antiguas que se me fueron hacièndomse màs claras, y evidentes, como lo fui confrimando casi al final de redactar estas memorias.

El peso de la tradiciòn, de la moral, de la formacion recibida, existe, y uno se siente un poco obligado a intervenir, a intentar *algo*, y la verdad es que algo hice, aunque sirivio de poco, porque finalmente unas horas depues izo lo que hizo. Pero esa es otra historia. Es mucho y largo lo que quiero contar. y no quiiero disperswsarme. ¡ Pobre Francisco..!. Hsegauramnte harà tenido y tendrà que lidiar con muchas cosas parecidas , y èstas, y otras que tal vez nos preccupan sòlo a unos pocos...CADA UNO DEBDE JUGAR CON AS CARTRAS QUE LE FUERAN DADAS.

2

Posiblemente el japonés era católico. Había muchos católicos en Nagasaky, que fue la segunda ciudad sobre la que se lanzó una bomba atómica, pero la gente se acuerda poco de Nagasaky... Ni siquiera de Hiroshima. El japonés - el otro japonés - escribe sobre San Sebastián. Tendría que ir hasta la biblioteca y fijarme. Mishima... Mishima... Parece que estuviera llamando a un gato. No sé si estoy equivocado, pero estoy casi seguro de haber leído en alguna parte que Mishima era católico. ¿Se puede ser católico y amar a a alguien como Sebastián? Mishima dice que lo amaba, y se suicidó ante las cámaras de televisión, en un acto de suprema soberbia. Tal vez se sintiera realmente muy desgraciado. O muy confundido. Posiblemente, yo no amo a Sebastián: si esto no es más que un sueño.

Una vez, hace muchísimo tiempo, soñé que Rik y yo éramos de la misma edad. O casi: él había cumplido - ¡por fin! - sus veintitrés años, y yo seguía teniendo veinticuatro

o veinticinco. Cuando se lo comenté, Marga me dijo: -Si te permitís soñar con él, quiere decir que ha empezado a dejar de preocuparte.- En el sueño, Rik me invitaba a una orgía con dos mujeres en una casa suya, medio derruida, en las afueras de una ciudad remota. Llovía. Todo era feo y sucio. Barro, paredes carcomidas, una cama sin sábanas ni colchón. Rik estaba contento. Yo - pasivamente - miraba los preparativos: tenían que ver sobre todo con la cama... Pero algo impedía que la cosa se concretara: un alambre de púa zigzagueaba, dividiendo el escenario. Rik - siempre contento - lo arrollaba para retirarlo, y Juanjo -que aparecía de ninguna parte - lo ayudaba. De pronto, advertí que Rik se había lastimado las manos y las rodillas. Tenía pantalones cortos, como hasta la adolescencia usábamos los chicos de mi tiempo, y sentí pena por él, pero no podía hacer nada. En la calle, rugía una manifestación. Muchos católicos venían a buscar a Rik para echarlo en la hoguera, porque Rik era ateo, y se había permitido corromperme. Salí a defenderlo, y volqué una copa de champán en el seno enorme, ridículo, de la mujer gorda vestida de rojo que encabezaba la manifestación.

Muchos años después, Rik me detiene en la calle. Hace años que no hablamos. Está - como siempre conmigo - simpático, cordial. Me cuenta que se ha separado, que tiene otra mujer, y que es muy feliz. Ella es mayor, y tiene dos hijos que viven con ellos. Como otras veces, tengo la sensación de que en alguna parte hay un espejo.

Rik me dice también que ha soñado conmigo. Para contarme esto, ha corrido más de media cuadra, llamándome a los gritos. Le pregunto cómo fue su sueño. Se desconcierta: -No puedo darte muchos detalles. No lo recuerdo con claridad. Vos y yo estábamos en una cama, y pasaba algo. No sé bien qué. Era un sueño sexual, pero no tenía nada de malo. Sólo alguna vieja beata de las que pasan el día en la iglesia podría escandalizarse.

Muchos años y algunos meses después, el otro Rik me dice: -Quiero ser tu amigo para toda la vida.- Sospecho que con esto me está proponiendo algo más, le pido que sea más explícito, y lo admite: -No es imprescindible que suceda, pero si pasa, será mejor.

Pienso si de nuevo será el Diablo. El segundo Rik me cuenta que a los trece años estaba enamorado del cura de su pueblo -Estaba enamorado como se está enamorado a los trece años - me dice. No tengo idea de como será eso de estar enamorado de un cura a los trece años, pero no me da más explicaciones. El segundo Rik me asegura que soy la primera persona en quien piensa al levantarse y la última persona en quien piensa antes de quedarse dormido. Quiero escapar, pero es como si la voluntad me hubiese abandonado. El segundo Rik me dice: -Tenés que darte permiso para sentir. Sufrir por un deseo - quizás irrealizable - puede hacerte más rico que la mayoría, que nunca conoció la intensidad de una pasión. De otro modo te negás el derecho de madurar, que para todos - pero especialmente en un tipo como vos - es también un deber.

¿Tendrá razón?

3

Estoy podrido de que en las peloterías amistosas o familiares me lo tiren como un reproche o como un insulto. O de que en las mesas de café, después de un buen rato de usar mis oídos gratuitamente, terminen diciéndome: -Sos fuerte. Sabés manejarlo. Si yo fuera como vos, no me mandaría tantas cagadas y ahora no estaría tan mal- Como no quiero dar mi cerebro a torcer, prefiero elegir mis oyentes entre profanos y aficionados, más débiles o más enfermos que yo, en lugar de dilapidar la gaita (que no me fue fácil ganar) en sesiones de psicoanálisis, psicoterapia o psiquiatría con profesionales que se creen omnipotentes ( y no lo reconocen ); que te cobran la mitad de uno y el otro entero y en reciprocidad no te cuentan nada acerca de ellos ( como uno, en el fondo del subconciente, está esperando) porque no te consideran amigo o porque no les parecerá ético, y se hacen dueños de tus problemas que - gratis y más gratificantemente - podrían escucharte en un bar un amigo, un conocido o un

desconocido. O - si estás en ésa - en la iglesia, el confesor, que encima te absuelve de tus culpas y te reexpide por el camino de la salvación que has abandonado por enésima vez.

Los semiamigos parecen ser los más eficaces receptores de mierdas: generalmente no se consideran autorizados a infringirte sus penurias, como sí lo hacen los desconocidos totales, que mediante la curiosidad que nos lleva a escucharlos, terminan robándonos la exclusividad de la palabra. Me acuerdo del chico de Lavallol, que desde el principio me pareció más loco que una cabra. Yo también tengo algo de cabra. ¿No es acaso Capricornio el signo de la cabra? Lo escuché pacientemente, pensando qué mano o qué consejo podía darle. A la media hora no me quedaban dudas: lo suyo no tenía remedio, pero tuve la impresión de que quería joderme. Esa vez - como casi siempre en esos casos - ni siquiera necesité hablar de lo mío. Con sólo escucharlo, se me pasaron las ganas de introspecciones inconducentes, y me fui a dormir, tranquilo, como supongo han de hacer los que se psicoanalizan después de una sesión exitosa, como me pasa a mí después de hacer (bien) el amor, lo que no siempre sucede. Yo diría que sólo me resulta bien cuando lo hago con Teresa.

A los amigos más amigos, que te conocen, que conocen tu entorno, no se les puede contar *todo*. No sería elegante ni leal pedirles que tomen partido, y se corre el riesgo de aburrirlos, contándoles siempre las mismas historias: como en una calesita, estamos dando vueltas, *en redondo*, siempre en el mismo lugar.

Podés tirarte desde la terraza del último piso del edificio más alto de Buenos Aires - leí en alguna parte que arrojarse al vacío es la forma de suicidio que prefieren las prostitutas, quizá como metáfora de la otra *caída* - e imaginar que mientras vas cayendo hablás con tu Ángel de la Guarda y evocás tu vida, cronológica o incoherentemente, como si estuvieras dictando una novela, que tendría el suspenso de saber si al final morís hecho crema sobre el pavimento, o vienen los otros ángeles, conmovidos por lo que también ha sido tu defensa y justificación, para abarajarte en el *last minute rescue*, ficticio y hollywoodescamente conformista.

Una novela que tomase como punto de partida esa idea debería llevar los capítulos numerados de mayor a menor. Empezaría con el número... ¿cincuenta? - ¿Tendrá cincuenta pisos el Atlas? - e iría avanzando - y descendiendo - en capítulos cada vez más breves, cada vez más rápido ( por la aceleración de la gravedad ) hasta llegar al Capítulo Uno - ¿o Capítulo Cero? - '*En el suelo. La bolsa de huesos*'. El Capítulo Cincuenta ('*En la terraza*'), podría empezar:

-Tengo miedo, Ángel. Siempre. Aunque los demás no se den cuenta, y me imputen como soberbia todo lo que no es sino disfraz de mi debilidad o de mi temor. Por eso me entrego a lo que la profesora de religión decía era la Máxima Cobardía, el Pecado que Dios no puede perdonar. ( Ahora pienso que era un Gran Atrevimiento de la señorita Irma pretender saber qué podía decidir Dios en el momento de juzgar a un mentiroso, a un lascivo, o a un suicida. Aunque según ella, las faltas se midan por la Importancia de la Persona Ofendida: si Dios es el Supremo Amor, ¿cómo negar la posibilidad de Su Última Paciencia, del Último Perdón? Aunque el Diablo, de cuclillas en la vereda esté acechando para abarajarme con sus uñas ganchudas, Dios, desde lo alto, bien puede estar llamándome para que vaya a descansar en Su Seno).

No me gusta. Ingenuo, rebuscado, retórico y literario. En el café no lo contaría así. Ni en la cama, hablando conmigo mismo, antes de dormirme.

Además, por el momento, no pienso suicidarme.

4

Yo creía mucho en Dios. Y en el cielo, y en el infierno, y en todas esas cosas. No entendía porqué en aquel juego de 'tan-tan- ¿quién es?', si el que venía a buscarnos decía que era Dios, o la Virgen, había que correr, escapándole, si lo mejor que a uno puede pasarle es que Dios o la Virgen vengán a buscarlo, ¿no?



Yo llamaba a Dios, y a la Virgen - y a vos, Ángel, que *debías* estar conmigo, porque Dios puso a los Ángeles de la Guarda para que cuiden a los chicos cuando están en peligro - aquella tarde cuando pasó lo que pasó en el túnel del cine. Yo te llamaba, Ángel, y no me oíste. Me sentía mal, y culpable, aunque yo no había querido... ni siquiera había imaginado que pudieran pasar cosas así. No soy de los que piensan que Dios vive vigilándonos para castigarnos si hacemos cosas que Él no quiere que hagamos, ni pienso que porque Él no intervenga cuando le pedimos que lo haga, no existe. Es difícil negar siempre y coherentemente la existencia de Dios. Haroldo me contó que más de una vez entró a una iglesia vacía para pedir Fe. Y a Santina, que si te oye decir: -¡Gracias a Dios!-, te chumba: -¿A quién agradecés? Si Dios no existe...-, alguna vez se le escapa: -Me gustaría creer.

Hasta los chicos de Rik fueron monaguillos, como lo había sido él antes de que yo lo conociera, cuando seguramente todavía no proclamaría frívolamente el superficial ateísmo que lo hacía parecer una presa codiciable en más de un sentido. Tal vez fuera más cómodo ignorar Su Existencia, pero no es fácil escapar de la Mirada de Dios.

En la familia de papá, nadie, ni siquiera las mujeres, había recibido más sacramento que el bautismo, pero se ve que a papá esos temas le preocupaban, porque un día nos preguntó si era posible que una persona que no había hecho la primera comunión y que nunca iba a la iglesia, se salvase de ir al infierno. Tampoco en la familia de mamá - en la cual sí habían tomado la comunión y se casaban por la iglesia - le daban mucha bolilla a esas cosas, pero mis hermanos y yo - no sabría decir porqué - salimos bastante religiosos. Tal vez porque de chico pasábamos mucho tiempo en casa de Fina. Papá me pasaba por encima del tapial que dividía los patios, y Fina o alguna de sus hermanas me recibía en sus brazos, y me quedaba con ellas el día entero. Cuando la Negra llegaba de la escuela - a veces en un auto de alquiler y a veces (casi siempre, y siempre cuando llovía) en un coche de caballos, - seguramente el último que todavía trabajaba de los varios que hubo en el pueblo, hasta que desaparecieron corridos por los *autos de alquiler*, los taxis que hasta se podían pedir por teléfono, como hacía mi abuela cuando

quería ir al cementerio a *repasar un poco* el panteón familiar, por si a los parientes de afuera se les ocurría visitar a sus muertos el día de a Ánimas, cosa que siempre escuché jamás sucedía.

Después de pelear un poco con Fina porque no le tenía listo el té o no le había planchado el guardapolvo para el día siguiente, la Negra me daba un gran lápiz rojo para que le ayudara a corregir los cuadernos de sus alumnos. Preguntando: -'¿Qué dice aquí?' - y - '¿Qué dice allá?' - aprendí a leer sin que nadie se hubiera dado cuenta, hasta el día que pregunté a Fina: -¿Qué quiere decir 'invaden' ? ¿Que quiere decir Polonia? - que eran las palabras que con grandes letras habían puesto en la primera página del diario que la Negra trajo de la calle. Se pusieron a gritar como locas que el nene sabía leer, y tras probar con otras palabras y en otras páginas que mi acierto no había sido una pura casualidad, fueron a avisarle a mamá, que a los pocos días, y con gran indignación de papá a quien para nada le gustaban esas cosas, decidió que con una partida de nacimiento y un certificado de estudios falsificados, yo podría entrar directamente a primer grado superior y ganar así más de un año. Por eso, siempre fui el más chico de la división, y tal vez por eso me costaba tanto relacionarme con los demás, que me parecían tan diferentes, y he sentido tantas veces como que estoy ocupando un lugar que no me corresponde. Aprender a leer había sido un juego, como el que jugábamos cuando sacábamos por el patio, en procesiones que imitaban las que los curas hacían por las calles del centro, los santos que Fina tenía en una capillita en el fondo de su casa. Durante mucho tiempo, cuando alguien le preguntaba qué iba a ser yo cuando fuera grande, papá contestaba: -"Obispo". -Extraño sentido del humor - comentó no hace mucho una de mis efímeras confidentes acerca de este pronóstico, que siempre juzgué una oblicua agresión. Cuando papá decía eso, me gustaban un montón de chicas con las que nunca llegué a nada, pero pensaba que cuando fuera grande me casaría, o mejor dicho, tendría una novia, para vivir una Gran Historia de Amor como las que todavía se escuchaban por la radio, o las que veía cuando mamá, cediendo a mis cargosos requerimientos, me llevaba a ver alguna película cuyo afiche - en la calle o en

el hall del cine, donde todos los días me detenía a mirarlos - había despertado mi curiosidad.

Con malas palabras que no eran habituales en él, muchas veces papá me previno que no le hiciésemos rezar misas ni funerales cuando él se muriera... pero en el cajón del escritorio, junto al revólver con el que yo temía algún día cumpliese lo que me había avisado pensaba hacer, tenía una estampita de San Judas Tadeo, *'que es el santo que hace que nunca falte trabajo para poder darles a ustedes la vida que llevan'*, me explicó una vez.

5

Quizás el mantener distancia con Dios y la religión era en mi padre un modo de remarcar su hombría. Desdeñaba en el atuendo todo lo que fuese más allá de la pulcritud elemental como afeminado y superfluo. El baño diario - o dos veces por día - con agua fría, invierno y verano; la afeitada (con navaja) y la gimnasia en la barra, en cuanto se levantaba, al amanecer, eran sus ritos. Y la frugalidad en el comer, la abstinencia absoluta de alcohol, tabaco y mujeres. Jamás le oí expresarse admirativamente acerca de ninguna: debían ser respetadas, las primeras en ocupar los botes salvavidas en caso de naufragio, pero si alguna vez le oí elogiar la conducta, la energía, la actitud frente a la vida, la belleza física de alguien, siempre se refería a algún hombre: un político, un artista, o un chico de mi edad, o un muchacho cualquiera, al punto de hacerme sospechar si no hubiese preferido ser padre de alguno de esos tipos más bien que ser mi padre.

Me quería diferente. Una vez me mandó a ver una especie de noticiario largo, sobre la vida en un liceo militar. Poco después, oí que comentaba con mi tía Josefina su intención de hacer que cursara allí mi secundario. Por eso, el día de la exhibición, una función especial que no estaba anunciada en el diario ni en las carteleras, al dejarme en

el cine a esa hora insólita - las dos de la tarde, un día de semana - me había dicho: -Te va a gustar.

Mi tía, sin comprometerse demasiado, adujo que los chicos que se educan en esos establecimientos se crían muy desconectados de los afectos familiares, y de la realidad. Mi padre descalificó - también sin apasionamiento - las opiniones de Josefina, y durante algunos meses tuve un nuevo motivo para temer, que se sumaba a la reiterada e incumplida amenaza de ponerme *pupilo* en un colegio, religioso o laico. Finalmente, me mandaron a que me inscribiera en el Colegio Nacional del pueblo, que siempre tuvo fama de turbulento, en lugar de continuar en la Escuela Normal, en cuyo Departamento de Aplicación - una vez superados los primeros meses de doloroso acostumbamiento - yo había cursado con aceptable tranquilidad los grados de la primaria, uno de los poquísimos chicos entre todas aquellas chicas en cuya compañía me sentía mucho más cómodo que con los varones, preferencia que nunca me atreví a confesar porque en aquel momento parecía hasta un poco vergonzosa.

6

Papá - que siempre me preguntaba cuándo iba a ser alumno de su amigo, el doctor Cupeiro - quedó bastante desconcertado cuando le conté como fue el primer día de clase con él. Después de mascullar un buenos días casi hostil, el doctor Cupeiro se atrincheró detrás del escritorio y dijo: -Cada profesor les habrá dicho que su materia es la más útil e interesante. Yo les aseguro que la mía es la más aburrida, y que jamás les va a servir para nada.

Estábamos en quinto año. La materia era lógica, la única que - decía papá - a él le habría gustado dictar si hubiese estado en la docencia.

El doctor echó una ojeada a la lista de alumnos, descubrió mi nombre, hizo que me pusiera de pie, me semblanteó - era la primera vez que me veía - y con un gesto me

mandó que volviera a sentarme. -En dos meses me jubilo- continuó aquella clase magistral - y quiero aprovechar el tiempo que tengo que estar con ustedes para terminar lo que estoy leyendo. Con tal de que no me molesten, pueden hacer lo que quieran- Sacó un libro del bolsillo, se puso a leer, y no dijo una palabra más hasta que sonó el timbre.

El último día que estuvo con nosotros, me llamó a su escritorio, y me mostró unas fotos horribles de negros desnudos con las barrigas hinchadas. Cuando me preguntó: -¿Qué decís de esto?-, no supe qué contestarle, y me mandó de vuelta al banco. Los compañeros, alborotados, me preguntaban qué habíamos estado mirando. Quienes habían sido sus alumnos de historia en primer año, decían que en sus clases, el doctor Cupeiro, en lugar de hablarles de los fenicios y griegos que según el programa se suponía debían ser el objeto del curso, les contaba chistes verdes y les hacía ver fotos pornográficas. Yo recordaba que papá me había contado que el único hijo del doctor se había negado a seguir la carrera de su padre. No la docente, la otra. La de médico que -según se decía - ejercía silenciosa, quizá abnegadamente, en los barrios más pobres del pueblo.

Terminaba el año cuando mi padre me dijo que el doctor Cupeiro quería verme en su consultorio. Pensé si ante mi aparente desinterés por todo aquello que a mi juicio preocupaba excesivamente a la mayoría de mis compañeros, mi papá habría pedido a su amigo que me hablase, como yo sabía que los médicos de las respectivas familias habían hablado con algunos de mis compañeros. Efectivamente, la entrevista empezó por ahí. No bien me tuvo sentado frente a él, Cupeiro me espetó: -¿Sabés cómo se hacen los chicos?- A esas alturas, yo ya estaba más o menos informado, y se lo dije. Entonces, pasamos al otro tema, del cual mi padre me aseguró no había tenido idea el doctor fuera a plantearme. Se trataba de que yo llevase a Buenos Aires una carta - que ya tenía preparada - dirigida nada menos que al importantísimo doctor F.

En esa carta, el doctor Cupeiro me presentaba como hijo de su más dilecto amigo, y encarecía a la Eminencia Científica y Porteña se ocupara especialísimamente de mi

orientación profesional, ya que debido a los singulares méritos y talentos que me imputaba, la incorrecta aplicación de tan importantes tesoros redundaría en horribles frustraciones para mí, para mi familia, para el país y para la Humanidad Entera.

A pesar de la desmesurada presentación, el doctor F. nos recibió serenamente - me acompañaba mi tía Clarita - y me entregó a sus ayudantes. El título de la breve redacción que uno de ellos me propuso ( -¿De qué me gustaría ocuparme el resto de mi vida? ) me sugirió la respuesta (que no escribí): -Si lo supiera, no habría venido a esta sesión, que me parece un poco estúpida.

Se suponía que yo debía seguir una carrera universitaria. En casa no me alentaban ni me presionaban en sentido alguno. Se me ocurrió que podía (y debía) contestar sinceramente, y puse: -Me gustaría ser actor.

## 6

Una de las primeras veces que me llevaron al cine - creo que fue el último fin de semana antes de empezar la escuela primaria - vi una película de Hugo del Carril. Con la autoridad de mis cinco insoportables años, exigí - y logré - que me llevaran a verla a cada función los dos o tres días seguidos que la exhibieron. Días después, yo explicaba a mi abuela, a mi tía Clarita y a unas amigas de ellas con quien estábamos tomando el té, que algún día yo sería '*como ese señor*'. En ese momento, yo asumía y confesaba mi sueño de ser actor, en aquel momento, más bien *astro* de cine, uno de aquellos hermosos galanes que seducían a las más hermosas estrellas, como los personajes de las novelas de la radio que tarde a tarde seguíamos con Fina; o los príncipes de los cuentos que ella me leía; o el protagonista de la única novela por entregas que jamás cayó en mis manos, de la cual no llegamos a conocer ni siquiera el segundo capítulo, porque la misma Fina, argumentando que esas publicaciones nunca llegaban a un final, se negó a

aceptar la suscripción que nos ofrecía el corredor que astutamente nos había regalado el primero.

Ni a mi tía, ni a mi abuela les cayó nada bien mi propósito de dedicarme a tan poco recomendable profesión. No intentaron siquiera disimular su bochorno ante las visitas y en lo sucesivo, aunque yo - habiendo percibido la mala acogida - evitaba el tema, Clarita, y mamá, y mi abuela, y aún mi padre, no perdían oportunidad de señalar que la gente de teatro era casi siempre de bajísima extracción social, vivía mal ( pobre o miserablemente ) y terminaba peor, en un horroroso asilo llamado Casa del Teatro, donado por una actriz (mejor dicho, una cantante, actividad - al parecer - ligeramente menos deshonrosa que la otra), que había tenido el buen tino de abandonar la profesión para no avergonzar a su marido cuando éste había llegado a ser Presidente de la República. Mi abuela me señalaba especialmente la vida amoral y libertina de los actores, que se divorciaban a cada momento, conducta que seguramente iba a resultar totalmente impracticable para una persona de principios religiosos tan sólidos como era yo. Y hasta al tío Oscar se le pedía su granito de arena para la muralla disuasoria que debía evitar que yo me dedicase a tan aborrecible actividad. se hablara de Perón o de Evita, de la bomba que los yanquis habían tirado sobre Japón, para terminar de una vez una guerra que se estaba proponiendo demasiado, o de las polillas que nos invadían, por haberse acumulado en el campo, sin comercializar, dos cosechas que finalmente permitieron al gobierno algunos buenos negocios a expensas del hambre de una Europa devastada por la guerra, mi abuela, sin que viniera al caso, preguntaba como al aire: -¿Por qué será que los artistas mueren siempre tan jóvenes? ( Y en esos momentos mi abuela, que de actores extranjeros no sabía nada, no estaba pensando en Carole Lombard ni en Leslie Howard, que - como Carlitos Gardel - habían muerto en sendos accidentes de aviación). - Es consecuencia del desorden en que viven - diagnosticaba, con su autoridad de estudiante de medicina ( crónico ) mi tío, de cuya vida en la Capital los mayores siempre hablaban en voz baja, como para que mi hermana y yo no oyéramos.

Aprovechándose de mi prematura y quizás imprudente confesión, y aduciendo que había que tenerme siempre ocupado para evitar que todos los días pidiese permiso para ir al cine (cargo totalmente injusto, porque jamás lo hice), o para sacarme de los libros que me pasaba leyendo, nefastas inclinaciones que según ella terminarían por arrastrarme a la locura, mamá me empujaba a tomar clases de declamación, canto y bailes folklóricos - estudios que provocaban risitas y comentarios malignos de muchos conocidos de mi generación - taquidactilografía, teneduría de libros e inglés. -Los actores tienen que saber de todo - decía mamá. -Si de verdad querés ser actor, estudiar *esto* te va a venir bien.

Ser periodista, Detective, Agente Secreto, Defensor de Viudas y Huérfanos, Soldado Americano en lucha contra las fuerzas de Hitler o Judío Perseguido por la Gestapo, eran fantasías que podía permitirme antes de dormir o cuando me aburría en las clases de la primaria, pero nunca perdí de vista que no se trataba de actividades positivamente lucrativas y que entrañaban cierto riesgo físico que no estaba dispuesto a afrontar más que en los juegos de la imaginación. Si cuando acepté que ser actor posiblemente no fuese una verdadera profesión, y que mi supuesta vocación no era sino una forma de mi aspiración a gozar del cálido afecto que brinda el público a quienes alcanzan la fama, más tarde descubrí que ser actor - como escribir - permite vivir muchas vidas que en la realidad no se tiene el tiempo ni la oportunidad de vivir. Generoso don, misterioso poder que explicaría el porqué en alguna época se negó el entierro en sagrado a los artistas: seres extraños, poseedores de varias almas, cuando como es bien sabido los seres comunes y normales no tienen sino una. Posiblemente, se trata de criaturas engendradas por el demonio, si es que no son demonios ellos mismos.



El doctor F. echó una ojeada a mis pruebas, dijo que yo estaba capacitado para intentar cualquier carrera, y que lo que emprendiese lo llevaría a feliz término, porque tenía voluntad y constancia.

Después, como si recién hubiese reparado en lo que yo había escrito acerca de cual me gustaría fuese mi futuro, dijo que le encantaba el teatro. (Clarita, estúpidamente, aclaró que yo prefería ir al cine, como si eso tuviese algo que ver con las Ganas de Ser Actor, que son algo completamente diferente), y el doctor contó que en su juventud había sido crítico teatral de un diario importante, y que por eso conocía a mucha gente del espectáculo. Justamente, días pasados, había encontrado en una esquina de Corrientes, a pocos metros del teatro donde el sujeto había sido primerísima figura, a un actor que con una valijita en el suelo y una víbora enroscada al cuello para llamar la atención de los transeúntes, trataba de ganarse la vida vendiendo corbatas y cinturones en la vereda.

Cuenta Alberto Closas que cuando se presentó ante Margarita Xirgu para decirle que quería ser actor, ella le preguntó si estaba dispuesto a ayunar un día, y dos, y veinte, para lograrlo. Él dijo que sí, y Alberto Closas fue Alberto Closas. Tal vez el doctor F. no fue tan deshonesto como lo juzgué en aquél momento, y no estuvo mal que probara la autenticidad de mi vocación con ese cuento siniestro. Capté el mensaje, me asusté un poco, y no me resistí a analizar, allí mismo, con el doctor F. y con Clarita, las posibilidades y ventajas de otras carreras más convencionales.

Optamos por abogacía. Al fin de cuentas, en los últimos años del Nacional, muchas veces había sido defensor exitoso de modestas causas que en principio se juzgaban perdidas. Era a mí a quien correspondía pedir se excusara al curso de dar lecciones algún día lunes, que nos postergasen alguna escrita, u ofrecerme como voluntario para inventar alguna lección que yo tampoco había estudiado, empresa de la que casi siempre salí airoso sin más elementos que el título del tema a desarrollar (que mis compañeros atinaban a apuntarme en el último segundo, mientras avanzaba hacia el frente), algo de imaginación, cierta facilidad de palabra de la cual no había sido

demasiado conciente, y la cómplice simpatía de los profesores, que me perdonaban muchas de estas pequeñas cabronadas gracias a la buena imagen que me había sabido crear durante los años anteriores de auténtico buen comportamiento.

Era una carrera afín con la actividad de mi padre. (En el pueblo y en la familia muchos decían: -No podés hacer nada mejor que cosechar lo que ha sembrado tu papá). Tyrone Power y Dana Andrews habían sido abogados en algunas películas, y el doctor Lima - con quien, en cierta forma, mi padre compartía su oficina - no parecía, un esclavo de su profesión. Una vez, en otra de mis brillantes actuaciones de insufrible niño prodigio, en una rueda de profesionales donde estaban él y mi papá, yo había creado un momento de cierta incomodidad al decir que cuando fuese grande me gustaría ser como el doctor Lima, que estaba todo el día conversando en el café, más bien que como mi padre, que se pasaba doce o catorce horas detrás del escritorio, atendiendo a sus clientes y a los que desatendía el doctor Lima. Una profesión que permitía tanto tiempo libre podía permitirme - aunque fuese en un futuro no muy próximo - emprender algunas empresas (las artísticas) cuando pudiese costéarmelas por mí mismo, con mi propio respaldo económico dignamente logrado, y la experiencia que me permitiría manejar me madura y prudentemente para sortear con éxito los riesgos de estas peligrosas actividades. En realidad, el propio doctor F., cuando nos despedíamos, y luego Clarita en los dos o tres días que me alojé en su casa mientras tramitaba mi inscripción en la facultad, me proponían este razonamiento. Mi otro yo, siempre tan amigo de encontrar pelos en la leche, me recordaba unas palabras de nuestra profesora de religión: -No se puede servir a dos señores.

Pero - como en otras ocasiones - también me decía que esta frase podía indicar no tanto una imposibilidad sino una dificultad que con inteligencia, constancia y picardía podía ser vencida. Entonces: ¿por qué no intentar?

Cachorro Buchini fue compañero nuestro desde que logró ser readmitido en el colegio - del cual había sido expulsado casi una década atrás - en el doble carácter de preceptor rentado y alumno de segundo año. Periódicamente requería mi auxilio para fijar algunas nociones de matemáticas, física, o química - materias a las cuales Cachorro era totalmente impermeable - para justificar de algún modo la generosidad de los profesores, dispuestos a lubricar su arduo camino hacia el diploma de bachiller que aplacara las iras de Mastín Buchini que - harto de ese hijo bohemio, poeta, mujeriego y vagamente anarco - lo había echado del hogar no menos de media docena de veces desde que Cachorro terminó los dos años de servicio militar en la Marina. En reciprocidad, Cachorro se ofrecía a ser mi mentor en el mundo del sexo, del cual suponía - no sin cierta razón - yo ignoraba *todo*. Me propuso inclusive hablar con mi padre para pedirle lo autorizara a llevarme a alguno de esos bailes, rurales u orilleros - a los cuales yo no tenía el más mínimo interés de asistir - donde levantaba fáciles mujeres, entre las que podíamos encontrar - decía - la que me iniciara.

Me sentía pasablemente cómodo en mi inocencia, y si no lo estaba plenamente, no reconocía a Cachorro ni a ningún otro autoridad para orientarme en un terreno que sospechaba complicado y conflictivo. Imaginaba que el sexo no podía ser sólo y simplemente lo que me proponían Cachorro o el Cacho Funes, coitos fugaces y clandestinos, en lugares absurdos y circunstancias sórdidas. Yo sentía que todo eso tenía poco que ver con el amor, con la pasión, con el sexo como yo soñaba vivirlos cuando me llegara el momento. Historias como las que Pedro López Lagar vivía con Mecha Ortiz, o con Zully Moreno, o con Amelia Bence, en las películas que los sábados a la noche mamá aceptaba ver conmigo, con tal de que fuesen argentinas, porque con ésas - decía - por lo menos no hay que tomarse el trabajo de leer los letreros. Una semiamiga-seminovia, me dijo después de cierta sesión que *nos* impuse para apresurar *mi* aprendizaje: -Besás muy cinematográficamente, pero no sabés besar.

Charo y yo éramos los únicos jóvenes en el diminuto curso de sexto año de la Cultura Inglesa. Yo la acompañaba hasta su casa por el camino prácticamente obligado de la calle principal, donde estaba el bar desde donde Cachorro nos veía pasar. Charo y Cachorro habían sido novios largo tiempo, pero eso sólo lo supe - por ambos - recién ese último año de la Cultura y del Nacional, cuando me hice amigo de ella.

Cachorro me decía: -No puedo hablar, porque un caballero nunca cuenta lo que ha hecho con una mujer. Seguí con ella, que va a enseñarte un montón de cosas- Yo sentía que él hablaba por despecho, y me avergonzaban - por ella y por él - los descomedidos acuerdos que lanzaba con una especie de ingenuidad brutal, como si hablara de buena fe y creyendo que de verdad actuaba como un caballero.

En una clase, Charo anunció que se iba a vivir a Buenos Aires. Después, en la intimidad de nuestra caminata, me confió que no se sentía con fuerzas para seguir en el pueblo, y que se iba *'para empezar de nuevo'*. Creí entender a qué se refería. En la puerta de su casa, la última noche, le tendí la mano, como era nuestra despedida habitual. Ella la llevó a su pecho, y me dijo: -Gracias-, mirándome con aquellos ojos oscuros, enormes, dulcísimos, y un poco tristes. Hice lo que me pareció ella esperaba de mí en ese momento: rocé sus labios con los míos, en uno de los dos besos más delicados, más fugaces y menos eróticos de mi vida. Enseguida me fui para casa, donde estarían por comer.

A los pocos días, cuando ya me había olvidado completamente de todo esto, recibí carta de Charo -en inglés- 'así, si alguien la abre, no sabe lo que te digo...', explicaba al principio. Al final, se disculpaba por los errores que podía haber cometido, porque decía - siempre en inglés - 'lo único que sé escribir correctamente es quiero que vuelvas a besarme como lo hiciste aquella noche y te quiero cada día más....'

Yo tenía catorce años; Charo, calculo que veinticinco. Me aterroricé. No sólo había pecado contra la pureza - si aquel beso hubiera sido motivado por una auténtica pasión, no habría sentido culpa, pero robado así, tan gratuitamente - sino que también había infringido algunas de aquellas normas de moral que me inculcaba mi abuela: -No se debe

hacer perder tiempo a la gente. Engañar a una niña haciéndole creer que se está interesado en ella para casarse es una cobardía...

Rompí la carta sin contestarla e hice lo mismo con otra que me llegó quince días después. Varios años más tarde, impulsado por ciertas apetencias más bien carnales, fui a visitar a Charo. No había olvidado su dirección, un número fácilmente recordable en una avenida de Villa Urquiza. Me recibió bien, afectuosamente, aunque un poco lejana. Me pareció percibir en su cara, siempre bonita y dulce y un poco triste, una sonrisita decepcionada, despectiva o burlona. Me convidó con café, charlamos de cualquier cosa, y me fui. Nunca volví a verla.

-¿¡Qué boludo!- estás pensando, Ángel? No. Los ángeles no deben pensar malas palabras, ni lamentar que no se hayan producido hechos impuros. Un hombre, muchos hombres, todos los hombres, podrán decir: -¡Qué pelotudo! Dejar pasar una minita así, que se te hubiera dado entera y sin condiciones- Pero yo no me sentí mal ni boludo por eso. Sí, tal vez un poco por la situación que cree con aquel beso vacío. O quizá también por no haber contestado aquellas cartas, dando una explicación que nos hubiera liberado más rápida y más limpiamente a los dos. Pero yo era muy joven entonces, Ángel. Y todavía tendría tiempo - y oportunidades - para proceder mal muchas veces más.

10

A      A papá no pareció importarle demasiado que yo hubiese *aceptado* una carrera que en algún futuro le permitiría descargar en mí parte de sus responsabilidades, pero dijo que una formación universitaria no se logra dando unos cuantos exámenes y asistiendo de tanto en tanto a alguna clase: si yo había *decidido* seguir una carrera *debía* radicarme en donde estuviera la facultad en la cual *quería* estudiar. Si bien papá pensaba que en ese momento el nivel de la enseñanza universitaria era deplorable

(persecuciones y favoritismos políticos habían hecho y seguían haciendo estragos en ése como en otros terrenos), concedía que quizá los profesores menos malos - *'ni sombra de los de mi tiempo'*, decía - estarían en Buenos Aires. Además -dijo- si estudiás en Buenos Aires, tendrás oportunidad de ver teatro, que - *según vos* - “*es lo que realmente te interesa*”. Un día, como al pasar, papá me comentó que su hermano me ofrecía su casa para que yo me hospedara. No me entusiasmó la idea de vivir *cerca* de Buenos Aires, pero no *en* Buenos Aires, a una hora y pico (por malos trenes) de los cines y teatros que podrían consolarme de abandonar a mis amigos (no pensé para nada en mi familia), y el pueblo. Eran parientes a quienes no había visto más de dos o tres veces en mi vida, que serían sin duda buenísimos (habían cuidado durante años a mi abuela inválida), pero que quizá estuvieran preguntándose porqué yo había sido el único nieto que no había aparecido en el entierro, poco más de un año atrás.

Días después, papá - después de reiterar algunos de sus feroces acuerdos sobre mi otra abuela, su suegra - me reprochó durísimamente que no hubiese *'tenido la deferencia'* de darle una respuesta con respecto al ofrecimiento de su hermano. Lloré, y eligiendo las palabras, pude contestarle que si no lo había hecho era porque le tenía miedo, y que era horrible que un hijo tuviese que decir una cosa así. En realidad, lo primero que me había venido a la cabeza contestarle fue que no podía hablar francamente con él porque lo odiaba.

Yo sospechaba que lo que más irritaba a mi padre era la posibilidad de que si me iba a Buenos Aires me instalara en casa de alguno de mis tíos maternos, Oscar o Clarita, que desde que se habían casado vivían allí. Durante las últimas vacaciones de invierno, yo había acompañado a mi abuela en uno de sus habituales paseos a Buenos Aires. Papá me había sugerido entonces que la depositara en casa de Clarita y que me fuese con algún amigo a un hotel: él pagaría el alojamiento de ambos.

El único de mis amigos que quizá hubiese podido aceptar la invitación era Haroldo. Haroldo había repetido tercer año, y luego cuarto, y así habíamos llegado a ser

compañeros. El año anterior, una tarde fría y ventosa, saliendo de la clase de gimnasia, Haroldo dijo que quería tomar una leche caliente y me invitó a acompañarlo.

Por primera vez, yo entraba al bar adonde iban muchos señores de la edad de mi padre - pero no mi padre - y Cachorro Buchini, y otros muchachos más grandes, a quienes desde mis soberbios adentros de niño modelo juzgaba una manga de inútiles, vagos y libertinos.

Haroldo era deportista, rebelde, politiquero. En las fiestas, sus bailes con Teté, su novia de años - tenían la espectacularidad de los de Fred Astaire o de los de Tito Lusiardo. -No es difícil, pero para hacerlo tenés que bailar siempre con la misma compañera - me confió ese día. (Mi tía Josefina decía que para aprender a bailar bien, yo tenía que ir a los bailes de arrabal, adonde las pobres negras están acostumbradas a ser pisoteadas).

Esa tarde, la de mi primer cigarrillo, hablamos mucho, y descubrí que la tímida admiración que yo le profesaba, parecía tener su correlato en la que él decía sentir por mí. Astuta, un poco hipócritamente (¿qué necesidad tendría de manejar me de ese modo?), magnifiqué mis sentimientos de soledad, pequeñez y desamparo, hasta lograr que aquel arrogante líder, cabecilla de cuanto movimiento más o menos subversivo se gestaba en el colegio, codiciado por las chicas y respetado por los muchachos, confesara un poco avergonzado que nunca se había atrevido a imaginar que el mejor alumno del curso, el que sabía siempre la respuesta para las más insólitas preguntas de los profesores, pudiese condescender a compartir una leche con vainillas con un farabute como él, que ni siquiera tenía noción acerca de lo que haría de su vida una vez que terminase la inevitable etapa del secundario.

Nos hicimos inseparables. Saber que me consideraba su amigo me dio confianza y seguridad. Empecé a vivir mejor, aunque tal vez todo eso no haya sido sino consecuencia de que mi abuela - la madre de papá - murió en esos días.

Haroldo parecía el amigo a quien podían proponerse aquellas vacaciones que papá no quería yo pasase con mi abuela en casa de tía Clarita. Pero yo descontaba que mi

abuela, o en todo caso la misma Clara - que siempre se lamentaba de que su marido no la llevase 'nunca a ninguna parte' - se dejarían arrastrar mucho más dócilmente que Haroldo a todas las películas y piezas de teatro que yo tenía muy decidido ver en esos días, suponiendo que no me atreviese a moverme solo y necesitase de alguien que me acompañase por las calles de ese Buenos Aires que conocía poco y mal.

Por otra parte, una brumosa sensación de peligro, me llevaba a no querer dormir... a no querer compartir la habitación de un hotel con este amigo que sabía tanto de tantas cosas de las cuales yo tanto ignoraba. Que según alguna frase suya ambigua y discreta - porque Haroldo hablaba de estos temas con elegancia y sobriedad - parecía haber vivido experiencias bastante menos rutinarias que aquellas de las cuales otros alardeaban groseramente.

Como muchas otras veces en mi vida, me salí con la mía en todas las cuestiones de aquellas vacaciones de invierno. Vi con mi abuela antiquísimas películas francesas - 'El muelle de las brumas', 'Carnet de Baile' - que insólitamente habían aparecido en los cines de estreno. Vi a Eleonora Duse en su única aparición cinematográfica. Y a Sarah Bernhardt - absurda y exagerada - haciendo 'La dama de las camelias'. Creo que también fuimos una o dos veces al teatro.

Resolver el asunto de mi futuro alojamiento permanente en Buenos Aires, parecía que no iba a ser tan sencillo, cuando de pronto te apareciste, Ángel, con la cara de un reciente conocido, Rolo Martorell.

Rolo era hijo de un chacarero cliente de mi padre, orgulloso de haber sido el primero que había cultivado lentejas ( ¿o serían arvejas?) en nuestra zona ( ¿o sería en el país?). Rolo cursaba también quinto año, pero no estábamos en la misma división, y yo no había tenido mucho trato con él.

Un día, en el banco, nos encontramos papá y yo, Rolo y su padre. El viejo Martorell declamó su agradecimiento, admiración y afecto por mi padre, e hizo votos porque esa amistad - que, ya me daba cuenta, papá sólo acogía tibiamente- continuara en la nueva generación. Rolo se iba a estudiar a Buenos Aires, y puesto que yo también lo haría:



-¿Qué mejor que fuésemos a vivir juntos a cierta residencia universitaria, a la cual llamaba *el Hogar*, regentada por curas que (Rolo ya lo sabía por amigos que estaban allí) no se metían para nada con sus huéspedes?

El viejo Martorell llevó su entusiasmo a proponer que, puesto que para Rolo los trámites se habían iniciado desde hacía más de un año, y no era fácil conseguir una plaza libre allí, que me alojara con él en la habitación que le concederían seguramente antes que a mí, que recién ahora la pediría.

Me gustó saber que las habitaciones eran individuales, y no me hizo mucha gracia la idea de tener que compartir una, aunque fuese transitoriamente. Pero ahora pensaba simplemente en preservar mi privacidad. No era los mismos motivos que me habían impulsado a rechazar a Haroldo como compañero de viaje pocos meses atrás.

11

Nadie usó la casa de mi abuela desde que ella se vino a vivir con nosotros. Palacio de las mil y un noches en la imaginación de quiénes no la conocían, y en las descripciones de algunos que, conociéndola, exageraban - no demasiado - el lujo y el buen gusto con que estaba puesta, mi abuela la mantenía impecable, enganchando muchachas dos o tres veces por mes para que fuesen - vigiladas por ella - a lustrar bronce, cepillar terciopelos y encerar mosaicos y parquets. Si alguna vez le pedía que nos la prestara para ir a bailar allí, contestaba que sólo la abriría para hacer una fiesta *suya*. Un día me dijo que la haría después de fin de año, para festejar mi título de bachiller. Tomando un poco como pretexto el darle ayuda y compañía mientras ponía en marcha el caserón, mis tíos con sus familias decidieron venir a pasar las fiestas en el pueblo, y se instalaron allí. Conociéndola, estoy seguro de que esta solidaridad de hijas, nueras y yernos que de algún modo implicaba más trabajo para ella, no le hizo mucha gracia.

Si yo hubiera tenido más presente lo que papá pensaba de mi abuela, no habría aceptado que ella se tomara todo ese fastidio. Haría tiempo que papá no sacaba el tema, y seguramente yo lo tendría un poco olvidado, cuando la vispera de Navidad, después de echarme en cara el no haber dado respuesta al ofrecimiento de su hermano, volvió a decirme cosas horribles de mi abuela. Esa misma noche, durante la cena en la casona, con toda la familia delante, mi abuela intentó conversar conmigo acerca de los preparativos para la fiesta, pero yo no tenía ningún deseo de hablar del asunto. El veinticinco, mamá me mandó con no sé qué mensaje a casa de mi abuela, y mi abuela me reclamó por mi silencio de la noche anterior. Yo no podía explicarle porqué yo ya no tenía ganas de esa fiesta, y le dije que si quería podíamos suspenderla, con un pretexto cualquiera. Mi abuela se puso a llorar, y me reprochó mi desinterés y mi desagradecimiento. Nos oyeron, a pesar de que hablábamos en la sala y en voz baja, y aparecieron los Gorriarena, que debían estar durmiendo la siesta en una de las habitaciones que daban al jardín. Terminé llorando en la barriga del gordo, a quien detestaba. (Papá decía que el Gordo era un rufián que se había casado por interés con tía Clarita). Me dolió la versión del hecho que Clarita - por salir en mi defensa - dio a mamá: mi abuela me estaba torturando *gratuitamente* hasta hacerme llorar, y ella y su marido habían conseguido *rescatarme*, sin lograr que les explicásemos el motivo de la disputa. Mamá dijo que seguramente mi cara de culo provenía de que la noche anterior, ella no me había dejado ir al cine y me había impuesto la asistencia a la cena familiar... como si alguna vez hubiera habido cine en el pueblo para Nochebuena. Como otras veces, mamá reflexionó que con tanto cine y con tanta lectura, yo estaba volviéndome loco.

La fiesta se hizo, y no la disfruté demasiado. Vigilaba la cara de mi padre, que hablaba con sus cuñados y con mis compañeros, normalmente, porque la ojos duros y las palabras crueles, papá las reservaba para mí.

Mi prima - la hija del tío Alfredo, que ya alguna vez me había reprochado ser el nieto favorito - me contó que su padre había comentado que lo mejor que podía hacer mi

abuela en lugar de seguir amarrocando, era gastar su plata en fiestas como aquella, con whisky importado y champán francés. - Así -había dicho - no estaríamos todos tan pendientes de su salud, esperando a que se muera para repartirnos la herencia.

12

-Si aprobás todo el ingreso en marzo, podés tomarte vacaciones hasta que los curas avisen que tienen lugar para vos - dijo mi viejo. Aprobé todo el ingreso en marzo y pude - sin remordimientos - disfrutar de la vida del pueblo hasta la primavera.

Me quedaba en cama hasta media mañana, mientras mis hermanos seguían madrugando para ir al colegio. Salía todas las noches, primero al cine, a ver viejas películas de Humphrey Bogart, de Errol Flynn y de Bette Davis que las distribuidoras - ante el cierre de la importación de filmes extranjeros - habían desempolvado de las estanterías, y que yo no había visto porque eran anteriores a la época en que había empezado a ir al cine. Después, me quedaba hasta las dos o las tres de la mañana en 'El Molino' o en 'El Tokyo', charlando con amigos ocasionales de la película que acabábamos de ver o de (sus) proyectos de vida, que generalmente fracasaban. No hablaba de los míos, quizás porque no los tenía muy claros; además, por lo menos en aquellos tiempos, siempre preferí escuchar a los otros más bien que hablar de mí.

El grupo del Nacional, aquellos '*compañeros para toda la vida*', por cuya separación yo - lo mismo que ellos - había derramado algunas lagrimitas al despedirnos en el colegio unos meses atrás, se había disgregado. En esa época conocí a Juanjo y a Antonio, que tenían mi edad, pero que todavía estaban en el secundario. Ese año, muchas compañeras de mi hermana cumplían quince años, de modo que casi todos los sábados había alguna fiesta, a la cual yo era invitado, y se me pedía que arrimara algún muchacho amigo. Si alguna semana no había cumpleaños, organizábamos fiestas

porque sí, en casa de Merceditas Pujol o en la de Nucha, cuyas madres no protestaban (como sí lo hacía mamá) si les invadíamos la casa y nos quedábamos bailando o jugando a las prendas hasta que amanecía.

Eran fiestas muy inocentes, casi infantiles, que alguna vez presenció el tío obispo de Nucha, amigo de mi padre, a cuya influencia se había recurrido para conseguirme plaza en aquel pensionado del cual nos habían hablado los Martorell, y que - finalmente - me fue concedida exactamente al mismo tiempo que a Rolo, que había sido tanto más previsor que yo. Monseñor era poderoso.

En una de esas fiestas estaba solo, casi aburrido, con un cigarrillo y una copa vacía, cuando se me acercó Inés. -¿Está solo? -me preguntó. (En aquel tiempo, el tutearse no era tan rápido ni tan corriente como lo fue más tarde).

Nos habíamos conocido el año anterior en su casa. Estudiábamos con Haroldo y con Chino una materia con símbolos y fórmulas, y Chino - que no era de mucho hablar - ni siquiera se había preocupado por presentarnos a esas chicas que irrumpieron en el comedor para preguntarle no sé qué pavana. Inés fue la única que atrajo mi atención. No me pareció linda, pero sí graciosa y simpática. Ya no estaba cuando le pregunté a Chino quién era, y me contestó que su hermana. No habíamos vuelto a vernos hasta esa noche, pero ella sabía quien era yo. Me dijo: -¿Está solo? Yo también estoy sola, y quiero bailar.

Estuvimos toda la noche juntos. Bailamos, y jugamos a llamarnos con los nombres de personajes de novelas rusas que no habíamos leído, pero que conocíamos por las películas o a través de las 'versiones libres' que transmitían por radio. Nos dijimos Dimitri, Sergio Petrovich y Ana Arkadievna. Era un juego muy tonto, pero pensé que podía ser el comienzo de uno de esos noviazgos juveniles de los que yo había sido tantas veces testigo y nunca protagonista. Mi madre y mi abuela decían que esos no eran noviazgos; que los noviazgos llegan cuando uno está en condiciones de casarse y que es inútil perder el tiempo con esas pavadas prematuras. Sin embargo, desde esa

noche empecé a pensar que cuando madurara, cuando tuviera edad de tener una novia, Inés podría ser mi novia, y cuando llegara el momento, hasta podría casarme con ella.

13

Supuse que en mi primera puta encontraría la comprensión y la tierna complicidad que según los esquemas literarios y cinematográficos que conocía eran propios de esta clase de mujeres. En las películas italianas que empezábamos a ver en ese tiempo, las putas eran mujeres encantadoras, arrastradas a ese triste oficio por el hambre y la guerra, que conservaban su dulzura y su íntima pureza para algún inocente marinero americano virgen, o para los novios y maridos involuntariamente traicionados, que - al volver del frente - las rescataban (o no las rescataban, en las más patéticas) de siniestros explotadores y clientes babosos. Es cierto que entre nosotros no había sucedido ninguna guerra, ni era muy visible el hambre, de modo que quizá Haroldo tuviese razón cuando decía que las putas eran viciosas o enfermas, que por dinero concedían a todo el que estuviese dispuesto a pagarles lo que las mujeres normales - tras vencer muy naturales escrúpulos - sólo entregaban al Hombre ( o a los hombres ) - que supiera ( o supieran ) conquistarlas.

No siendo yo más que un cliente - aunque no me babeara - no tenía muchas posibilidades de ser beneficiario de especiales dulzuras de la muchacha a quien el Cacho Funes (que fue quien me obligó a la experiencia: -"Si no aprendés lo que es una mujer, te vas a hacer marica."), y su primo fueron a buscar en la camioneta de éste a un pueblo vecino.

La muchacha - que había exigido el traslado de ida y de vuelta, y un mínimo de recaudación, lo que de alguna manera imponía la pluralidad de clientes - atravesó con cara de aburrida el pequeño living de la modesta casa del primo del Cacho, donde

media docena de caballeros - el mayor, el dueño de casa, ya cerca de los treinta; el más chico, yo - en distintos grados de excitación o de susto (de nuevo el anfitrión y yo en los extremos opuestos) esperábamos nuestro turno.

El Cacho fue el primero. La condujo - macho y sensual, su mano en la nuca de ella - hasta el dormitorio de los tíos, y cerró la puerta. No apagaron la luz, y a través de los vidrios esmerilados se dibujaron sombras móviles que motivaron en los que aguardaban una sigilosa chacota que me pareció triste y un poco forzada. Quise ser el segundo, inmediatamente después del Cacho, para terminar con una expectativa en que se mezclaban curiosidad y temores varios. Al cerrar la puerta, colgué mi pull-over del picaporte para cubrir el ojo de la cerradura, por donde algunos - no yo - habían intentado espiar lo que allí pasaba.

-¿Estaban mirando? - me preguntó la muchacha, ni divertida, ni molesta, ni humillada, en el tono simple y desinteresado con que podría haber preguntado: -¿Está lloviendo?- Le dije que sí, apagué la luz y quedamos en penumbra.

No me quité la ropa. Me acosté - mas bien me dejé caer - sobre aquel cuerpo blanco y redondeado que se parecía al de Andrómeda rescatada por Perseo, según lo recordaba de una lámina de la Enciclopedia que de chico había visto en casa de Fina. Hablamos un poco. Mejor dicho, hablé yo. Le conté que era mi primera experiencia (quería que me viera parecido al marinerito de la película italiana), pero no dió muestra de que le importara. En ningún momento tuve ganas de llorar, como algunos - inclusive Haroldo - me habían contado les había sucedido cuando había sido su primera vez. Pensé comentarle que no entendía muy bien porqué estaba pensando en mi madre, pero ella ya me estaba preguntando: -¿No vas a hacer nada? Y se contestó por mí: -Bueno. Es cosa tuya.

Ella estaba trabajando. Yo era uno de quienes - me aprovechase o no de su tarea - debía pagarle porque se había molestado en venir. Me acordé del comentario de Haroldo cuando a la mañana, en el colegio, el Cacho le había contado del proyecto, y

que pensaba llevarme con él: -Lo único que vas a conseguir es que se agarre una buena purgación.

14

Tenía muy oído a muchachos mayores que el irse de casa para trabajar o estudiar les había costado noches de insomnio y de llanto. Yo me sentí perfectamente feliz en Buenos Aires desde la primera noche, cuando con media docena de mis flamantes amigos fui al gran acto político en el cual se proclamó la fórmula que en las próximas elecciones nos salvaría de la dictadura que soportábamos, para terminar festejando por anticipado en una cantina de la Boca el triunfo que finalmente no se produciría.

Haroldo vivía ya con su familia en Buenos Aires, y trabajaba en la misma empresa del Estado en la cual su padre acababa de jubilarse. Una tarde apareció por el pensionado con una nostálgica torta que mandaba su mamá, en recuerdo de las que habíamos compartido en la cocina de su casa en el pueblo, el año anterior. Algún compañero de pensión me secreteó un poco asombrado: -De verdad ¡eran tan amigos!. Los que lo conocían - de vista - del pueblo, habían recibido con escepticismo mi comentario de que Haroldo era mi Mejoramigo (lo que de alguna manera implicaba que yo debía ser el Mejoramigo suyo), seguramente porque para ellos (como para mi en un principio) resultaba inverosímil que aquel ser brillante pudiese aceptar como Mejoramigo a un opaco tragalibros como yo.

Con un poco de vergüenza, descubrí que ya no me sentía *tan* amigo de Haroldo. Estuvimos un rato en el bar de la esquina, y confirmé que no tenía demasiadas cosas de que hablar con él. Fuí una vez a su casa, para saludar a su mamá, él me hizo una segunda visita, muy breve, y no volvimos a vernos por muchos años.

Lope de Vega tuvo muchas mujeres. Éste fue el dato más interesante - sino el único - que registraron mis compañeros del Nacional sobre el Fénix de los Ingenios, y el motivo del segundo, tardío sobrenombre que se ganó Pacho Medina. No creo que en el harem de Pacho revistaran hembras tan misteriosas y exclusivas como las que integraban la colección de Haroldo, o la de Cachorro. Las mujeres de Pacho eran más bien profesionales, y años después me contaron que encontró un cómodo aunque no muy digno *modus vivendi*, en el dejarse mantener por las que él llamaba eufemísticamente sus *amigas*.

Pacho Medina - o Lope de Vega - había cursado conmigo los primeros años del Nacional, y alguna vez se arrimó, casi tímidamente, a la intelectualísima mesa que aquel verano solíamos ocupar en el bar de los japoneses. Se decía que Pacho había padecido en dos o tres oportunidades enfermedades venéreas, pero no se jactaba de ellas, como lo hacían otros que publicaban sus infecciones como prueba de hombría. Nunca le oí hablar de sus mujeres, no participaba en conversaciones escabrosas, ni recuerdo haberle oído pronunciar una mala palabra, pero su fama autorizó a alguno de los nuevos amigos que yo había adquirido en mis primeras semanas de alumno universitario a preguntarle si *conseguiría* alguna mujer. El Pacho - inmutable, pachorriento (de ahí el primer apelativo, con el cual lo llamaban hasta en su casa) - respondió que sí, si le dábamos tiempo y si teníamos *dónde*.

A las dos y media de una lluviosa tarde de verano, ante la mirada no sé si envidiosa o escandalizada de una docena de empleados de la tienda de al lado, que apoyados en los balcones o sentados en el umbral de la casa de mi abuela esperaban que el patrón levantase las persianas para reiniciar las tareas interrumpidas para almorzar, Pacho Miranda y Aurora Pascualini descendían de la chatita con que éste había ido a buscarla, y entraban a la residencia.

Si mi abuela me hubiese preguntado para que tomaba el llavero de su mesa de luz, yo le hubiera ofrecido la muy aceptable explicación de que iría un rato a practicar en el piano, como había hecho durante los últimos meses antes de irme al pensionado, en cumplimiento de



una ridículamente tardía y estéril (esto lo decía papá y reconozco que en este caso no le faltaba razón), superficial y efímera vocación musical, alentada (¿impuesta?) por mamá, que lamentaba que el hermoso piano de cola donde ella y su hermana tocaban shimmys y tangos veintitantos años atrás, se deteriorara por falta de uso.

Yo amaba aquella casa, y la temía. En pesadillas recurrentes, me veía encerrado en ella; corría por pasillos y dormitorios, llegaba hasta la sala francesa, y al recibidor, con el frailerito tallado, pero nunca llegaba a la calle, que divisaba vital y lejana. Coherentemente, veía el revés de la hermosísima puerta de hierro, que viajeros de paso fotografiaban para enviar postales probatorias de que en este pueblo, a primera vista carente de todo atractivo estético, existía un auténtico objeto de arte. Alguna vez oí que fue forjada personalmente por mi bisabuelo herrero e inmigrante, lo cual desmentiría otra versión de la historia familiar difundida por mamá, mi abuela, mi tía y mis tías abuelas, que nos hacía desde siempre ricos y distinguidos, casi nobles y sin obligación de trabajar en nada. Es decir, siempre parásitos.

La experiencia no me resultó muy diferente de la vivida en casa del primo del Cacho Funes, aunque ahora yo la había encarado por propia decisión, y con cierto descarado cinismo. Miguel Cúrtiz ejecutó al piano, en un fortissimo sin matices, la Marcha Nupcial de Mendelson, que si escuchada desde la calle pudo hacer imaginar a excitables testigos auditivos escenas de orgía y libertinaje, en realidad no era sino una chiquilina con la que el artista buscaba encubrir ansiedades y temores tal vez no demasiado diferentes de los que me habían acuciado aquella otra tarde un año y medio atrás, y que en mayor o menor medida parece que afectaban a casi todos los participantes de la nueva ordalía. Después, hablando por separado con sus distintos protagonistas, salvo el inefable Pacho y su amiga, todos terminaron confesando que se sentían muy mal después de estos juegos vacíos, y que la aventura del sexo no valía la pena sino estaba ligada a algo espiritual... a un interés profundo... a un impulso - ¡ojalá! - irresistible, que obligara a vivirla.

Pocos años después, en Buenos Aires, le oiría decir esto mismo a Tato, mi Mejor amigo en ese momento, refiriéndose a situaciones semejantes, pero no idénticas.

Pienso que aquellas profesionales de mis primeras experiencias hoy tendrán nietos. Aurora, casi con seguridad, porque cuando unos años después intenté un reencuentro, haciéndome acompañar hasta su rancho con un chico que trabajaba en la oficina para que iniciara la conversación, la vi desde el auto, despeinada, de chancletas y secándose las manos en un delantal del cual se le colgaban dos negritos sucios, mientras dialogaba con mi enviado, que al rato volvió con la contestación: -Dice que se ha casado y que ahora es una chica buena; que por eso ya no trabaja más - noticia que recibí con cierto alivio.

Al año siguiente, cuando hacía el servicio militar, nuestro empleado murió bajo las ruedas de un tren. El ejército devolvió el cuerpo en un ataúd cerrado, y la familia no pudo verlo. A veces me pregunté si aquel frustrado intento al que yo lo había inducido le habría sido computado como pecado. Y si a mí - que era quien le había encomendado la misión - me sería aplicada la terrible sentencia: -¡Ay de aquél que diera escándalo a una de mis criaturitas! Más le valdría atarse una piedra de molino al cuello, y arrojarle al mar.

El día que llegué al Hogar, Rolo - que estaba allí desde unas semanas atrás - quiso presentarme a uno de los pensionistas de quien se había hecho amigo. Jorge Borroni estaba tirado en su cama - después me daría cuenta de que pasaba en ella la mayor parte del día - y ni siquiera se movió para recibirnos. Sostenía sobre su cabeza un gran pote de miel, y dejaba que el contenido le cayera en la boca entreabierta. Cuando se levantó para tenderme una mano

laxa, noté que me llevaba más de una cabeza y calculé que pesaría no menos de cien kilos. Con voz incolora me informó que la miel era su alimento favorito, casi el único, pero que no debía preocuparme por el equilibrio de su dieta porque los miembros de cierta secta hindú la tenían también como único alimento, y vivían.

En los años del pensionado, compartí algunos momentos con Jorge Borroni, aunque entre nosotros no hubo nunca gran simpatía. Sabía mucho de cine, y nunca me echó - como sí lo hacía con los otros - si me arrimaba cuando, con gracia y buen gusto, tocaba en el piano temas populares; de oído, porque ni siquiera sabía leer una partitura. Jamás lo vi estudiar, ni supe que trabajara. Estaba allí porque se suponía iba a estudiar ingeniería, pero jamás llegó a dar una sola materia, ni siquiera de las de ingreso. Había calculado - en proyección matemática, porque de eso, algo sabía - que con lo que obtuviera de la venta de la chacrita familiar una vez muertos sus padres, podría costearse, en los más modestos boliches de barrio, a razón de uno por día, cafés con leche con tostadas y miel durante cincuenta años, plazo que se había fijado para morir de muerte natural. No hace mucho supe que murió quince años antes de que se cumpliera aquel plazo, y no de muerte natural. Jorge leía mucho. En su habitación tenía una de las bibliotecas más ricas del pensionado, policiales y novelas españolas, que nunca quiso prestarme. De una de éstas había sacado que era costumbre entre las altas familias de España tener entre la servidumbre algunas lindas muchachas - generalmente campesinas, posiblemente vírgenes - destinadas a facilitar la cómoda, limpia y segura iniciación de los señoritos de la casa. -Es una costumbre hija de puta- reflexionaba Jorge, pensando en las muchachas sacrificadas en esta prostitución casera- pero no estaría mal que se difundiese en una sociedad como la nuestra, tan hipócrita y represiva como aquella. En Europa (para Jorge, cuyos ascendientes maternos documentados llegaban hasta el mismísimo Infante Don Juan Manuel, Europa empezaba más allá de los Pirineos), los muchachos se acuestan con sus noviecitas, y con las mujeres mayores, ansiosas por recuperar el tiempo perdido. Aquí, las chiquilinas buscan y aceptan a los hombres grandes, y ellos retienen a sus mujeres, que todavía no se han enterado de la libertad que existe hoy en el mundo civilizado. Los cagados son ustedes- (Se autoexcluía: ni siquiera había bailado con la

única chica que había llegado a interesarle: ella era menuda, bajita - según decía, la cabeza de ella no llegaba al ombligo de él - y Jorge sostenía que el amor soporta cualquier cosa, menos el ridículo.) -Hasta el casamiento - concluía - los jóvenes machos argentinos están condenados a paja perpetua.

Los demás muchachos - que en general detestaban a Jorge Borroni - decían que estos razonamientos eran síntoma de su condición de masturbador crónico, sino de algo *peor*. (Cuando apareció un preservativo flotando en el inodoro de uno de los baños comunes - hallazgo que los curas prefirieron ignorar - nadie dudó de que Jorge era el responsable de esa presencia, aunque nadie pudo explicar los motivos que pudo tener para dejarlo allí.)

Respecto de aquella práctica de las linajudas familias españolas, yo pensaba como él que era cruel y aberrante, pero que si se me hubiera ofrecido una posibilidad semejante tal vez no la hubiera desaprovechado.

No había llegado yo aún a la adolescencia cuando mamá tomó para su servicio a quien jocosamente llamaba su 'secretaria', la rubia, ineficaz, maloliente y sin edad Malena Gorosito, que casi por casualidad no murió en casa, veinte años más tarde, sin haber pronunciado en ese tiempo mucho más de veinte palabras, y sin que nunca se supiera que hubiese tomado un baño o cambiado las ropas de su cama.

Cuando yo preguntaba a mamá - sin excesiva buena fe - porqué no buscaba alguien más limpia y competente, me contestaba que ya no había mujeres para el servicio doméstico porque todas las *chinas*, preferían *estar de obreras* en las fábricas que se estaban abriendo en el pueblo. Si yo insistía (pensando no sólo en una mejor atención de la casa), mamá me retrucaba preguntando quien iba a tomarse el trabajo de *domar* a la posible remplazante de Malena, que - según mamá y sólo según ella - le servía en la medida de sus necesidades.

Malena fregaba platos y baldeaba pisos durante tres, cuatro o cinco semanas, sin preocuparse por los descansos que sindical y humanamente le hubiesen correspondido. Cuando su mamá - una morocha sargentona, de sonrisa taimada - venía a reclamarla, partía, y mi abuela, y mis hermanos, y yo barríamos, y sacudíamos el polvo de los muebles; papá - puteando o en silencio, según la hora - lavaba los platos, y mamá pedía por teléfono que nos

mandasen la comida - '*la vianda*' - de una pensión. Pasados veinte, o treinta, o cuarenta días, mamá me mandaba a casa de Malena, a reclamar su regreso.

Yo iba en bicicleta. La madre de Malena - que como la hija me llamaba '*niño*' - me recibía en la puerta del rancho. Malena, detrás, saludaba agitando la mano con su sonrisita palurda. Yo volvía a casa con la sensación de haber sido humillado, y la promesa mentirosa de la vieja, de que '*la chica*' me seguiría un momento después, cosa que a veces sucedía, y casi siempre, no.

Los regresos de Malena tenían lugar, generalmente, a las tres o cuatro de la mañana, a la salida de algún baile, o corrida por la policía de algún fonducho donde estaría perpetrando lo que - de tratarse de alguien más parecido a un ser humano - podría llamarse un acto de amor. Apretaba con el dedo el timbre de la puerta de calle y no lo retiraba hasta que a veces mamá, a veces, yo, le abriéramos. Habitualmente la escoltaba algún galán - siempre uno diferente - tan en curda como ella. Hubo uno que le cantó desafinadamente viejos tangos hasta que mamá - escoltada por mí - abrió la puerta, ordenó a su semiesclava que subiera al altillo donde dormía, y ella le obedeció, dejando al lastimoso cantor tartajeando en la vereda los versos de 'Mi noche triste', seguramente aprendidos - muy mal - en el baile donde Malena se lo había levantado.

Una de esas veces que la ausencia de Malena se prolongó tanto como para que se la pudiera presumir definitiva, vino a ofrecerse una chica que tendría pocos años mas que yo; blanca, limpia, perfumada, hablaba con voz suave, sin levantar los ojos del suelo, y traía en brazos un bebito que posiblemente fuera el culpable de que en ninguna parte le dieran conchabo. Mamá aceptó tomarla - sin ningún entusiasmo - y mi abuela, con ese humor muy de ella, dijo que como el bebito tenía mi nombre habría que tener mucho cuidado de que no fuesen a endosarme su paternidad.

El sábado, la familia partió para comer en una casa adonde los habían invitado, y yo frangollaba un estudio ordenado por la profesora de literatura sobre el 'Martín Fierro', cuando se me apareció Elsa, envuelta en un batoncito desteñido que le había regalado mamá: cuando entró a trabajar en casa, Elsa no tenía más que lo puesto.

-¿Le molesta que me quede aquí?- me preguntó. Gruñí -Quédese-, y ella se sentó frente a mí, mientras yo volvía a mis gauchos perseguidos y milicos maulas. Si terminaba el trabajo esa noche, a la tarde siguiente, después del cine, podría ir un rato a Sportivo, cuyas tertulias danzantes - los domingos de 19 a 23 - había descubierto pocas semanas atrás.

Nunca rehuí el trato amistoso con el personal doméstico. Cuando estaba en segundo grado, había intentado enseñarle a leer a la Gorda Eladia, y había conseguido que reconociera tres de las vocales en los libros impresos, si no estaban en caracteres muy chicos. Mamá me retaba y me echaba de la cocina, acusándome de hacerles perder el tiempo, pero en mis primeros años mucamas y cocineras me escuchaban (con aparente entusiasmo) cantar tangos cuyas letras ellas mismas me hacían aprender, tomándolas de 'El alma que canta', una revista que las publicaba y que desde hace años ya no existe, y recitar con ademanes, parado sobre el banco de piedra del jardín; me contaban las películas que mamá me amarreteaba, y hermosísimas historias de horror, (mucho menos trilladas que las de Caperucita y Blancanieves, que yo sabía de memoria), como aquella del chico servido en una bandeja como si hubiera sido un lechón asado por la chica a cuyo cuidado lo habían dejado, y la de

Martita Stoutz, secuestrada, hecha picadillo y cocinada también en un horno, destino que podía ser el mío - aseguraban - si no me quedaba quieto u ocasionaba molestias a la ocasional narradora.

-¿No escucha la radio? Los sábados hay bailables hasta muy tarde - dijo Elsa. Le di permiso para que la encendiera, bajito. Luego, yo mismo le pedi que aumentara el volumen: tocaban 'Así..', de María Grever.

-¿Le gusta bailar? - preguntó Elsa.

Siempre me gustó bailar, aunque siempre tengo miedo de mostrarme un poco patadura. Pero no pensaba en eso cuando le dije que no sabía bailar. Esperaba que me contestara (como me contestó): -Yo podría enseñarle.

Me tendió la mano, y me acordé de cuando unos meses antes, al despedirnos, Charo había llevado mi mano a su pecho. Con Charo me había inhibido aquel tácito compromiso un poco fraternal, pero esta chica era tan linda como Charo, y casi se me estaba ofreciendo. El ser la mamá del bebito que dormía en la cocina, la hacía - por respeto a la Imagen de la Maternidad - más intocable, pero al mismo tiempo demostraba que ella no iba a sacrificarme nada que no hubiese entregado antes. Haroldo me había enseñado que si a las mujeres les cuesta más que a los hombres empezar con el sexo, una vez que lo hacen, lo necesitan más que nosotros. Y yo no la estaba engañando, como seguramente lo habrá hecho el sinvergüenza que la abandonó con la criatura.

-¿Usted no fuma?- preguntó Elsa con una sonrisita, como si estuviera leyendo lo que yo pensaba. Rebusqué en el bolsillo del pantalón, y encontré un atado de cigarrillos medio aplastado. Le ofrecí uno, pero ella no aceptó. Tenía ganas de meter las manos por debajo del batón, y tocarle los pechos, pero... ¿Y si lo tomaba a mal? ¿Si después, cuando volvieran los demás, les contaba lo que yo había hecho?

Elsa me miraba a los ojos. En los suyos había un brillo como el que yo había notado en los del celador de primer año cuando me mandó que le dijera a la Cachi Cariola que la esperaba *donde ella ya sabía*. Yo estaba seguro de que iban a encontrarse para hacer algo que no estaba bien, y me molestaba que quisieran usarme de cómplice o intermediario, pero no

podía negarme abiertamente a llevar el mensaje, porque tenía miedo de que él me tomara entre ojos.

Nos levantamos casi al mismo tiempo. El batón se abrió, dejando ver una pierna, como en los afiches se veían las piernas de Betty Grable o de Carmen Miranda. Pero Betty Grable y Carmen Miranda eran de papel, y Elsa era de carne y hueso, y estaba muy cerca de mí.

-Usted tiene que agarrarme...- dijo, como si hubiese tomado en serio lo de la lección de baile, pero yo me daba cuenta de que pensaba en lo mismo en que estaba pensando yo.

Oímos la puerta de calle, Elsa se fue para la cocina, y el nene empezó a llorar. Me pregunto si lo habrá despertado a propósito, para distraer a la familia, y que no se dieran cuenta de lo que había estado a punto de suceder.

El lunes al volver del colegio, me encontré con que mi abuela ponía la mesa para el almuerzo, y que papá le alcanzaba platos y cubiertos. Semanas después, a Malena se le antojó volver, y tuvimos nuevamente servicio. Fué en esos días cuando el Cacho Funes me anunció que su primo estaba por traer una mujer de un pueblo cercano, y que él - el Cacho - me invitaba para que yo fuese de la partida.

19

Como lo de Charo, lo de Carolina empezó en la Cultura Inglesa, pero en Buenos Aires, cuando estaba en segundo año de la facultad. Elegí sentarme junto a la única chica joven que había en el aula. Rubia, alta, un poco coloradota para mi gusto, pero pasablemente bonita. De apellido que me pareció más o menos alemán. No pensaba ir muy lejos con ella, pero tampoco imaginaba que en la segunda clase, ella buscaría chocar su pie con el mío, técnica de aproximación sexual acerca de la cual me había informado un libro de cuentos de humoristas húngaros (EDICIONES ESPASA CALPE, circa 1925) que mi padre tenía en su biblioteca, y que unos años atrás me habían parecido un poco aburridos, un poco sucios y un poco pasados de moda. Los compañeros de pensión con quienes comenté el asunto - los que



me creían, porque sé que algunos murmuraban que yo era un macaneador, y a esos no tenía ningún sentido comentarles la novedad - sostenían que aquellos roces pédicos eran puramente accidentales, y que al primer intento de mayor acercamiento, la Alemana - como todos la llamaban - me frenaría. Salí con ella, y aprendí - entre otras cosas - que se puede entrar a un cine sin ninguna intención de ver la película, y que algunos espectadores pueden ponerse agresivamente molestos si en la butaca delante de la que ocupan se les ofrece un acto vivo demasiado agitado, aunque esté ubicado en uno de los más recónditos rincones de la sala.

Por culpa de Carolina abandoné el inglés. Definitivamente. No tenía sentido seguir gastando tiempo y dinero en clases a las que no íbamos, y a las que - cuando íbamos - no les prestábamos la menor atención. Una noche acepté acompañar a Carolina hasta su remoto domicilio quilmeño. En el viaje de ida, en el tren, llegué a la conclusión de que ya era tiempo de aplicar en un trabajo práctico más intenso, más concreto, más profundo, el bagaje de conocimientos con que me había enriquecido saliendo con ella. Lo intenté en un baldío, ya cerca de su casa, cuando me pareció que el estado psicofísico de ambos justificaba encarar una nueva etapa en nuestras relaciones.

En nuestras primeras salidas, la Alemana (cuyo apellido en realidad era polaco), me había hablado de su novio muerto. Basándose - ella también - en la (in)formación proporcionada por el cine, había imaginado que siendo yo estudiante de derecho podría llegar a ser un abogado como los que interpretaban Humphrey Bogart o Alan Ladd, y descubrir quien había matado al apolíneo Ronnie, inteligente, buen mocísimo, angloparlante, profesor de gimnasia y melómano. Gracias a lo que había aprendido con él, la Alemana (¿o será mejor recordarla como la Polaca?) me apabullaba con sus conocimientos sobre ópera y música sinfónica, lo cual me parecía absolutamente incongruente con su torpe manejo del castellano - que, al fin de cuentas, era su idioma nativo: la Polaca era argentina - y su absoluta ignorancia en los más diversos asuntos de cultura general.

De las referencias de Carolina acerca de Ronnie, se desprendía que a sus muchos méritos físicos y espirituales, había que agregar el coraje: en plena dictadura, había

enfrentado a los mandones de turno quienes - según Carolina - habían ordenado la Muerte del Héroe, que apareció una mañana en su auto con un balazo en la cabeza.

Para la facultad, yo había leído acerca de *la vis grata*, y algunos jueguitos que había practicado en mis salidas con la Polaca me habían confirmado que los latinos no se equivocaban cuando sostenían que a las mujeres no les cae mal un poco de enérgica compulsión, cuando se está en el trámite de llevarlas a la cama. (De “*la vis grata*” . Derecho Penal II. Parte especial. Bolilla 3: De los delitos contra la honestidad.) . En el agreste marco del potrero quilmeño, mientras se resistía con actitudes un poco histéricas - de las cuales yo, frío, en la plenitud de mis facultades de observación y análisis, era lúcido espectador - la Polaca decidió sincerarse y hablarme de ciertos aspectos de la personalidad de Ronnie que yo no había sospechado. A Ronnie le gustaban los chicos. Como profesor de un paquetísimo colegio inglés, había tenido oportunidad de mantener relaciones con varios de sus alumnos, y al destaparse - hasta cierto discreto punto - el espinoso tema, varios padres habían amenazado de muerte al corruptor.

No pude ser tan hijo de puta como para aprovecharme de esta mujer que me pareció casi alienada por la muerte de un hombre que seguramente la había usado sin amarla. Pude sí, ser tan hijo de puta como para utilizar su historia - modificada según mis necesidades dramáticas - para una pieza, la primera que me estrenarían en un escenario porteño años después. Salí dos o tres veces más con Carolina, pero nuestros encuentros habían quedado teñidos para siempre de la frustrante neurósisis que introdujo en nuestra relación el incidente de Quilmes. Nos despedimos una tarde en la boca del subterráneo de Plaza San Martín - un 21 de septiembre increíblemente gris y lluvioso - “*como amigos*”, y con mi promesa de que la llamaría en cuanto volviera de un inminente viaje a Méjico que inventé para la ocasión.

Si uno piensa en los que viven una guerra, o los que arrastran existencias miserables en villas, asilos y hospitales..... En lo de Auschwitz y Camboja, Vietnam, Biafra, Bosnia, Ruanda, Libia, Irak, Nigeria... La prehistoria de mis traumas es sólo una mínima pelotudez egoísta y egocéntrica. Pero confesaba el cura, protagonista de cierto best seller que leí hace doscientos años: - Me duele más mi dolor de estómago que la noticia de que cien mil chinos han muerto de hambre en China. - Se lo planteo a Diana, avergonzado y con bronca por sentir también de esa manera, y ella me dice que soy un fiscal implacable - de mí mismo y, por extensión, de los demás - lo que seguramente debe hacerme bastante pesado. Antes le había dicho que no la descartaba como objeto para un posible romance, porque me parecía simpática y comprensiva, aunque - también se lo dije - podía ser que simplemente una vez más se hubieran puesto en movimiento mis compulsivos mecanismos de seductor. En una de las primeras película de Bergman, los terapeutas se tiran lances con sus pacientes, y viceversa. (Rik2 me dice que eso es una inmoralidad, y que el profesional que admite una situación como ésta está más enfermo que su paciente). Diana no dijo ni sí ni no a mi sugerencia de que en algún momento podría invitarla a salir, actitud precidente que bien puede ser una técnica para mantener al loquito a raya. Unos días después, como ya habíamos hablado de Rik y de Teresa; de Inés, de lo que había pasado en el túnel del cine y hasta de porqué su Maestro, el doctor Pettigiani - que fué quién me había mandado a ella - me habría calificado de masturbador intelectual, al no encontrar ningún horror más actual para contarle, y como para no desperdiciar la sesión, le comenté que a los diez años yo sabía que mi padre pensaba suicidarse. Será porque nunca le habrían hablado de algo semejante o porque la situación tiene su miga, me pareció que ésta era la primera cosa que la impresionaba de cuantas le había contado: durante dos o tres sesiones hablamos del asunto, y si yo no sacaba el tema, ella misma me lo buscaba.

Fue un domingo. De mañana. Mi hermana y yo habíamos vuelto de misa, y estábamos peleándonos en la terraza. Ella lloraba, y yo le decía ( o será que ella lloraba porque yo le decía): - No te hagas la Bette Davis.- Papá me oyó, y me ordenó que lo acompañara hasta su escritorio.

Allí me dijo que yo era su hijo mayor, y que ya era tiempo de que como tal, supiera algunas cosas. Por ejemplo, que él vivía solamente porque su madre vivía, y que el día que ella muriera, iba a pegarse un tiro. Dijo también que nosotros, como hijos de mamá, éramos nietos de gente rica (lo cual parecía implicar una gran deshonra); de *esa vieja de mierda* que había tenido el coraje de decir que él se casaba con su hija por interés. Me parecía una pesadilla: mi abuela, que jamás levantaba la voz y a quien yo adoraba. Mi abuela, que nos enseñaba que cuando no hay nada agradable para decir es mejor callarse la boca... Que si alguna vez contaba algo-de-alguien, casi siempre era alguna divertida historia antigua sobre gente de su tiempo a quien ni siquiera conocíamos.

En realidad, ahora que lo pienso...Antes de aquel domingo, papá ya me había hecho saber que no sentía ningún afecto por ella.

Dos años antes, también un domingo, habíamos ido a despedir a mamá que se iba en tren para Buenos Aires. Sola. Mamá lloraba. Era la primera vez que íbamos a separarnos de ella, y era la primera vez que veía llorar a mamá. Yo sabía que la gente grande llora, por las películas y los radioteatros. Después, he visto llorar a mucha gente, en los sanatorios y en los entierros, y hasta en mi oficina, pero en mi familia siempre fueron de poco llorar. Tal vez por eso me daba tanta angustia y como una especie de vergüenza, ver llorar a la gente aunque sólo fueran los personajes de alguna película, como aquella madre viejísima del cura más viejo de 'El buen pastor', con Bing Crosby, que lloraba de alegría porque volvía a ver al hijo, o porque a éste lo habían hecho obispo, o algo por el estilo. Y por supuesto, me sentía muchísimo peor si se trataba de gente de verdad, como la señora que estaba con dos chicos y que lloraba tanto y tan desconsoladamente mientras grababan un fonopostal en una cabina en el correo de Mar del Plata, una vez que fuimos a echar una carta para papá, en la que mamá me había hecho escribir que lo extrañábamos mucho, y que porqué no se decidía a veranear siquiera una vez con nosotros.

A mamá la vi llorar muy pocas veces. Sólo cuando a mi hermano le daban aquellos ataques tan feos, y se quedaba como muerto, pero aún entonces lo que hacía mamá no me parecía que fuera exactamente llorar. Era más bien como si no pudiera evitar que se le

escaparan algunas lágrimas - de rabia o de impotencia - cuando me ordenaba que corriera a buscar al doctor para que viniese *inmediatamente*, mientras ella friccionaba al nene con vinagre aromático, como le había enseñado una cocinera se debe hacer cuando un chico se pone así.

No la vi llorar cuando murió su madre ni cuando murió papá. Creo que ni siquiera cuando se puso tan enferma - ya para morir - y estaba tan flojita y no nos conocía, y sufría miedos y angustias que no podíamos evitarle porque se los provocaban fantasmas que sólo ella veía y que no siempre se dejaban ahuyentar por las gotas, las pastillas y las inyecciones. Entonces gemía o gritaba, o se lamentaba, pero me parece que nunca la vi entregarse a un verdadero llanto, como lo hizo aquella tarde.

21

La mínima inquietud que pudo provocarme el viaje de mamá se compensaba bastante ampliamente con todas las cosas interesantes que iban a suceder en las próximas horas: iríamos al cine con mi abuela; comeríamos en su casa (como siempre que me invitaba a comer, yo había elegido el menú), y dormiríamos juntos mi hermana y yo en el sofá-cama que nos habían preparado al pie de la cama de la abuela, lo que permitía presumir algunas divertidas escaramuzas para antes de que nos quedásemos dormidos.

Antes de ir al cine, pasamos por la casa de mi abuela, y me fuí al jardín. Una de las muchachas de servicio me vió llorando, le contó a mi abuela, y ella me preguntó porqué lloraba. Por suerte, no insistió: yo no hubiera sabido que contestar.

Vivimos más de un mes en casa de mi abuela. Una de las muchachas nos llevaba a la escuela y a la vuelta nos dejaba en casa, para que almorzáramos con papá, pero a mí me dió lástima de mi abuela que estaba tan sola en esa casa tan grande, a pesar de sus sirvientas y de la otra vieja que había tomado después del casamiento de tía Clarita, y de quien ella decía era su Dama de Compañía. Por eso, un día dije que podíamos almorzar un día con papá, un día con mi abuela. Me parece que papá venía todas las noches a comer con nosotros a la casa grande. Si la memoria no me falla, si no estoy equivocado, no me parece que el arreglo fuera tan desparejo, ¿no?

Años después, metiendo la nariz entre diarios viejos, papeluchos y postales que mamá sucuchaba por todas partes, encontré una carta que papá le había escrito durante aquellas semanas: "...a los borregos - papá a veces nos decía 'borregos' - los veo menos porque tu señora madre ha decidido que coman conmigo solamente día por medio. Los espero para verlos pasar de vuelta de la escuela..." (También era una imagen triste la de mi padre, esperándonos en la vereda *para vernos pasar*, pero ya no se podía modificar lo que se había hecho y era tarde para aclarar quien había sido el verdadero responsable de la idea).

Tal vez ésa fue la causa inmediata para que un día que estábamos jugando en casa - después de haber almorzado con él - me dijera (¿*nos* dijera?) cosas horribles sobre mi abuela, tanto más horribles porque las decía sin violencia, sin que se lo viera arrastrado por una ira que por lo menos hubiese hecho más explicable su actitud. Fué la primera vez que habló de 'la vieja de mierda': -A ustedes les sorprenderá que hable así de su abuela... ( *a ustedes....* Quiere decir que mi hermana – pobre - también estaba presente...).

Amenacé a mi padre con contar a mi abuela lo que él nos estaba diciendo, y lo hice, sentado frente a ella en su sala, como si estuviésemos jugando a las visitas. Mi abuela me explicó que seguramente yo había interpretado mal a mi padre. Después, entendí que era preferible aceptar que yo lo había interpretado mal. De todos modos, estoy seguro de que ellos jamás hablaron del asunto.

Nunca conseguí imaginar a mi abuela pronunciando las palabras que papá no le perdonaba. Me pregunto si no las habrá inventado mamá. No sería raro que - macaneadora y pelotuda - alguna vez se le haya ocurrido coquetearle: -A pesar de que soy la más linda y la más inteligente, mi mamá dice que te casás conmigo porque también soy la más rica. ¿Por qué me querés más: porque soy la más linda, porque soy la más inteligente, o porque soy la más rica?

En realidad, lo único nuevo que me dijo papá la otra mañana, cuando me habló de lo que yo tenía que saber porque era su hijo mayor, fue lo del suicidio. También me explicó que mi hermana, por ser mujer, y mi hermano por ser más chico, debían quedar al margen de estos asuntos.

Mil años después, cuando ya estábamos viviendo con Teresa, me llamó un psiquiatra para decirme que mi padre había ido a consultarlo y le había pedido que hablara conmigo, *que era el único que lo conocía de verdad*. Intenté compartir con los demás la responsabilidad de *contener* a mi padre. Me escucharon como se escucha a un loco, y mamá dictaminó que, como de costumbre, yo estaba inventando cosas.

Cuando Marga Chavarri lo felicitó por el estreno de mi pieza en Buenos Aires, el comentario/respuesta de mi padre que Marga - un poco perpleja - me transmitió fue más o menos así: - “Si me hubiese quedado en Buenos Aires en vez de venir a enterrarme en este pueblo, habría llegado mucho más lejos que él. Cometí el error de casarme con una mujer rica, y como su familia decía que me había casado por interés, para desmentirlos, me he pasado la vida trabajando en algo que nunca me interesó. Hoy tengo tanta plata como la que tenía mi suegro, y muchísima más que la que mi señora ha conservado de su herencia, que siempre manejó a su antojo, desoyendo cualquier consejo mío, aunque ella ya debería saber que no sólo en materia de negocios todo el mundo me consulta, me escucha, se deja orientar por mí.... y me respeta”.

El comentario de Marga (que había sido una de las tantas escuchas de mis cuitas familiares, cuando descubrí que me hacía bien contarlas como si se tratase de una película o de una novela): - Tu padre está mucho más loco que lo que vos das a entender en tus historias.

Una tiende a pensar que sos un maniático que dramatiza todo. Si me hubiera pasado con mi padre la mitad de las cosas que te han pasado a vos con el tuyo - y que recién ahora, después de oírlo a él, acepto como ciertas - tendría diván para el resto de mi vida.

23

Una mañana de aquel mes que pasamos en su casa, mi abuela vino a despertarnos con la noticia de que teníamos un hermanito. Cuando lo trajeron de Buenos Aires, colorado, orejudo, feísimo, muy diferente del '*hermosísimo bebé*' que nos habían anunciado por teléfono, no lo criticamos en absoluto: mi abuela ya nos había aleccionado para que no fuésemos a decir nada que pudiese molestar a mamá.

Me hubiera gustado que le pusieran Hugo, porque en esa época mi ídolo era Hugo del Carril, y a lo mejor tuve un poco de culpa de que el chico no se llamara así, por no decir a tiempo cual era el nombre que yo quería para mi hermano, pero tampoco ellos me habían avisado que ese chico iba a nacer.

La abuela Cata - la madre de papá - estuvo muchos años postrada. Cuando me atreví a preguntar - no a papá, sino a mi otra abuela - si había sufrido algún accidente, supe que Catita estaba así como consecuencia de una enfermedad.

La abuela Cata vivía con el hermano de papá, y con la mujer y los hijos del hermano de papá. Mi tío era médico, y tenía varios abonos para el Colón. Veía cada ópera cuatro o cinco veces, mientras que papá tenía que conformarse con escucharlas los domingos a la tarde, cuando las trasmitían por Radio Municipal, que en casa se oía bastante mal. Me encantaba que papá me contara los argumentos - casi con las mismas palabras con que un momento después lo hacían en la radio - y me disponía a escuchar la ópera con él, pero empezaba una música horrible, mezclada con chirridos, y después cantaban en no se qué idioma, y no se entendía una palabra de lo que decían, de modo que era imposible seguir la historia. Entonces, yo cambiaba de estación, o apagaba la radio, sabiendo que a mi padre le hubiera gustado escuchar aunque fuera mal y le fastidiaba que yo hiciera esto.



A esa abuela y a ese tío los visitábamos muy poco. La última vez fue un año que volvíamos de Mar del Plata. En ese tiempo, papá todavía no veraneaba con nosotros. Decía que no podía desatender la oficina, y nunca se tomaba vacaciones.

Nos habíamos quedado a pasar unos días en Buenos Aires, en un hermoso hotel antiguo que ya no existe más, en la calle Florida. Fuimos una tarde, en tren, por insistencia de mi otra abuela, que era con quien siempre veraneábamos, y que nos decía a mamá y a mí: -No podemos volver a casa sin haber visitado a Catita.

Cuando llegamos, con mi hermanito de dos años medio dormido en brazos de mamá, mi tío preguntó si el nene era hijo de Clarita. Mamá pensó que él bromeaba, pero enseguida nos dimos cuenta de que papá no le había contado a sus parientes del nacimiento de mi hermano. Creo que a la abuela Cata ni siquiera se lo mostraron.

La casa era de dos pisos, y la abuela estaba en su silla de ruedas arriba, donde terminaba la escalera. Al vernos a mi hermana y a mí, empezó a gritar, y me pareció como si alguien nos empujara hasta ella, y sentí como si ella nos hubiese atrapado. Nos abrazaba muy fuerte, y nos mojaba, más con sus besos que con sus lágrimas, mientras lloraba y gemía: -Mis nietos. Mis nietos.

Fue algo muy impresionante. Mi abuela no estaba muerta, pero era como si estuviera un poco muerta. Unos años antes, mi mamá me había alzado para que besara en la frente a mi abuelo - el papá de ella - que estaba en el cajón, pero mi abuelo parecía dormido entre lo que pensé era algodón, y serían quizá esos encajes con que adornan los ataúdes. En cambio, esta abuela medio viva y medio muerta, gritaba, y me baboseaba, y me apretaba como si no me fuera a dejar volver a mi casa nunca más. Sin embargo... De pronto, sin que nadie hubiese intervenido para rescatarnos; sin que ella pueda haber advertido nuestra resistencia - estoy seguro de no haber traicionado el más mínimo gesto de repugnancia o de temor, y estoy seguro de que mi hermana, más anonadada que yo, tampoco lo habrá hecho - nos soltó y nos ordenó que nos fuésemos al jardín, a jugar con aquellos primos a quienes prácticamente no conocíamos.

No sé cómo habrá hecho Mecha para encontrarnos en nuestros respectivos pensionados. A papá no le hizo gracia saber que nos había invitado a almorzar. - Si te interesa esa relación - me dijo - podés seguir tratándola, pero te ruego que no lleves a tu hermana a esa casa.

Yo había terminado la facultad, y tenía mucho tiempo libre; mi hermana todavía estudiaba treinta horas diarias - a diferencia de mí, nunca se permitió perder el tiempo con el cine o con la gente - y como me pareció que no había simpatizado mucho con esta tía recién descubierta, pensé que no era una deslealtad para con ella obedecer a papá.

A los diez minutos de conocernos, Mecha me confesó que siempre había temido encontrarse conmigo. Ese breve trato bastó para que Mecha descartase la imagen de comesantos que de mí se había forjado - papá había hablado con sus parientes de mi supuesta vocación sacerdotal - y declarase que yo era un muchacho encantador, con quien se podía hablar de *cualquier cosa*. Más adelante, en una de las muchas visitas que hice a las dos mujeres (Mecha vivía con una tía suya y de papá, hermana soltera de los padres de ambos), tuve que apelar a una cita más o menos auténtica de Oscar Wilde ('...se puede hacer cualquier cosa; no es de buen gusto hablar de lo que se ha hecho...'), para no contestar a las preguntas de Mecha que me pedía detalles acerca de lo que hacía yo en la cama con mis partenaires. Ese mismo día, me contó que el Alemán, su amante habitual (hubo otros, transitorios, pero el Alemán era una especie de Decano entre todos ellos) le había preguntado si no estaría enamorada de mí. Felizmente, Mecha no se conocía tan bien como la conocía aquel señor, y esta preocupante noticia se diluyó en una dolorida reflexión acerca de cómo ese hombre con quien se acostaba desde hacía veinte años podía considerarla capaz de semejante aberración, ya que para ella yo no era ni podía ser más que sola y simplemente el Hijo Que No Había Tenido, el Sobrino Adorado, Retoño del Primo Más Querido.

Viuda desde los veintitrés años, Mecha había llenado la vida con el póker, que jugaba con sus amigas, religiosamente, todos los sábados a la tarde; la lectura de best-sellers que ella creía intelectuales; alguna raras escapadas, cada dos o tres meses al cine, al teatro, o para escuchar alguna conferencia o algún concierto; y AMOR. Amor al Alemán; a sus amantes ocasionales; a sus hermanos y sobrinos directos; a nosotros, los Sobrinos Nacidos Grandes. A la tía vieja, a mi padre - el *Único* pariente que, fuera de ella, se preocupaba por el bienestar de la vieja, y contribuía a su manutención con cheques que le enviaba mes a mes. (Que estos cheques llegaran por correo era una de las pocas cosas que enojaban a Mecha contra mi papá. A ella le hubiese gustado que los trajera él, en mano, para que la vieja viera cuanto había crecido el sobrino a quien había ayudado a criar, y de paso para que ella, Mecha, pudiese *agradecer personalmente* la generosidad de mi padre).

Entiendo que mucha gente - mis padres, por ejemplo - encontraran a Mecha chiflada e insoportable. Yo la quería, y me divertía con sus salidas, aunque a veces me sobresaltaba oírle decir: -¡Qué lástima que ninguno de mis hermanos haya tenido la suerte de enviudar! Gracias a que Héctor murió cuando apenas llevábamos seis meses de casados, conservo la ilusión de haber sido la Esposa Feliz del Mejor Hombre del Mundo- O cuando la vieja se enfermó, y esperaba - paciente y lúcida - la muerte que tardó demasiado en llegar, y Mecha explicaba a las visitas ligeramente horrorizadas: -"Ya le hice firmar la conformidad para la cremación. Mientras esté viva, no voy a dejar que le falte nada, pero no voy a cargar también con su cadáver ¿no es cierto, mi viejita?"- Levantaba las sábanas para mostrar en las piernas flaquísimas el progreso de la enfermedad, y dirigiéndose directamente a la enferma -que meneaba la cabeza resignada, murmurando : -"¡Qué Mechita ésta!"- continuaba implacable: -"Los huesos se le deshacen como si fueran bizcochitos. Le hago dar inyecciones de vitaminas, aunque el médico dice que es inútil y que ya no vale la pena mortificarla. ¿No es cierto, mi viejita, que usted va a seguir tomando su lechita y va a dejar que le sigan pinchando los bracitos" - me habían llamado la atención los brazos de la enferma, negros, donde ya no cabían más hematomas - "para conservarse fuerte hasta el final, poder seguir yendo al baño sola, y no darme más trabajo que el que me está dando ahora?".

Por Mecha conocí detalles de la vida de mi padre que me ayudaron a entenderlo mejor, quizás a perdonarlo. Dos hermanas de papá - un poco mayores que él - habían muerto en la adolescencia. Cuando Mechita me hablaba de esas chicas, la tía se ponía nerviosa, y consiguió - ¡eso sí! - que Mecha ni siquiera pronunciara delante de ella el nombre de la enfermedad que mató a mis tías -una de esas enfermedades, supongo, que después, con la penicilina y los antibióticos dejaron de ser inevitablemente mortales - como si fuese un estigma vergonzoso que dos personas de la misma familia murieran de esa manera.

Mecha decía que mi abuela había sido muy buena con ella. Le había regalado las alhajitas de mis pobres tías muertas, y en un tiempo en que habían vivido en el mismo pueblo, Mecha sintió que para mi abuela ella era un poco como una de las hijas que había perdido.

La gratitud y el amor que Mecha decía profesar por mi abuela no le impedían recordar algunas peculiaridades de su tía Cata, como ella la llamaba. Me contó que había hecho sufrir mucho a mi abuelo, en cuyo velatorio Cata se desgañitaba jurando que no podría sobrevivirlo, lo que no impidió que cuando Mecha y sus hermanos, adolescentes, intentaron curiosear en la heladera, Cata - perentoria - les ordenase alejarse, porque el pollo que guardaba allí era su comida para cuando volviera del cementerio. Si se disgustaba con mi abuelo, cosa que sucedía con bastante frecuencia - y después de que murieran las hijas, casi a diario - mi abuela llenaba una valija con ropa, tomaba del brazo a mi padre, y partían rumbo a un hotel, adonde debía ir mi abuelo a buscarlos. El viejo esperaba en la vereda - como Enrique IV en Canosa - hasta que ella concedía el perdón, lo autorizaba a entrar para que cargara la valija, y volvían a casa, con lo cual se interrumpía (transitoriamente) el castigo, motivado por imaginarias faltas de quien Mecha y la vieja coincidían en evocar como un verdadero santo. -No hay que olvidar que la pobre tía Cata no sólo fue maestra- decía Mecha, que también lo era. - Llegó a Directora.

Mecha me confirmó algo que yo sospechaba: en su juventud, papá había soñado con ser un gran cantante o un virtuoso del violín, pero en su tiempo y circunstancias ésas eran para él fantasías absolutamente irrealizables. A los diez y nueve años tuvo el título universitario que lo habilitaba para ejercer una profesión... cuando alcanzara la edad que le

ley le exigía para ejercerla. Para lograr ese brillante resultado, durante los años de facultad, mi padre había sometido a los suyos a variados y neuróticos ritos: los días de examen la tía vieja - que en ese tiempo vivía con ellos - debía cocinar determinado plato; mi abuela, tener limpia y planchada cierta camisa. Mi padre hizo el servicio militar - que ante su familia evocó siempre como una larga serie de padecimientos físicos y humillaciones - y se fue para el pueblo donde conocería a mamá y donde pasaría la mayor parte del resto de su vida.

Decía Mechita: -Cuando tu padre escribió que se casaba, nadie podía creerlo: si tu padre ya estaba casado con su madre- Y la tía vieja confirmaba lo justo del comentario con profundos suspiros de aprobación.

Mamá que, según sus propias declaraciones, antes de casarse no tuvo actividad más trascendente que tocar el piano o sentarse en el balcón para dejarse mirar por los muchachos que pasaban, no era la enfermera-psicóloga/madresposamante que mi padre hubiese necesitado para superar sus traumas infanto juveniles.

Papá se levantaba de la mesa apenas terminaba de comer, sin esperar a que termináramos de hacerlo los demás; rara vez decía: -Hasta mañana- y nunca: -Buenas noches. A lo sumo preguntaba: -¿A qué hora hay que despertarlos? -, que era una pregunta superflua, porque después nos despertaba siempre a la misma hora, que era la que ya tenía - bien calculada para que tuviéramos tiempo de tomar la leche medio dormidos entre las sábanas, lavarnos, vestirnos, y llegar a la escuela temprano. Una sola vez llegué tarde al colegio, por su culpa. Cuando oí: -Vamos. Apurate, que se me ha hecho tarde: son las y cuarto- me pareció que entraba demasiado sol por la ventana y le pregunté qué hora y cuarto. Furioso, me dijo que no hiciera chistes. En el reloj del comedor eran las nueve y cuarto, y al colegio se entraba a las ocho. Me pareció que el mundo se había puesto a girar al revés, porque papá *nunca* se equivocaba. Cuando él ya había muerto, mamá me contó que siendo él todavía muy joven, un médico le había dicho que tenía '*un poco de arterioesclerosis*', aunque eso nunca se le notó. Pienso si lo de aquella mañana habrá sido una manifestación de la enfermedad.

Una vez que me hice pis en la cama - cuando hacía ya varios años que eso no me sucedía - papá me ordenó que me levantara. Después de la vergüenza (al ver lo que me había

pasado), y el susto (porque él parecía enojadísimo por lo que yo había hecho sin darme cuenta), me gustó estar con él. Estaba ayudándole a recortarle las alas a un chimango que nos habían regalado y que acostumbraba pasearse lo más orondo por el jardín, cuando apareció mamá, y me mandó que me fuese a la cama. A la de ellos, porque la mía estaba mojada. Quedaron peleándose, y me sentí mal, porque me pareció que yo había sido la causa de esa pelea. Nunca se peleaban, aunque papá siempre estaba con una cara muy seria, como de enojado, o como si estuviese por explotar, y mamá - como si no se diera cuenta - siempre estaba diciendo cosas que a él debían caerle mal. Por ejemplo, que la madre de él era una viva, que desde su silla de ruedas manejaba a todos para que la sirvieran y le limpiaran el culo.

Las fotos de la fiesta de casamiento publicadas en la suntuosa revista social que la oligarquía del pueblo se permitía en aquellos años, muestran a mi padre con la expresión y la mirada que yo le conocía, y que tanto me atormentaban. Pienso que en ese momento, papá ya estaba arrepentido del paso que daba, y que a él se refería cuando decía que había cometido una gran falta, y que toda la vida tendría que pagar por ella. -Su papá tiene una relación edípica que no ha elaborado - me dijo el psiquiatra. Y Mechita encontró en la neurótica dependencia del protagonista de una de mis obras frente a su madre, una casi fotográfica descripción de la que había vivido mi padre con la suya. Ante la no buscada semejanza, producto - según ella - de una inexplicable y casi alucinante clarividencia, Mecha se consideró autorizada a hablarme de esa relación que hasta entonces yo no había imaginado.

No sé si el día del casamiento mamá ya habría aclarado - como contaba, divertida, lo había hecho cuando él se permitió una sugerencia en ese sentido - que si lo que él pretendía era que ella le cocinara como le cocinaba su mamá, debió haberse buscado una cocinera y no una esposa.

Lo que ya había sucedido - y también lo sé por los cuentos de mamá - es que una mañana, entre el casamiento civil y el religioso, él había pasado a saludarla por la casa de mis abuelos, sus suegros, con flores y bombones. El preguntó por su *señora*, y ella no lo recibió,

sino que le mandó a decir que ésa no era hora de visitas, pero que podía dejar los bombones, que de los dos obsequios era el único que le interesaba.

No era un buen comienzo. Esos cuentos - que más o menos modificados habían llegado a la familia de papá - contribuyeron a crear en ella una leyenda negra acerca de mi madre. Los hubo peores, como aquél de cuando mi padre avisó a su mujer que sus padres vendrían a conocer a la nietita recién nacida, y la casa que con su trabajo y un préstamo a treinta años del Banco Hipotecario papá había levantado para nosotros. Adivino - estoy seguro - de lo que habrá dicho mamá al enterarse de aquella visita y de aquellos huéspedes a quienes ella no había invitado. Papá fue a esperarlos a la estación, los trajo a la casa, los metió en el garage donde los viejos pasaron la noche sentados en los sillones de mimbre que ellos mismos habían regalado, y que se guardaban allí porque todavía no teníamos auto - y a la mañana siguiente - sin ver a nadie y sin que nadie los viera - los abuelos fueron llevados por papá a la estación, y despachados de vuelta para Buenos Aires en el primer tren. Antes de que mis nuevas tías me lo contaran, yo había oído algo de esto, por papá. Parece que mamá nunca se enteró de este asunto.

También se achacaba a mi madre - y a su madre, y a Clarita - el haber tratado fría, descomedidamente a Mecha y a las otras primas de papá, cuando se arrimaron al sanatorio donde nací, a saludar a mamá y a conocerme. De modo que mi nacimiento contribuyó a emputecer un poco más las relaciones entre las dos familias. Ya en mis primeros años había oído algunas pelotudeces de mi abuela acerca de aquellas parientes ignoradas, que cuando jugaron de bride's maids en el casamiento de mis padres se limitaron a hacer copiar por una modista de barrio el modelo que para Clarita había creado Madame Carrau; que Mecha buscaba al tío Oscar; que a su hermana le gustaba el tío Alfredo, y no hacía nada por disimularlo, pero nunca consiguieron hacer que me sintiera culpable por haber nacido. Sí, un poco, por algo que sucedió un tiempo después, un día de fiesta patria, quizá un 25 de mayo. Recuerdo la ciudad embanderada, que hacía mucho frío y el cielo estaba muy azul. También el pequeño arco iris que un cairel de la araña dibujaba en el parquet del comedor.

Los abuelos habían venido de Buenos Aires, seguramente para concretar los fines de la frustrante visita que había culminado en el garage, o quizá al bautismo de mi hermana (creo que esa abuela fué su madrina). Y me veo mirando una y otra vez el reloj de péndulo del comedor, y preguntando a mis abuelos cuanto tiempo faltaba para que se fuesen, y no porque lamentase que la visita resultaba demasiado breve, sino que, por el contrario, quería hacerles notar que se prolongaba demasiado, y ofenderlos, para que se fuesen de una buena vez.

No sé porqué lo hice. No creo que la presencia de esos viejos a quienes nunca veía me molestara tanto. Mi otra abuela nunca permitió que me olvidara de aquella falta. A lo largo de los años, me la señaló muchas veces, como muestra de mi mala educación, y de mi culpable desapego por los parientes de mi padre, como si ésa hubiese sido la causa de gran parte sino de todos los desencuentros familiares.

25

Después de ver a mi abuela en su silla de ruedas, tuve pena por ella, sobretudo porque me pareció que nos quería mucho, quizá más que a esos otros primos con quienes tenía que vivir, y que le dolería no vernos con más frecuencia. Por eso, desde entonces, intentaba escribirle una vez por mes, o cada dos meses, los domingos, cuando volvíamos del campo o antes de ir al cine, y trataba de hacerle sentir que nosotros también la queríamos mucho, aunque yo no podría haber jurado que eso fuese verdad, y mucho menos - como le ponía en las cartas - que teníamos muchas ganas de que nos llevaran a visitarla nuevamente.

Las cartas se las daba siempre a papá, para que él las despachara, con el pretexto de que no recordaba la dirección de mi tío, porque cuando después de aquella espantosa visita escribí la primera carta y la llevé yo mismo al correo, mi abuela le escribió a mi padre contándole lo contenta que estaba con la '*linda cartita*' que yo le había mandado. Y papá se puso furioso, y me llamó a su escritorio para retarme por haberme permitido (dijo así: -Te has permitido...) escribir a su madre sin su consentimiento.



Papá la visitaba una o dos veces por mes, cuando iba a Buenos Aires, por negocios. Ahora pienso si no inventaría algunos de esos negocios para poder ir a verla sin tener que dar explicaciones a mamá. Me daba cuenta de que había ido a visitar a mi abuela cuando volvía con bandejas de masas de una confitería de Plaza Once, que es donde hay que tomar el tren para ir al pueblo donde vivía mi tío.

Como papá había dicho que cuando su madre se muriera, él iba a pegarse un tiro, y como yo había visto que ella estaba tan enferma, y pensaba que podía morir en cualquier momento, durante varios años, cuando en casa sonaba el teléfono - especialmente si las llamadas eran después de las diez de la noche (no sé por qué se me había puesto que ese tipo de desgracias suceden más bien de noche), yo me decía: -Se murió mi abuela y ahora mi padre se va a suicidar.

En realidad, yo no pensaba que la vida fuese a ser muy terrible sin él. Lo más terrible era pensar que si papá se suicidaba, se condenaría para toda la eternidad, pero finalmente casi acepté que ese era un tema que sólo él podía manejar, y que era inútil que yo me preocupara por eso, o intentara hacer algo por remediarlo. Si él se suicidaba, seguiríamos juntos mamá, los chicos y mi otra abuela, que se vino a vivir con nosotros por sugerencia de papá. (Él le dijo a mamá - *¡delante de mí!*- que su mamá estaría mejor con nosotros que en aquel caserón, con sirvientas y acompañantes que el día menos pensado iban a darle un disgusto). Mi abuela vino a vivir con nosotros, y tuve que cederle mi cama en el dormitorio que hasta entonces yo había compartido con mi hermano. Me mandaron a la piecita de al lado de la cocina, desde donde una mañana oí a mi padre putear mientras lavaba los platos, que - como siempre desde que no teníamos muchacha - mamá había dejado apilados en la cocina la noche anterior. Me parecía mal que dejásemos todo eso para que papá lo lavase en vez de hacerlo nosotros, y alguna vez se lo dije a mamá, pero no me contestó, y no insistí. Desde entonces, cada mañana me despertaba - aunque no quería despertarme - y oía las maldiciones de mi padre, sin que él nunca se diera cuenta de que yo escuchaba. Una o dos horas más tarde venía a llamarme, con la frase: -¡Arriba la compañía!- como si estuviésemos en un cuartel. Pensaría que era gracioso hacerlo así, pero creo que a mis hermanos nunca los despertó de esa manera.

Mi abuela se puso peor un domingo. Avisaron esa noche, después de las diez. Yo estaba en cuarto año Nacional. Papá viajó el lunes, y volvió a la noche, con ojos como de loco. Fué una semana eterna. Yo no sabía si era mejor tratar de hablar con él, o ignorarlo. Si valía la pena rezar, porque no sabía que era lo que debía pedir, ni que era lo que podía esperar. Mamá actuaba como si no pasara nada. Seguíamos yendo normalmente a la escuela, y todas las tardes dábamos vueltas en el auto de la otra abuela. Manejaba papá, como lo venía haciendo desde hacía varios años, cuando había aprendido a manejar, porque dijo que los choferes que mi abuela contrataba eran todos unos animales y temía por nuestra seguridad, cuando salíamos con ella en los rutinarios paseos que él llamaba '*la noria*', por la calle principal y la avenida, cada tarde, de siete a nueve.

La última noche - aquella que todavía nadie sabía que iba a ser la última noche de la abuela Cata - después del consabido paseo, la otra abuela nos invitó a comer en su casa. Mamá - que tal vez había empezado a darse cuenta del silencio y de la espantosa mueca que petrificaba la cara de papá - rechazó la invitación, pero mi hermana quiso quedarse allí. Mamá le dijo a papá: -Guardá el auto. Puedo ir caminando con los chicos a buscar a la nena- Pero él no hizo caso. Dejó el auto estacionado frente a casa, y ella no lo oyó cuando mascullaba: -Les queda chofer para poco tiempo.

Después, fue como una película muda. Comimos en silencio, papá se levantó, y con bruscos movimientos de marioneta se fue para el auto, y yo me fuí con él. Recién al cruzar la primera bocacalle conseguí decir: -No podés hacer eso que estás pensando- y él me gritó como si lo hubiese insultado: -¿Qué es lo que no puedo hacer?

Fuimos a la casa del médico de la familia, que se consideraba un Gran Amigo de papá, aunque papá decía que era un papanatas. Yo estaba medio ahogado por el llanto, y papá le dijo al doctor: -No sé porqué se puso a gritar.

Me dejaron sentado en la camilla, con las piernas colgando, y se encerraron en la pieza de al lado. Al rato, el doctor volvió y me dijo: -Tu padre me ha prometido que no va a hacer nada- Y después, como para sí, lo que tal vez implicaba un elogio de mi persona (aunque en aquel momento lo que menos me importaba era que alguien me elogiara): -¿Qué

madurez! ¡Qué madurez extraordinaria!- Y de nuevo conmigo, tras la primera frase que me pareció falsa y rebuscada (*-Los hombres son pilotos de tormenta...*) como un consejo o una prescripción: -Tu padre te necesita. Tenés que seguir apoyándolo para que pueda seguir viviendo.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, me di cuenta de que ya era demasiado tarde para ir al colegio. Mi abuela me dijo que Catita había muerto, y que mamá y mis hermanos se habían ido con papá en el auto para el velorio y el entierro. No me habían despertado porque yo estaba bajo los efectos de un sedante quemehabíandado la noche anterior, cuando sufrí un Ataque de Nervios porque papá casi se lleva por delante AUNci-clista...

Mi abuela me propuso que tomásemos un ómnibus y fuésemos al velorio. Me negué rotundamente. Esa noche, cuando volvieron los viajeros, no tuve coraje para mirar a mi padre a la cara.

Meses después, en cierta ocasión, papá me retó porque sostuve su mirada cuando me reprendía por una culpa que no era mía. Mamá aclaró quien era el responsable de aquello que se me reprochaba injustamente, pero él siguió mirándome con dureza todo el día. Solía explicarme que los padres siempre tienen razón, y que los hijos no tienen derecho alguno frente a ellos, pero cierta vez me autorizó para que cuando se muriese, fuera a escupir su tumba. Era un poco melodramático el viejo, pero cuando decía esas cosas terribles, las sentía de verdad. O por lo menos, eso es lo que siempre creí.

Ya muy mayor, me contó que siempre había pensado que iba a morir joven. Por eso había intentado evitar que nos encariñáramos con él, para que cuando llegase el momento, no lo extrañásemos. Creo que hasta cierto punto consiguió lo que se había propuesto. En algún momento, llegué a convencerme de que no lo quería. Si no se le hubiese puesto esa idea loca, todos hubiéramos vivido mejor.

Finalmente, murió de muerte natural, a los setenta y cinco años.

Pero cuando papá no estaba insoportable, era macanudísimo. Una noche me llevó - sentado sobre sus hombros, esquivando pozos y montículos de pedregullo, porque estaban pavimentando la calle - hasta la oficina donde trabajaba con un colega mayor que según decía papá, se aprovechaba de él.

Después tuvo su propio despacho, y llegó a tener una gran cantidad de clientes. Y para lograrlo, no entró nunca en componendas políticas, que siempre ayudan. Por el contrario, durante la Dictadura no ocultó su condición de opositor, y una importante publicación oficialista de Buenos Aires lamentó escandalizada que los *compañeros* de una vasta región siguieran usando los servicios de *un contrera*, a quien mencionaban con nombre y apellido. Cuando - revolución mediante - sus correligionarios llegaron a ser gobierno, su amistad con las nuevas autoridades duró dos meses: modestos obreros y empleados públicos cesanteados en masa por el solo delito de haber sido designados por el gobierno anterior, vinieron a pedirle que intercediera por ellos. Lo hizo, y ante la respuesta cinica ( *-Necesitamos fabricar vacantes para acomodar a nuestra gente....*), dejó el partido por el que se había hecho encarcelar veinte años atrás, bajo otra dictadura, cuando - para forzar la anulación de comicios fraudulentos - rompía a patadas las urnas que intentaban robarle para ser sustituidas por otras rellenas de boletas del partido del gobierno. *-Actuamos del mismo modo que siempre condenamos en nuestros adversarios-* acusó en su renuncia.

La gente lo quería; hasta sus empleadas. Llegó a tener cinco o seis al mismo tiempo. A todas las despidió varias veces, para retomarlas al día siguiente, cuando se le pasaba la bronca. Hubo una, alemana, que quería ser cantante. Había grabado un disquito de pasta con el 'Ave María' de Schubert, que casi deshacemos con el portapúa de la antícuísima ortofónica de papá, donde sólo podíamos pasar un viejo disco rayado de Caruso: 'La damnazione de Fausto'.

Era linda la alemana. Tendría unos diez años más que yo. Una vez trajo una foto de sus parientes en Alemania. Mi abuela le preguntó si todos eran militares. -¿Usted dice por los

uniformes?- preguntó Liselotte. Y aclaró: -No. El uniforme es del Partido- Liselotte se vino a Buenos Aires, porque quería encarar seriamente su carrera artística. El primer trabajo que consiguió aquí fue en un banco judío. Papá dijo que era un castigo de Dios por las ideas políticas de la alemana.

Después, Liselotte entró a regentar boites aparentemente non-muy-sanctas. Se decía que como testaferro de poderosos protectores. Así pudo despuntar el vicio de cantar, y lo hacía muy bien, porque tenía estudio y buena voz. La única vez que la visité - tras innumerables invitaciones siempre desoídas - Liselotte se puso la ropa de escena y anunció que iba a cantar (parece que en los últimos tiempos ya no lo hacía), para alguien a quien había conocido en una época muy feliz. Se paró frente a nuestra mesa, y cantó mirándome a los ojos. Los espectadores - que fuera de nosotros eran evidentemente todos habitués - me observaron con un poco de curiosidad, y yo me preguntaba si debía sostener la mirada de Liselotte. Cantó una canción alemana, no sé si la de Lola-Lola en "El ángel azul", o el 'Ich libidig', que había intentado enseñarme cuando me decía que yo no tenía que estudiar inglés sino alemán, porque el alemán y no el inglés sería el idioma del futuro. Después, se sentó con nosotros, y en voz baja, para que sus amigos y mis amigos no la oyeran, me dijo: -Contále a tu padre que *me viste* cantar. Él nunca quiso venir a escucharme.

Esa noche pensé que posiblemente fuera verdad lo que muchas veces oí a las otras empleadas, *las chicas*, alguna de las cuales eran ahora más que sexagenarias: que el Gran Amor de la alemana no había sido el joven distinguido a quien apenas terminada la guerra mandaron a pasear por Europa para que se olvidara del *descabellado proyecto* de hacerla su esposa, ni alguno de los misteriosos asociados de su posterior etapa porteña, sino mi padre, el patrón severísimo que la retaba todos los días; que no fumaba - como sí lo hacía ella - ; que no bebía - como sí lo hacía ella - y que jamás se permitió otra mujer fuera de nuestra madre.

De eso estoy tan seguro como de que papá nunca se dió cuenta de que Liselotte tenía las piernas más bonitas que vi nunca en mujer alguna. A veces, me he preguntado como hubiera sido mi sexualidad, especialmente en aquellos años, si en lugar de la distante - y patética - negrita aportada por el primo del Cacho, mi primera mujer hubiese sido Liselotte.

Claro que cuando Liselotte trabajaba con mi padre y se arreglaba las ligas delante de mí, yo no era sino un inofensivo gordito de pantalones cortos, y - de haberse dado lo que yo difusamente soñaba - ella se hubiese sentido culpable no sólo de *infanticidio*, como decía cuando se le ocurría bromear sobre esa posibilidad, sino también de incesto, por ser yo hijo de aquel hombre que ella nunca lograría. De todos modos, pienso que si en aquellos años *esta* alemana me hubiera propuesto la experiencia, me habría muerto de susto.

¡Pobre papá! Recuerdo con culpa el pesebre que hiciste para mí en una remota Navidad, y que detrocé a patadas porque era de piedra y no de madera como todos los otros pesebres que yo tenía vistos. Y que te obligué a caminar kilómetros y kilómetros - ¿habrán sido en realidad tantos? - cuando vinimos a Buenos Aires con mamá, al casamiento de tío Oscar. Vos ibas a viajar al día siguiente, que era sábado, para no faltar a la oficina. Cuando me alzaste para entregarme a mamá por la ventanilla, gritando y llorando me aferré a una de las columnas de hierro del andén, y para que aceptara desprenderme tuviste que subirme al tren con nosotros.

Me contabas que hicimos casi cincuenta kilómetros hasta que me calmé y pudiste escabullirte, y que tuviste que desandarlos a pie. Por muchísimo tiempo me sentí terriblemente responsable por aquella tremenda caminata, aunque otra vez me dijiste que bajaste no bien salimos de la estación.

Más tarde, cuando nos llevaban de vacaciones y el hermano menor de mamá - de quien vos decías era el menos malo de esa familia de hijos de puta - manejaba, porque todavía vos no te habías decidido a veranear con nosotros, todos los años, antes de partir, nos peleábamos como iguales, gritándonos casi las mismas cosas: -Me tratan como a un perro. A nadie le importa lo que me pasa. Me obligan a hacer lo que no quiero. Nadie me pregunta lo que me gustaría hacer.-

El recuerdo de esos escándalos - de lo que nunca nadie fue testigo - me duele menos que el de haber roto el pesebre: el motivo de mis aparentes caprichos era que no quería separarme de vos; de alguna manera, mi rabietas eran como una confesión de amor. Yo tenía

cinco, siete, ocho, nueve años, y como a papá, como a la abuela Cata, se ve que me gustaba el melodrama.

A veces me digo que todo lo que en mi vida vino después - el afán de sentirme querido, que detecta el doctor F; el eterno, compulsivo jugar al seductor; quizás hasta la dudosa vocación artística, a la que renunciaría sin lamentarlo cuando hubo que hacerlo - tuvo mucho que ver con aquella difícil relación con mi padre. El debió ser el objeto de mi primera y más anhelada conquista, la que nunca pude concretar.

En el tiempo en que escuché a Liselotte cantando en su boite del Pasaje Seaver, mi padre era todavía labrador (lo fue hasta el último día), y pintón (tanto como para que las clientas viejas que ahora debían tratar conmigo suspiraran, coquetas y maternas: -Usted es buen mozo, pero su papá...) Él iba menos por la oficina, porque había empezado a trabajar el campo que había sido de su suegro, y que como herencia le habían adjudicado a mamá. La arrendataria, al enviudar, descubrió que el antes clandestino amante, exhibido ahora como administrador, era menos confiable como tal que el extinto marido corneado; prudentemente redujo sus negocios, y - renunciando a prórrogas y beneficios que la ley le acordaba - restituyó el campo a mamá.

Así fue como papá - de quien se podría decir que hasta entonces no distinguía un caballo de una vaca - se convirtió en eficiente agricultor y ganadero. Una de las empleadas me contó cierto diálogo que sostuvo con él: -Estuve arreglando un alambrado bajo la lluvia, dejé que la ropa se me secara encima, y no me ha pasado nada- dijo mi padre. -¿Y qué quería que le pasara?- preguntó la mujer. -Enfermarme, y después, morirme. Nadie debería vivir después de los cincuenta y cinco años- En ese momento, él acababa de cumplirlos.

¡Pobre papá! Le tenía miedo a la enfermedad, a la vejez y a la muerte. Por los cuentos de Mecha, parece que fué feliz en su juventud, en su época de estudiante en Buenos Aires, donde había politiqueado, y frecuentado teatros, camarines, peñas y cafés. Conoció entonces a grandes figuras del espectáculo, especialmente de la lírica. Tenía álbumes y fotos sueltas, autografiadas y dedicadas a él, de Lily Pons, de Caruso, del maestro Respighi, a quienes había entrevistado para revistas satinadas y posiblemente efímeras, recuerdos mal guardados en el

desván, donde las comieron las lauchas y la humedad. Allí encontré, prolijamente copiada con una letra femenina que no era la de mamá, una novela breve -'Historia de mi primer amor'- firmada por papá. La leí a escondidas, me pareció irremisiblemente cursi y demodée, pero si algo impresionó mi moderno y científico espíritu psicoanalítico - obligándome a un discreto silencio piadoso- fué que la heroína, que moría *LEPROSA* en brazos de quién contaba los hechos en primera persona, llevara el nombre de una de aquellas hermanitas que papá había perdido en su juventud. Algunas veces, arriesgando las iras de mamá, que no quería que le *desordenásemos* aquella mugre, entrábamos con mis hermanos para intentar rescatar algo de lo que allí se podría. Cuando por fin mamá decidió - con el auxilio de una mujer-por-hora - emprender una expedición de limpieza en aquel basural, las fotos y las revistas, la novela y los artículos firmados por papá que habían sido desparramados en la terraza para ventilarlos, volaron arrastrados por el viento que se levantó aquella tarde.

Como el reflejo de un absurdo espejo deformante, el desamor de mamá para aquellas reliquias de mi padre tuvo una réplica grotesca...casi un metafórico castigo. En sus últimos meses, mamá veía la azotea de baldosas rojas de nuestra casa del pueblo en el departamento de Buenos Aires donde vegetaba. Ella - que para escándalo de sus esporádicos convidados - escuchaba durante el almuerzo el boletín ganadero de Radio Mitre (doscientos novillos gordos, doscientos pesos... trescientas treinta y una cabezas marca líquida "La Armonía", trescientos cincuenta y uno con cincuenta...), hablaba del viento que - así como arrebató los deteriorados tesoros de papá que ella había dejado volar - arrastraba ahora, en su delirio, su ajuar de novia, el vestido, el velo, que nunca supimos hubiese conservado. ¡Mamá era tan poco afecta a fetiches y sentimentalismos! Los veía enredarse en los alambres del teléfono, y estiraba los brazos - como en los ejercicios que le imponía el kinesiólogo - tratando de alcanzarlos, porque eran suyos, y quería recuperarlos, *para que no se echaran a perder....*

Mamá vivió quince años más después de muerto papá. Muy bien, hasta que se enfermó así un año antes de morir. Aún entonces, coqueteaba con los médicos jóvenes, y con el kinesiólogo, que le hacía creer que andaban paseándose por Santa Fe y por Florida cuando



la llevaba del brazo, un poco sosteniéndola, un poco arrastrándola, del comedor al living y del living al comedor, para demorar cuanto fuera posible la invalidez total.

Papá murió del corazón, revisando cuentas de banco. Unos meses antes de morir, recibí de él un curioso regalo: sin que la circunstancia permitiera preverlo, sin relación alguna con lo que en ese momento estábamos viviendo o con lo que estábamos hablando, me dijo: -Tengo que agradecerte todos estos años, casi veinticinco. Si aquella noche no te hubieras puesto a llorar y a gritar, a la mañana siguiente, cuando me avisaron de la muerte de mi madre, yo me habría pegado un tiro.

27

La doctora dice que es normal. Que uno no madura todo al mismo tiempo. Además, digo yo, hay palabras tan ambiguas, que aún ahora no me siento muy seguro de su significado. Por ejemplo, amor; por ejemplo, sexo.

Siempre me pregunté si tendría que ver con el sexo aquel juego que iban a jugar en el último patio de la casa de mi primo Manuel, él y sus amigos cuando me echaron diciéndome que lo que estaban por hacer no era cosa para pendejos tan pendejos como yo. Me mandaron a la sala, donde tía Clarita - que era quien me había llevado - tomaba licor con las otras mujeres y el tío Miguel, el dueño de casa, viudo desde siempre, que recibía tres veces por año, para su cumpleaños y el de sus chicos, Elenita y Manuel que ese año se recibía de bachiller.

El terreno sobre el cual se asentaba la casa tenía como una cuadra de largo, y para que no me perdiera en aquel laberinto de tapiales derruidos, higueras y alambres de púa, me acompañaron dos chicos a quienes los otros ordenaron se quedasen en el primer patio de centinelas, para avisar si se acercaba Elenita, que ya había estado fumando con ellos, o alguna persona mayor.

Yo relacionaba ese juego -que no vi - con aquel temor que más tarde parecían sufrir las maestras cuando no daban permiso a los varones para que fuesen al baño en hora de clase

si no era de uno en uno. Mi tía Josefina - recién casada con el tío Oscar y maestra en la Boca -le contaba a mi abuela que ella no había tomado esa medida hasta que dos de sus alumnos mayores - Josefina era maestra de sexto grado - asistidos y azuzados por sus respectivas madres, habían hecho un escándalo en el aula, cada uno acusando al otro de haberle obligado a hacer '*la mala porquería*', una vez que habían ido al baño juntos.

Mi abuela y mi tía intercambiaban miradas, frases inconclusas y gestos de desconcierto, como prueba de su absoluta ignorancia acerca del significado de esta expresión que yo tampoco había oído nunca.

El Yeyo, que desde que empezamos la primaria me había tomado un poco bajo su protección, quizá porque él era el mayor del grado y yo el más chico, me había advertido sobre el peligro de ir a los baños - solo o acompañado; el peligro estaba siempre - porque podía pasarme algo que no iba a gustarme. Yo sospechaba que ese algo tenía que ver con lo que hacían los chicos aquella tarde en casa del tío Miguel, y con la *mala porquería*; con sacarse la ropa y manosear ciertas partes que no hay porque andar mostrando ni toqueteando sino cuando hay que lavarse o cuando uno tiene que hacer sus necesidades.

La cocinera decía que yo era un chanco escandaloso con un lugar asegurado en el infierno, porque acostumbraba andar por la casa en calzoncillos. Desafiando el terrible enojo de papá - que llegó a decirme que si no hacía deportes o aprendía a nadar, sería siempre un maricón con un ridículo cuerpo de mujer - me negaba a ir a Sportivo, porque no quería mostrarme desnudo en el vestuario. Las pocas veces que no tuve más remedio que ir a las clases de gimnasia, me pareció que todo lo que los otros chicos hacían y decían en cuanto el profesor nos dejaba solos un momento, tenía que ver con la misteriosa y prohibida *mala porquería*.

Siempre fuí muy ignorante en cuanto a esas cosas del sexo... Y a las de la procreacion, que es uno de sus aspectos.

Y eso que cuando estaba en segundo o tercer grado, en secreto, con Fina, echamos unas gallinas cluecas, y me divertía oír a la Negra preguntar que sería ese piar como de pollitos que venía del altillo. ( Cuando confesamos lo que habíamos hecho, se fastidió

bastante, y dijo que íbamos a llenarle de piojillo los libros de cuentos y novelas que guardaba allí).

Mucho antes, el tío Oscar me dejaba entrar en el palomar de la casa de mi abuela, donde criaba esas palomas tan raras que sólo he visto después en el zoológico, y robábamos un huevo de cada nido, para que el pichón que saliera del otro - al tener para sí todo el cuidado de sus padres - se criara grande y fuerte y ganara todos los premios en los concursos en que Oscar se presentaba. Cuando Oscar se casó y se fue a vivir a Buenos Aires, mi abuela regaló todas las palomas, y - dijo - ¿Quién va a hacerse cargo de limpiar la mierda de todos esos bichos?

En casa no nos hablaron de repollos ni nos hicieron esos paralelos pelotudos entre las florcitas, los animalitos y la gente. Nunca me tragué lo de la cigüeña que me quisieron vender cuando nació mi hermana, pero cuando - al nacer mi hermano - desafiábamos a los mayores anunciándoles que sabíamos que los chicos no venían de París, ellos nos retorcían el planteo y nos pedían que, puesto que estábamos tan bien informados, les explicásemos cómo se hacían los chicos, porque ellos lo ignoraban.

Yo sabía, por supuesto, que la gente no nace de un huevo, y que el chico - de alguna manera - se forma en la panza de la madre y sale después de unos meses, pero no me imaginaba que función cumplía el varón en toda esta historia. Y eso que Fina me había enseñado que si el gallo no pisa a la gallina, es inútil poner el huevo debajo de una clueca porque de ese huevo no va a salir ningún pollito.

Analizándolo con mi hermana, llegamos a la conclusión de que la formación de un chico debía ser consecuencia de que el padre y la madre se tomasen de la mano y se besasen. Y de que estuviesen un rato en una cama... Eso se veía claramente en las películas, aunque cuando los actores iban a acostarse, la cámara enfocaba otra cosa - una cortina agitada por el viento, una chimenea con fuego... eso, en las películas francesas, de las que daban muy pocas en el pueblo, y de las que Todo el Mundo decía eran muy Crudas e Inmorales, pero eran las que más me gustaban. (Por suerte, en nuestro pueblo, en aquellos años, las películas no se calificaban, y con mamá podíamos ir a ver *casi* cualquier película que se nos antojara. Mi tía

Josefina no podía creer que yo hubiese visto películas francesas y hasta la argentina "Safo, historia de una pasión", que ni ella misma - decía - se había atrevido a ver... pero si no lo hizo no fue porque no tuviese edad sino porque como a mi mamá, el cine no le importaba para nada).

Estaba en uno de los últimos grados de la primaria cuando - hurgando cajones - encontré en la mesa de luz de papá un libro que se llamaba 'El matrimonio Perfecto', donde leí que el Órgano Sexual Masculino - que ahí era llamado *pene* - cambia de tamaño y consistencia para realizar la *cópula* (otras dos palabras que jamás había oído... Bueno, la última sí, pero para referirse al verbo ser y a veces al estar en la formación del predicado nominal).

Una vez que mamá estaba empolvando a mi hermanito, mi hermana y yo habíamos notado que su... ¿pene?... cambiaba un poco de forma y crecía... Se lo hicimos notar a mamá, pero ella nos retó y nos dijo que éramos unos degenerados. Evidentemente, esa era una de esas cosas de las cuales no se debe hablar. Y pensé que si a uno le pasaba - o si uno permitía que eso pasara en su propio cuerpo ( lo que algunas veces me había sucedido ) sería que uno era un degenerado.

Mi tío Gorriarena contaba que a su sobrino el Vasquito - al mismo tiempo que a sacarse el pito para que no se meara el pantalón - le enseñaban que eso era 'para las nenas'. Yo estaba de acuerdo con mi abuela en que había sido una gran desgracia para la familia que mi tía Clarita - con tal de casarse - se hubiera emparentado con gente tan ordinaria. En mi casa, nunca oí a nadie decir una cosa parecida.

"El Matrimonio Perfecto" explicaba después en qué consistía la cópula, primer paso para la formación del bebé. No avancé mucho más en la lectura porque alguien entró en la habitación, dejé el libro en su lugar y nunca volví a tocarlo.

Me costaba creer que a las mujeres les pudiese gustar - ni siquiera que pudiesen aceptar - que los hombres hicieran *cópulas* con ellas. No podía imaginar a Fina ni a sus hermanas en una situación así, que se me ocurría era un poco parecida a la mala porquería, aunque también a lo que posiblemente haría Flash Gordon con su novia, cada vez que coronaba alguna de sus hazañas contra el tirano Ming. A los hombres les gusta hacer estas cosas, pero a veces les da por hacerlas de un modo que no es exactamente el debido; por eso no hay que permitir a los alumnos varones que vayan de a dos al baño, lo que no es necesario prohibirlo a las mujeres. Pero para hacerlo con una mujer, los hombres pretenden que la mujer sea joven y linda, como la novia de Flash Gordon, como las actrices de cine. Fina y su hermana no son jóvenes ni lindas. No han tenido hijos, no han necesitado someterse a que un hombre haga eso con ellas.

Mi mamá era todavía joven y linda. ( Elena, al conocerla, no se cansaba de repetirme: -¡Qué mamá tan joven y linda tenés!) Y mi abuela decía que cuando joven ella también había sido una de las más lindas del pueblo. Seguramente papá y mi abuelo habrán tenido ganas de hacer *cópulas* con ellas. Mi abuela tuvo cinco hijos, y en cuanto a mamá...Estamos mis hermanos y yo, pero me costaba imaginármelas haciendo esas cosas, o permitiéndoselas a papá o al abuelo. Ellas, que siempre estaban criticando a sus sirvientas porque andaban apretándose con los hombres en el zaguán, imposible que anduvieran haciendo cosas así. De la *cópula* tendrán que ocuparse los hombres, mientras las mujeres están dormidas, y no se dan cuenta de lo que el hombre les está haciendo.

Cuando empecé a darme cuenta de que en el Acto que Engendra a los Nenes participan los dos sexos, generalmente de acuerdo y con placer, se me ocurrió que esa manía de mamá de acostarse *tan* tarde - cada vez más tarde - y la costumbre de papá de abandonar la cama *tan* temprano - podían interpretarse como símbolos del deseo de no estar juntos en una cama. Mi primo Manuel decía que mis padres habían tenido relaciones sólo en tres oportunidades, las necesarias para fabricarnos a nosotros.

El desconocimiento y la confusión se extendían también al plano moral. Cuando por fin adquirí cierta idea acerca de lo que prohíbe el sexto mandamiento, me encontré con que cumplirlo parecía cosa de zonzos.

Por reglamentos que hasta pocos años antes no habían autorizado el descenso del mínimo de edad para ingresar a la educación primaria (¡¡¡de ocho a seis años!!!! Hoy, los niños casi parten directamente de la sala de partos donde nacen al Jardín d Infantes) y por algunas maniobras casi inocentemente ilícitas promovidas por mamá, con las cuales, por supuesto, mi padre no había estado de acuerdo (un mínimo error en la fecha en la partida de nacimiento puede hacer crecer a un niño un buen para dde años, o algo más si fuera necesario para violar reglamentos fastidiosos dilatorios) al ingresar en el Colegio Nacional me encontré rodeado de compañeros que tenían tres o años más que yo. A la mayoría, la religión no les importaba en absoluto, y la consideraban cosa de mujeres, supersticiosa y despreciable. Ellos - y aun los pocos que se decían católicos, - se jactaban de aventuras y experiencias para nada castas, aunque con el correr de los años llegué a pensar si no serían sólo mentirosos intentos de cubrir sus propias ignorancias e inseguridades.

Años más tarde, a los pocos días de entrar en el pensionado, cuando todavía no éramos amigos y no me había dicho - a mí antes que a nadie; antes que a sus hermanos, que vivían también con nosotros, y antes que a su novia, que se desmayó cuando se lo dijo, que iba a dejar la facultad para hacerse cura - mientras tomábamos el desayuno en el comedor con olor a humedad, el menor de los Munaín me preguntó con una sonrisita que me pareció irónica: -¿Sos puro?. Era la misma pregunta que la corrupta dama formula al no tan inocente joven antes de convertirlo en su amante en la primera página de una novela de ambiente renacentista que yo acababa de leer. Ya había pasado mi experiencia con la mujer traída por el Cacho Funes y su primo, pero todo había sido tan loco, tan ridículo, tan imperfecto, que no estaba seguro de cual debía ser mi respuesta para no faltar a la verdad. Además no estaba

muy seguro acerca de cual era la imagen que convenía ofrecer para asegurar mi tranquilidad en este ámbito medio clerical que me era totalmente desconocido.

Estaba casi tan perdido como cuando el Yeyo - que era de la Acción Católica y hacía la primaria con nosotros mientras le llegaba la edad que le exigían para admitirlo en la academia más o menos militar donde cumpliría su vocación de uniformado - me había preguntado si por el precio de una entrada de cine me dejaría culear. Era otra palabra que nunca había oído. Se me ocurrió que podía designar algún juego que consistiera en darse golpes unos a otros con la cola, lo que me pareció debía ser, grosero, violento, tonto y aburrido. Sin saber a qué me negaba, le dije que no, y el Yeyo me felicitó y me dijo que yo era un tipo como se debe ser.

29

Fue un día de verano, a la hora de la siesta. Venía de almorzar con mi abuela, en su casa, y entré a mirar - como lo hacía siempre - las fotos y los afiches en el hall del cine. No era hora de función. El boletero - que el año anterior había reemplazado por unos días a nuestra maestra de tercer grado, y que era amigo del Yeyo y de otros compañeros míos - se vino a conversar conmigo, y me dejó que le contara que cuando yo fuera grande iba a ser actor. Me preguntó si quería conocer el túnel por donde pasaban los artistas y los decorados, cuando venían a trabajar allí compañías de Buenos Aires.

Un momento después yo intentaba escapar de ese hombre enorme, que primero me había tomado por la cintura, como para que yo no tropezara en el túnel oscuro, y después se había puesto a jugar con la hebilla del cinturón de tela rojo y negro que me había mandado mi abuela de Buenos Aires hasta desabrocharlo, y que estaba haciéndome cosas que yo nunca me había imaginado una persona quisiera hacerle a otra, mientras me murmuraba al oído palabras que yo no entendía.

Cuando volví a mi casa, pensé contarle a papá lo que me había pasado, pero pensé que tal vez papá le había dicho a ese señor que me hiciera todo eso para darme una lección, porque yo prefería estar en casa de Fina, o con mamá y con mi abuela, y no con él... Y porque no quería ir a hacer gimnasia a Sportivo.. Y para que yo dejara de ser tan flojo e ignorante, y aprendiera de una vez todo eso que es necesario saber y hacer para ser como los demás... Después me di cuenta de que no era posible que mi papá hubiese ordenado una cosa así, pero entonces empecé a preguntarme si este señor, de cuya amistad parecían enorgullecerse los otros chicos, que lo saludaban agitando la mano cuando lo cruzábamos en la calle, haría con ellos lo mismo que había hecho conmigo.

Si después tenía que ir a ese cine con mamá o con mi hermana, trataba de quedarme lejos de la boletería mientras ellas sacaban las entradas...Y si alguna vez iba solo - porque tenía muchas ganas de ver tal o cual película y nadie quería acompañarme - me acercaba y le pedía la entrada, esperando ver en su cara que me reconocía, y que me tenía un poco de miedo porque yo podía ponerme a gritar para que me oyeran los porteros, y los acomodadores, y el dueño del cine que era amigo de papá y andaba siempre por ahí dando vueltas, para que todos supieran lo que él me había hecho... Pero nunca lo hice, porque me daba vergüenza, y me parecía que él me miraba como si no me conociera... O peor aún... Con una sonrisita burlona como ésa que tanto temo ver aparecer en la cara de la gente, en otros lugares, en otras circunstancias cuando, verdaderamente, no habría ningún motivo para que yo me sintiera tan inseguro y vulnerable.

30

Durante los últimos meses del bachillerato, mientras mis compañeros prestaban (o no prestaban) atención a las lecciones de física, química y biología, y sobretudo en las clases de inglés, que me resultaban especialmente aburridas (¿cómo interesarme en conjugar a coro los verbos irregulares después de siete años de Cultura Inglesa, donde aquel año leíamos 'A woman of no importance' y los poemas de Lord Byron ? ), amparado en mi prestigio de



alumno modelo, solía cambiar - sin mayores objeciones de parte de los profesores - mi banco de primera fila por uno en el fondo del salón, para sumergirme en Chesterton y en Dickens, en Dostoiewsky, en 'Madame Bovary', y en cuanto libro de teatro encontraba en la biblioteca del colegio.

La bibliotecaria se llamaba Lucila, tenía ojos verdes. y era un poco puta, según los rumores corrientes entre el alumnado. Al entregarme el material para mis ilícitas lecturas, Lucila me demoraba con ponderaciones por ser yo el único alumno que no se limitaba a retirar exclusivamente libros de texto, y me hacía pensar si ella no me estaría buscando conversación para darme oportunidad de proponerle que pasase conmigo algo semejante a lo que *decían* pasaba entre ella y el rector. Y con el nuevo vice. Y lo que yo tenía la casi plena seguridad había pasado con Haroldo que - después de haceme jurar que no se lo contaría a nadie - me había confiado que había tenido algún entrevero con ella. Nunca me atreví a decirle nada. Tal vez si Lucila no hubiese sido tan bonita; si no hubiese tenido aquellos ojos, de un verde tan extraño...

Uno de aquellos libros, muchas veces elegidos al azar, fue 'El hombre y sus fantasmas', de Lenormand. En el final de la pieza, el Espectro de la Madre enfrenta al protagonista - reconocible reencarnación de Don Juan - con la (para mí, y parece que también para él) sorprendente realidad: todas las mujeres que supuestamente amó no han sido sino sustitutos para encubrir que su único verdadero amor fue su Amigo; es decir: Don Juan es homosexual.

Releí dos o tres veces la escena: no dejaba lugar a dudas. Días antes, una de las chicas había traído una de esas revistas que leen las mujeres con un test al cual la mayoría nos sometimos alegremente. Una de las preguntas - sólo para los varones - era: -¿Le gustaría ser Don Juan?- Yo había contestado que sí. Al fin de cuentas, Don Juan era la versión romántica, más universal y posible que el Flash Gordon y el Superman que excitaban mis fantasías años atrás. La revista no fulminaba esta aspiración con ningún diagnóstico como el pronunciado por la vieja del protagonista de Lenormand. Media vida después, un escritor español coquetea con la colega argentina que lo reporta: - ¿Qué hombre no se sintió o quiso

alguna vez ser Don Juan? - aparentemente ignorando el planteo del hoy olvidado autor francés. Lo que me había llamado la atención es que Haroldo - a quien yo consideraba el prototipo del seductor, y a quien como tal hubiera querido parecerme - al tocarle el turno de contestar si le gustaría ser Don Juan, había contestado que no.

31

Quizá en la recíprocamente protectora relación con Juan Ignacio yo haya puesto alguna pizca de aquel condimento que - Lenormand mediante - había descubierto no era de uso exclusivo de las dos o tres patéticas mariquitas casi caricaturescas que teníamos en el pueblo. Hoy pienso que si a Juan Ignacio se le hubiera dicho que la generosa hospitalidad que me ofreció desde la primera tarde podía provocar en alguien ideas de esa naturaleza, se hubiese muerto de un infarto. Como todos los muchachos que vivían en ese tiempo en el Hogar, Juan Ignacio parecía ignorar cuanto se refiriera al tema. Sólo el menor de los Munaín - que era un poco afectado - bromeaba a veces con la apostura un poco andrógina de Juan Ignacio, pero estoy seguro de que no ponía en eso la menor intención, al menos concientemente. Una profesora de la facultad - en aquel tiempo, la única mujer al frente de una cátedra, de quien - yo fantaseaba - podría convertirme en amante para aprobar más fácilmente la materia, solía decir: -Nunca hay que olvidar que en *todo* hay grados y matices.

32

Con estudiar los fines de semana, cuando el pensionado quedaba vacío porque los muchachos se iban a visitar a sus parientes o salían con sus novias, mantenía tranquila mi no demasiado exigente conciencia. Prefería salir todos los días, de lunes a viernes: siempre había alguien dispuesto a acompañarme. Muchas veces Rolo, que con disciplina pero sin

entusiasmo, aceptaba dócilmente que los demás le presentásemos a nuestras amigas, como si se sometiese a un tratamiento para olvidar el fracaso que hizo que no tuviera una chica propia con quien salir durante todo el tiempo que duró su carrera universitaria. Rolo - que en ocasiones había sido actor de los sainetes que montaban en el pueblo para los festivales estudiantiles - ofrecía acompañarme, si por fin alguna vez me decidía a inscribirme en una escuela de teatro. Prudentemente, ignoré su solidaria propuesta: temía que concederme esa experiencia podía debilitar mi voluntad de concluir la carrera que debía salvarme de terminar mis días vendiendo medias y corbatas en una esquina de Corrientes.

Al año siguiente apareció Tato. En su pueblo, poco antes de terminar el Nacional, había querido investigar cómo era eso de tocar el piano. Y su profesora, y él mismo - primero sorprendidos; luego deslumbrados - habían descubierto sus enormes aptitudes y sensibilidad para la música. Tato siempre había pensado que vendría a Buenos Aires a estudiar ingeniería. Ahora vivía muy dramáticamente - era su temperamento - un dilema semejante al que yo había dado por resuelto tras mi conversación con el doctor F., aunque en sus momentos de buen humor, Tato recordaba que su genio científico no había hecho renegar a Einstein de su vocación musical.

En el piano del salón de actos que los curas le prestaban encantados, especulando con que podrían disponer de un Gulda propio para sus festivales, Tato ensayaba vales y nocturnos de Chopin. Yo lo escuchaba preguntándome si no estaría cometiendo un imperdonable pecado contra mí mismo al no permitir que mi silenciada vocación artística aflorara de algún modo.

Tato era estudioso y le gustaba leer. Su padre había sido intendente de su pueblo, peronista, y quizá por eso, Tato no hablaba nunca de política. En los primeros tiempos, ninguno de los otros residentes del Hogar era peronista, y creo que Tato admitió su filiación sólo conmigo. Después, vinieron chicos del sur, de familias más modestas, y ellos sí simpatizaban con el gobierno, pero cuando vino el conflicto de Perón con los curas, se dieron vuelta y también se hicieron de la contra. Eran chicos bastante inocentes, que habían estado siempre en colegios religiosos, a quienes me permití mirar un poco por encima del hombro

porque eran inocentes hasta la pelotudez, tanto o más zonzos de lo que había sido yo para esas cosas del sexo.

Tato había estado en el prostíbulo de su pueblo, y - ya en Buenos Aires - en un concierto, había conocido a un hombre mayor, pianista, que lo había invitado a su casa en Belgrano. Nunca habló mucho de ninguna de estas cosas. Yo sospechaba que el pianista debía ser homosexual. Tato también lo pensaba, pero estoy casi seguro de que nunca pasó nada entre ellos. Estas cosas, Tato me las confiaba sólo a mí, en la soledad de su habitación, donde nos quedábamos charlando hasta las tres o las cuatro de la mañana. Él había leído un cuento, creo que de Edgar Allan Poe - ¿sería el 'William Wilson' que después conocí? - en el cual se habla de un hombre que encuentra su idéntico, en quien se mira como en un espejo; una especie de fantasma, con quien entra en perfecta resonancia. En algún momento, dijimos que William Wilson era una figura de Narciso, reflejado en el agua, enamorado de sí mismo. Fue entonces cuando Tato empezó a llamarme *my dear reflection*.

Como con Haroldo, nuestra relación se basaba en pequeñas admiraciones recíprocas, en el reiterado descubrimiento de afinidades, exageradas deliberadamente para hacer más mágica esa analogía pretendidamente fraternal.

El último año que viví en el pensionado, mientras escribía mi segunda pieza teatral, inspirada por las truculentas revelaciones de Carolina en el baldío de Quilmes, recalamos una noche en el Tijuana American Bar. Un marinero joven - el Joven Marinero Virgen de las películas italianas que se había convertido también en protagonista de mi primera pieza - besaba larga, apasionadamente a la muchacha que estaba con él. Pensé a cual de las chicas con quienes salía podía invitar para aprovechar de la mejor manera tan romántico lugar.

No había más público que la pareja besadora y nosotros, pero una pequeña orquesta tocó una rumba y una linda morochita cantó y bailó con bastante gracia. Luego se acercó a nuestra mesa, y preguntó si podía sentarse. Tato la rechazó con bastante firmeza, y ella insistió para que le pagáramos por lo menos una copa. Entonces comprendí que clase de lugar era el Tijuana American Bar, y que clase de chicas eran éstas. Tato se divertía perversamente:

- Primero escribís una obra que pasa en un lugar como éste, y después venís a constatar si la realidad es como vos la describís.

33

El doctor Farnesio - a quien acudí por sugerencia de mi tía Clarita, a cuyo abominable marido el doctor atendía de una crisis de angustia que ella supuso semejante a la que le confié me aquejaba al salir del servicio militar - pareció un poco sorprendido cuando le conté de mi *relativa* virginidad. Más aún, al informarle - con tímida, orgullosa dignidad - que nunca me había masturbado. Cuando años atrás había reconocido estas circunstancias al Chango Acuña, con la autoridad que se arrogaba por ser unos años mayor y estudiante de medicina, me advirtió: -Antes de casarte vas a tener que hacerte revisar. Lo más probable es que seas impotente y nunca puedas tener hijos - Después, se ofreció para enseñarme como se hace la paja.

El Chango contaba que en la capital de su provincia, en la Catedral, los domingos en la misa de diez , vestida de colorinches y cubierta de alhajas, la regente del prostíbulo - donde él *nunca* había entrado - trepaba de rodillas hasta el camarín de la Virgen, golpeándose el pecho y llorando.

Nunca supe que en mi pueblo hubiera prostíbulos. Oí decir que los hubo antes de que yo naciera, pero los habían cerrado. Por cosas de la política. El tío Gorriarena dice que esa clausura fue la que motivó la actual corrupción de las costumbres, el afeminamiento de las nuevas generaciones, el auge de la homosexualidad. (En una nota del prestigioso jurisconsulto, hombre de letras y crítico de cine James de Trap, aparecida en la publicación tomista 'Magister', cuya colección completa atesoraban los curas en la biblioteca del Hogar, leí: '*Pensar que la oficialización de la prostitución disminuirá la homosexualidad es como imaginar que desaparecerá el alcoholismo si se abaratan las gaseosas*').

El doctor Farnesio no dió importancia a que por fin hubiese decidido meterme en el teatro, ni a lo que había sucedido en el túnel del cine. Respecto de esto último, dijo: -Le pasa a casi todos los chicos. Unos son más fuertes, se defienden mejor y consiguen escaparse, y otros no.- Me pareció superfluo y hasta un poco descortés que aclarara: -Yo soy de los que pudieron escaparse.

Tampoco dió importancia ni a mis conflictos religiosos ni a mis dramas familiares: -Todo el mundo tiene problemas con los padres. - dijo. -Mientras no se tiren los platos a la cabeza, como lo hacen - literalmente - varios matrimonios que conozco... (Tomislavo Serianovic había dicho una vez en el bar de la facultad: -El noventa por ciento de los matrimonios fracasan. La gente sigue casándose porque piensa que va a poder calzar en el otro diez por ciento ).

Finalmente, el doctor Farnesio encontró mi vida aceptablemente normal. El único aspecto susceptible de ser mejorado era el de mi actividad sexual. Me sugirió que me masturbara dos veces por semana ( -Para un soltero estará bien - reflexionó). y - quizás para aventar inclinaciones que en ese momento me inquietaban muchísimo menos que los otros temas que él había minimizado, anotó en una hojita de su recetario el teléfono de Mona. Me explicó que era una chica muy seria, que sólo atendía a clientes muy recomendados; que era cara, pero que él podía prestarme con qué pagarle, y que yo podría devolverle el dinero cuando le pagase mi próxima sesión, la semana siguiente.

Le dí las gracias, no tomé el dinero (porque papá nunca permitió que me faltara), y llamé a Mona, cuya voz sonaba agradable y simpática en el teléfono. No pudimos ponernos de acuerdo, porque su agenda y la mía eran igualmente complicadas. Nunca más volví al consultorio del doctor Farnesio, y pasó mucho tiempo antes de que volviera a pensar que alguno de sus colegas pudiera darme una mano en caso de que me sintiera realmente mal.

El Bocha Genziani era - al decir de Jorge Borroni - de los que piensan que el eje del mundo pasa por su culo. Yo era parte del diminuto círculo de sus amigos; es más, creo que el Bocha me consideraba su único amigo entre todos los tipos del pensionado.

En ese tiempo, el Bocha se jactaba de poder llamar cuantas veces su cabeza o sus glándulas se lo sugirieran, a cierta enfermera que, con lo que por esta segunda actividad percibía del Bocha, de otros estudiantes de medicina y de algunos jóvenes profesionales, estaba terminando de pagar su departamentito de un ambiente en pleno Barrio Norte.

Decidí que mi nueva experiencia sería con Nelly. Sin testigos, sin copartícipes. Sin que nadie me la impusiera, el día que a mí me diera la gana. Pero el Bocha se negaba a facilitar el contacto. Para apurarlo tuve que recurrir a una trágica declaración. -El servicio militar (del cual el Bocha se había salvado) me ha destruído. Me ha convertido en un despojo humano. Soy menos que un objeto. Si no me das ese número de teléfono, no me queda sino tomar uno de los tres únicos caminos que me han dejado, fuera del suicidio, claro, que no he descartado definitivamente: me hago cura, me hago suboficial del ejército, me hago homosexual.

No inmediatamente después de oír esta declaración por primera vez, pero sí a la segunda o a la tercera, el Bocha - rogándome la máxima discreción - aceptó proporcionarme este número de teléfono que - remarcó - no hubiera dado ni a su propio hermano, y fuí una tardecita de otoño a visitar a Nelly en su departamentito de la calle Juncal. Me recibió amablemente, nos desnudamos, dio vuelta la medallita que le colgaba del cuello - *'para que el santo no vea lo que vamos a hacer'*, dijo - y allí tuve lo que el tío Gorriarena hubiera llamado mi Bautismo de Hombre.

Unos días después, de vuelta de otra de sus rutinarias visitas a la muchacha, medio desconcertado e incrédulo, el Bocha me repitió lo que ella le había dicho de mí: -Es muy romántico. No se parece a ninguno de ustedes- Y creo que con cierta envidia me transmitió un

mensaje de Nelly: -Décile que venga cuando quiera, que no voy a cobrarle, porque me gusta hacerlo con él.

35

Cuando Berta Cytrinowsky informó en la mesa del café que yo estaba por terminar la facultad, alguno se permitió comentar con agresiva conmiseración: -¡Pobre! Peor para él.

Berta me exhibía como un hallazgo suyo y salió ásperamente en mi defensa: ella también estaba a punto de alcanzar su título universitario, y siempre decía que la gente inteligente es capaz de desempeñarse bien en más de un terreno, pero - como yo - se sentía un poco marginada por sus colegas de una y otra actividad.

Yo lamentaba no haber empezado antes con las clases de teatro. La mayoría de nuestros compañeros se jactaba de experiencias y antecedentes de los cuales Berta y yo carecíamos. Esto me hacía sentir como un intruso o un advenedizo en aquella cofradía de elegidos.

En el pensionado, los compañeros - que no entendían que a pocas materias del diploma, meta y máximo logro al cual todos aspiraban, yo hubiera empezado a estudiar una nueva carrera de extrañas características, dudosas perspectivas económicas e incierto futuro - me preguntaban: -¿Cuánto tiempo te va a llevar recibirte de actor?- Supe que el Chango (que mientras yo hacía mi servicio militar, había sido expulsado por los curas y se había comportado heroicamente auxiliando a las víctimas de los bombardeos en Plaza de Mayo), al enterarse de que yo estaba escribiendo una comedia, comentó que todos los escritores no son sino una manga de pajeros que se consuelan imaginando en sus obras logros nunca alcanzados. Como no volvimos a vernos, nunca conocí su opinión acerca de la profesión de actor.

Berta fue la primera persona - quizás la única - que espontáneamente pidió le permitiera leer la obra recién terminada, y enseguida quiso presentar una escena como ejercicio en una



clase. Aunque Berta tenía una voz poco agradable, un físico definitivamente inadecuado y veinte años más que el etéreo personaje que yo había imaginado, no me atreví a negarle el permiso, y el resultado fue positivo: al analizar el trabajo, el Maestro dijo que el texto era interesante, y hábil la puesta en escena, que también era mía. Desde entonces, pareció que hasta los compañeros más hostiles empezaban a aceptar mi derecho a intentar insertarme en ese medio.

Siempre sospeché que Berta quería llevarme a la cama. Aquel trabajo compartido le permitió señalar mis errores sobre la sexualidad femenina. -Ponés a la Mujer sobre un pedestal- me dijo - y somos tan de carne como ustedes. (Pienso que mi enfoque, románticamente puritano y casi medioeval habrá sido consecuencia de como mamá y mi abuela, Fina y sus hermanas miraban - ¿o me parecería a mí que miraban? - todo lo que tenía que ver con el sexo: como algo sucio y pecaminoso; cosa de hombres, exclusivamente).

36

Pero no llevaba este concepto a sus últimas consecuencias. Si lo hubiera hecho, no me hubiera sorprendido tanto que en la segunda reunión del teatro de la facultad, uno de los compañeros con quien no había cruzado palabra fuera del texto que ensayábamos, langüeteara mi oreja para murmurarme: - Todavía no sé tu nombre, pero no importa. Para mí, siempre vas a llamarte 'Lo que no fue'- Ni me hubiera tomado el trabajo de mantener a raya durante cinco años al Maestro que no terminaba de convencerse de que uno de sus alumno más constantes no estuviese dispuesto a pagar el precio - no pecuniario - que muchos pagaban por el privilegio de ser sus discípulos e intervenir en sus espectáculos. Ni me hubiera sentido tan diferente - ¡también aquí! - en el camarín que compartía con otros novatos que intercambiaban noticias de aventuras en las cuales las mujeres no tenían papel alguno - y con

gestos y miradas y palabras ambiguas se pedían recíprocamente discreción porque bisbiseaban, señalándome: - Éste no entiende.

Pero yo entendía, si no en el sentido que aquí se le daba al verbo, en su vieja acepción de saber o comprender. A mi regreso del servicio militar, había escuchado media docena de confesiones, unas tímidas y avergonzadas; alguna desafiante, que me habían enseñado que muchos de mis amigos, aunque no hubiesen leído a Lenormand, participaban de un modo u otro del problema existencial de su protagonista.

Quien más demoró en sincerarse fue Tato. Después de mucho tiempo sin vernos, una noche me invitó a comer como lo hacíamos diez años atrás en uno de aquellos bodegones del Bajo que él solía descubrir. Esa noche me contó que casi todos los más allegados entre nuestros compañeros del Hogar - el Bocha y Pascualito, el Mono y hasta Aniceto, el puritano que alguna vez admitió le enfermaba pensar lo que sus aspirantes a cuñados podían hacer con su hermana antes o después del matrimonio, censor implacable que me anunciaba los fuegos del infierno por querer ser actor y por escribir lo que él calificaba de obscenidades - todos ellos, en uno u otro momento, habían dormido en los brazos de Tato.

Cuando le pregunté porqué a mí, su *dear reflection*, no se me había concedido parte alguna de tanta generosidad afectiva, me contestó en el rebuscado estilo literario que solía usar para hablar de estas cosas: -Con los otros fueron experiencias - tal vez fuera mejor decir experimentos - que duraban una hora o un día. Si hubiese pasado algo entre vos y yo, no creo que todo hubiese quedado en algo olvidable, transitorio y sin consecuencias. Agradecemos a nuestros ángeles - o a nuestros demonios de la guarda, ¿quien puede decir cuales fueron los que intervinieron? - que no pasó nada más que lo que pasó...o que lo que no pasó.

Ingeniero director de una fábrica, felizmente casado y padre de familia, prudentemente alejado de todo cuanto pudiera asociarse con pentagramas y teclados, Tato - como tampoco ninguno de sus partenaires de aquellas experiencias - parecía haber sido negativamente afectado por ellas .

Sólo Jorge Borroni - justamente otro de los pocos que no tuvo acceso a aquel hospitalario lecho - había seguido el mal camino. Tato lo había encontrado, sucio y mal

entrazado, y había condescendido a pagarle un café con leche con medias lunas. Jorge le había contado que buscaba aventuras en los baños de bares y estaciones; que había llegado inclusive a pagar a chicos por sus servicios, y que algunas veces había sido víctima de chantajes y de violencias.

Yo había perdido de vista a todos esos personajes mucho tiempo atrás, pero estoy seguro de que Tato no mentía. Poco después supe que se había convertido en un cadáver joven, destino que tenía aceptado desde antiguo, porque decía era el único medio conocido para evitar lo que consideraba el máximo horror con que podía castigarlo la vida: la vejez.

En su última hora, debe haber olvidado hacer funcionar otra de las frases que siempre repetía: -Es importante en la vida tener principios para - llegado el momento - poder apartarse de ellos.- Si lo hubiera hecho, si no hubiese sido en ese momento tan coherente consigo mismo, tal vez estaría todavía disfrutando de una plácida madurez.

37

Un día que estaba de buen humor, papá me había prometido que si obtenía el título en los cinco años que proponía el plan de estudios, me mandaría un año a Europa. Me autoimpuse ese plazo como un aliciente para merecer este premio, aunque alguna vez me pregunté si - de lograrlo - me atrevería a aceptar semejante regalo, para el cual hubiese necesitado un coraje y un cierto espíritu aventurero del cual siempre he carecido. Un 31 de diciembre, apenas se supo que había aprobado la última materia, papá - que en los últimos meses había estado más deprimido y apremiante que de costumbre - me dijo que en cualquier momento íbamos a encontrarlo en su escritorio con un tiro en la cabeza, y que todo lo que había construido en treinta años de trabajo y sacrificios se iría a la mierda porque nadie estaba dispuesto a sucederlo en el puesto que no estaba en condiciones de ocupar ni un solo día más. (Después, concedió que con que pusiera mi cara en el pueblo cuatro o cinco días por mes, para que las empleadas y los clientes se acostumbrasen a tratar conmigo, y para que

yo tomase alguna idea del movimiento de la oficina, bastaría, ya que él iba a seguir trabajando mientras Dios le diera vida y energía para hacerlo. El resto del tiempo, yo podría utilizarlo como mejor me pareciera).

Unos días antes, yo había hecho mi debut en un teatro de verdad, y era esto lo que realmente me importaba. Uno de los curas me dió el pretexto para justificar - especialmente ante mí mismo - el quedarme en Buenos Aires. Un abogado amigo suyo buscaba un profesional joven, para que colaborara en el estudio. Podía probar como era trabajar en la profesión, ganar unos pesos para mantenerme sin depender exclusivamente de los clientes heredados, y aprender allí algo de lo mucho que no me había enseñado la facultad.

Mucha gente del pueblo con menos medios que nosotros tenía lo que un colega de papá - rebuscado y cursilón - llamaba un *pied-a-terre* porteño. No fue fácil conseguir que mi familia tuviese el suyo: mamá decía que con los intereses del dinero que habría que invertir para comprar un departamento, ella podía alojarse en un buen hotel y estar servida cuantas veces se le ocurriera venir a Buenos Aires.

1. En pocos meses me di cuenta de que me convenia cuidar la antigua oficina del pueblo, que aportaba trabajos rutinarios, redituables, y no demasiado absorbentes, aunque tuviese que ignorar la impertinencia de empleadas y clientes, que me reclamaban no hiciera sufrir a mi padre, que no lo defraudara - y que no los defraudara a ellos (que seguramente querian usarme como lo usaban a él) - '*dedicándome al teatro*', y lamentando que yo amaneciese a media mañana, siendo que papá había sido siempre *tan* madrugador. Podría haberles contestado como hizo Gabriel Ranni a quienes le reprochaban no apareciese por su oficina hasta mediodía: -Estudié para abogado, no para lechero.

Decidi intentar - y pude - desdoblarme: en Buenos Aires era un estudiante de teatro, casi un bohemio, actor cuando se presentaba la oportunidad, que hasta se hacía tiempo para borrar proyectos de nuevas piezas teatrales. En el pueblo, un profesional burgués, serio, correcto y generalmente eficaz, aunque a veces me decía que éste era nada más y nada menos que el mejor de mis trabajos actorales.

Sin hacer mucho caso de la desencantada resistencia que mi transitorio patrón porteño opuso a mi renuncia, dejé de ir por su estudio. Una de sus empleadas, malévola, me dijo que las varias hijas del jefe - tenía siete, las mayores de mi edad - que habían empezado a visitar al padre en su lugar de trabajo durante los meses que yo había andado por allí, dejarían de hacerlo. No eran feas chicas, pero muy serias y para mi gusto, demasiado preocupadas por cambiar cuanto antes de estado civil, inquietud que no trataban de disimular. Ese era un tema que todavía no me preocupaba.

38

Inés se fué a estudiar a Rosario. Odontología. Después cambió por Arquitectura, en La Plata, antes de pasar a Santa Fe, donde empezó Derecho, que continuó - fugazmente - en Buenos Aires, hasta que reinició arquitectura, pero en Córdoba. Cuando estuvo en Buenos Aires la conocieron algunos de mis amigos; si nuestras estadas en el pueblo coincidían, las amigas de mi hermana la invitaban a sus fiestas. Unos y otras pensaban que éramos novios.

Charlábamos horas sentados en el zaguán de su casa en el pueblo, o en el auto que a papá no le molestaba le robase por varias horas, porque era de noche, y él siempre se iba a la cama enseguida de comer. Inés decía que lo nuestro era algo muy especial, que sólo nosotros podíamos comprender. Otras veces también decía que si llegados los veintiocho años no habíamos encontrado alguien mejor con quien hacerlo, nos casaríamos. Nunca se aclaró cual de los dos tendría que llegar a esa edad para que eso sucediera. Tampoco se dijo nunca que eso era solamente una broma. A mí no me parecía que lo fuera.

Un año después de haber terminado la facultad, tras muchos veranos en que me había negado a hacerlo, acompañé a mi familia a Mar del Plata. El padre de Inés había alquilado allí una quinta. En una diminuta boite de la calle Entre Ríos tuvimos los primeros apretujones y besuqueos que - supuse - marcarían el comienzo de una etapa más íntima y madura en

nuestras relaciones. Su hermana - que a veces compartía nuestras salidas - me llamaba 'cuñado'.

Ese fue el invierno que Inés vivió en Córdoba. Me escribía con tanta frecuencia que no me daba tiempo para contestar a todas sus cartas. Yo pasaba muchas de las largas noches del pueblo en casa de Tela. Inés nos había presentado en Mar del Plata. Ya no me veía con los compañeros del Nacional ni con los de la colimba. No me atraían el club ni el café, donde las actividades principales eran el billar y los naipes. En la cocina de Tela hablábamos de política, de libros, de películas. De nuestros sueños. De nuestros futuros. A veces, aparecía por allí una prima de Tela, Pupy.

Pupy no es fea. Tampoco demasiado linda. Usa anteojos, tiene caderas demasiado anchas, y en la pileta los muchachos le toman el pelo diciéndole que el estilo pecho que practica se las pondrá más anchas aún. No conoció a su madre; como la de Inés, murió al poco tiempo de dar a luz. Es la única hija del ingeniero Petrella, a quien siempre se veía pasear en autos último modelo con hermosas mujeres apultonadas. Las viejas decían que no había querido casarse por segunda vez para no dar una madrastra a Pupy.

Pupy es varios años menor que nosotros, pero participa activamente en nuestras reuniones. Si comento algún libro, cuando volvemos a encontrarnos, lo ha leído. Si recomiendo alguna película que he visto en Buenos Aires, no olvida verla cuando llega a los cines del pueblo, aunque hayan pasado muchas semanas desde que hablé de ella. Esta casi docilidad me divierte. A veces pienso que si llego a los veintiocho años y no me he casado con Inés, Pupy sería una candidata para tener en cuenta si quiero escapar de la soltería.

39

Una mañana, Tela me pidió que la acercara con el auto a un remoto andurrial para uno de esos trámites de solidaridad social en que solía andar metida. Después me confesó que

había sido un pretexto para hablar conmigo a solas. -No es justo lo que Inés hace con vos- me dijo. -Te sentís su novio, y ella te lo deja creer; a vos, y a la gente que los rodea, incluso a su padre y a su hermana. Pero toda esta historia del cambio de carrera que la ha obligado a instalarse en Córdoba, no es sino la manera que ha encontrado de poder estar cerca de su primo Aliaga. (Tela lo llamó así, por el apellido, que yo conocía: mamá solía contar que en su juventud la había festejado un tal doctor Aliaga, primo del padre de Inés, que había pasado un verano en nuestro pueblo y había llegado más tarde a ser gobernador de su provincia). -Inés lo conoció en Mar del Plata, cuando vos te volviste. Como es un hombre mayor - tiene casi la misma edad que el padre de Inés - y pariente, si la cosa se sabe van a tener que encararla muy en serio.

En los apuntes que nos dictaba nuestra adorable profesora de filosofía en cuarto año Nacional, yo había leído que si bien los filósofos moralistas del siglo XVIII pensaban que la pasión amorosa estalla instantánea y fulminante como el rayo, para Stendhal (novelista francés del siglo XIX), ese sentimiento es resultado de una lenta cristalización. Yo no me sentía Julián Sorel ni Fabrizio del Dongo, pero si aplicaba a mi caso aquellos epidérmicos conocimientos, me sentía inclinado a dar más bien la razón a Stendhal (novelista francés del siglo XIX). Durante casi diez años había imaginado que Inés era la mujer de mi vida; el proceso de cristalización había sido tan lento, que todavía podía recibir la noticia de su doblez sin que me conmoviera demasiado.

Cuando Inés apareció por el pueblo, me exigió una entrevista. Sabía - por Tela - que yo había sido informado - por Tela - de sus amores cordobeses. Juzgaba la intervención de nuestra amiga '*una deslealtad, una falta de delicadeza y una intromisión injustificable en nuestros asuntos*'. Liquidado - de común y amistoso acuerdo entre sus protagonistas - el romance con el anciano pariente, Inés planeaba volver a Buenos Aires, a sus estudios de derecho que - declaró - '*jamás debí abandonar*'.

En cuanto a mí... Inés estaba dispuesta a perdonarme: comprendía que en mi masculina estupidez, yo podía no haber advertido que por el solo hecho de prestar oídos a las habladurías de Tela, me convertía automáticamente en cómplice de esa mala amiga, amén de

ser ésa - la actitud de escuchar - una prerrogativa que sólo podía permitirse un novio oficial, caracter que *NADA* ni *NADIE* me había autorizado a arrogarme.

40

Unas semanas después - era uno de los primeros sábados de primavera - Inés se presentó - seria, un poco triste y como avergonzada - en el departamento de Buenos Aires. Yo estaba solo. Sentados en el suelo del living, con las luces apagadas, mientras mirábamos caer la lluvia, Inés declaró - sin que yo hubiera sacado el tema - que Tela se había portado conmigo mucho mejor que ella. Más allá de los vidrios, la niebla borraba los edificios de la vereda de enfrente: así debía ser estar en la cubierta de un barco, en medio del mar. Pensé que podía besarla. Me rechazó sin violencia, y lloré un rato sobre su pecho, mientras ella me acariciaba la cabeza. Creo que fue mejor que si nos hubiéramos besado.

Veinte días más tarde, yo luchaba con la plancha y la camisa antigua de cuello palomita que me pondría esa noche, para el estreno de la primera pieza en la que tenía un papel verdaderamente importante, cuando llamó el teléfono. Inés estaba en Buenos Aires, no la esperaba, y me sorprendió su explicación: -Dijiste que debutabas hoy. Vine para acompañarte.

Vio el espectáculo. Compartió con mis compañeros la cena y los cafés que se prolongaron casi hasta el amanecer. La despedida en el zaguán de la casa de la prima donde paraba en Villa Devoto, pareció dar lugar a que nuevamente pudiese considerarme su novio. Esa mañana se fue para el pueblo, pero volvió el fin de semana, y dijo que quería ver la pieza por segunda vez.

Vinieron el sábado, con Tela, José - el novio de Tela - y un amigo de José. Esa noche se casaba Rolo. Con su segunda novia, con quién se soportaban desde hacía dos años. Rolo - que me había pedido fuese testigo del civil - dijo que disculpaba mi ausencia de la iglesia por



mi compromiso con el teatro, pero me aseguró que no se iría con su flamante mujer sin que antes yo brindara con ellos. Cuando llegué con Inés a la fiesta - cerca de las tres de la mañana - los novios habían partido. El padre de Rolo no ocultó su fastidio ante lo que tomó como un deliberado desaire. Reconozco que hubo mucho de culpa mía en la demora. Nos habíamos quedado charlando en la confitería de la esquina del teatro con la otra pareja, y con el amigo de José, que miraba a Inés de una manera que enseguida me había dado bronca.

Al llegar, yo había dado la mano a los hombres y a Tela. Pude haber hecho lo mismo con Inés - era lo que todavía se acostumbraba en aquel tiempo - pero preferí besarla en la mejilla, como lo hacía cuando nos encontrábamos o nos despedíamos, y no había testigos. Fue un acto de posesión y de desafío. Quería que los otros lo notaran, y lo logré.

Tras nuestra siguiente salida, en el trolleybus rumbo a Devoto, Inés me dijo: - No lo tomés a mal, pero no quiero que me beses cuando hay otra gente delante - Y me contó que supo - por Tela - que al retirarnos de la confitería, el amigo de José había preguntado si éramos novios. Con incuestionable objetividad, Tela había contestado que no. A lo cual, el estúpido había respondido: - Así es que la besa todo el mundo. La próxima vez voy a besarla yo también.

Al despedirnos, en la puerta de la casa de su prima, Inés me ofreció la mejilla para que la besara, y la rechacé: -No vale la pena.

-¿Te molestó lo que te dije? -me preguntó.

-No. Pero me hizo ver claro. No puedo obligarte a que me quieras.

-¿Cuándo vas a llamarme?

-Nunca. Si me necesitás, llamáme vos. Sigo siendo tu amigo.

Le apreté la mano, y me fuí.

41

Un día, el Maestro me dijo: -Me quedan pocas cosas por enseñarte. Es hora de que experimentes otras técnicas, otros estilos, con otros directores. En el palomar de la casa de mi

abuela, mi tío Oscar me hacía ver como los padres - que estaban empollando ya nuevos huevitos - echaban del nido a picotazos a los pichones que no tenían más remedio que aprender a volar.

Ingrid Bergman había declarado: -No necesito pasar la vida ante una cámara o en un escenario. Un buen papel por año me basta- Si no me fijaba en la trascendencia más bien escasa de mis trabajos, podía sentirme bastante satisfecho: en casi cinco años que había estado con el Maestro, yo había superado ese mínimo. La *otra* profesión me daba para vivir bien. Algún día tendría lo necesario para viajar sin deber gratitud a nadie por ese viaje. O podría estrenar en alguna sala importante, alguna de mis piezas, que juzgaba geniales. En espera de gloriosas oportunidades que nunca llegarían, me permitía entretener con dudas y evasivas a algunos modestos elencos que me pedían autorización para representarlas.

42

Esa primavera, encontré al pueblo simpático y acogedor. Cuantas veces se me ocurrió invitarlas, disfruté de la compañía de media docena de chicas que años atrás parecían mirarme con sorna y que apenas habían aceptado bailar conmigo desganadamente alguna pieza en los bailes de Sportivo o el Club Social. *-Es muy triste el destino de la que se queda en el pueblo esperando la vuelta del novio que se fue a estudiar a la facultad. Generalmente lo ve volver casado con otra, cuando ella ya está vieja y gastada, y lo que es peor, sin que nadie la haya usad.* - solía decir mi abuela. Yo había vuelto con mi diploma, soltero y sin ataduras visibles. Tenía el buen nombre de la familia, y estaba adquiriendo un pequeño prestigio profesional. Muy pocos prestaban aquí atención a mis otras actividades, mis *hobbies*, como decía el escribano Cepeda cuando - intentando ser cortés - me fastidiaba preguntándome por mi *vida de artista* en Buenos Aires. Las celosas madres de antaño, ahora vagamente celestinescas, no cuestionaban las salidas sin rumbo fijo de sus hijas conmigo, ni los regresos a deshora. - Los tiempos, y las madres, y también las chicas, han cambiado- me decía a mí mismo, sin ignorar

la circunstancia de que también yo había cambiado. . Me divertía, y no renunciaba a un juego que por ser disputado con varias al mismo tiempo parecía menos peligroso. Y si me tocaba caer... Bueno. Quizás había llegado el momento de sentar cabeza, formar un hogar y llenarlo de hijos. Papá se había casado a los treinta, y aunque todavía yo miraba esa edad como lejana y respetable, ya había aprendido que cinco años pasan muy pronto.

En esos días, reflaté alguna vieja amistad e hice algunas nuevas . Elena - que había sido una excelente compañera en el secundario - se había asociado con Keta y con Lydia. Lydia tenía quince años más que nosotros. Tras dudar un poco acerca de si debía meterme o no, advertí a Elena que los eternos murmuradores coloreaban de tonos equívocos su relación con Lydia. Elena me agradeció lo que calificó de '*franqueza brutal*', y me dijo que desde ese momento me consideraba más amigo aún que antes, sin aclararme si había algo de cierto en aquellos chismorreos..

Marga Chavarri era colega de mi padre, e integraba uno de los varios grupos teatrales del pueblo. Empecé a tratarla en alguno de aquellos ensayos a los cuales me invitaban para conocer mi opinión como discípulo de mi prestigioso Maestro, a los cuales yo asistía, dócil, aburrido e indulgente.

Yo estaba preparando el ingreso a la facultad, cuando Félix Martiarena - con quien jamás había cruzado palabra - me pidió lo acompañara a su primer baile en el Club Social, en el cual - si se atrevía - pensaba *hablarle* a Marga. En un banco de la plaza, frente al Club, alenté durante una hora al irresoluto galán. Cuando me hice amigo de Marga, el noviazgo llevaba casi una década, con diez rupturas y nueve reconciliaciones. El inseguro festejante había resultado un novio despótico y egoísta. -No le interesan más que su carrera y la política. Es un muy comprometido militante de izquierda - me confió Marga. -Si hubiera tenido el coraje de acostarme con él, sabría si por lo menos en ese terreno podemos entendernos.

Félix y Antonio estudiaban la misma carrera en Rosario, compartían un departamento, y Antonio decía que estaba enamorado de Félix. Yo no tenía trato alguno con Félix, de modo que no tenía idea acerca de cual de ellos - Marga o Antonio - podía abrigar esperanzas mejor fundadas sobre él. Marga se jactaba de ser la profesora más joven en nuestro viejo Colegio

Nacional. Una noche me preguntó si yo no la ayudaría a dirigir a unos alumnos suyos que pretendían hacer algo más importante que los habituales sketches y sainetes que habitualmente ponían para fin de curso. Pensando que todo quedaría en una buena intención frustrada, parece que le dije que sí.

41

Cuando llamó Marga y me dijo que estaba con los chicos, esperándome en el club, casi le pregunto de qué chicos me hablaba, y de qué club me hablaba. Me intimó: -Acepté ayudarlos porque contaba con vos. Si te arrepentiste, puedo decirles que no hay nada de lo hablado. ¿Qué vas a hacer?

Fuí. En el salón sombrío y medio inundado, Marga - docente - sentada sobre una mesa para no mojarse los pies, escuchaba a los actores que leían en el escenario. Con treinta años más de vida y setenta de ensayos, uno quizás hubiera llegado a componer un padre medianamente aceptable. Otro hablaba con un desconcertante acento andaluz que - supe luego - era su modo natural de expresarse, inexplicable aún para él, porque había nacido en Italia, lo habían traído de muy chico y jamás había estado en España. El tercero era Rik. Cuando aspirando el perfume de una flor imaginaria murmuró el nombre de su amada, sentí que tal vez fuese injusto negarme a colaborar con Marga y dejar que aquel intento se frustrase.

Terminaron de pasar letra (con un gesto yo había impedido que los interrumpiera para anunciar mi llegada), y Marga me presentó como una especie de Potencia Divina, descendida del cielo para iluminarlos. Eran unos diez, entre actores, ayudantes y noviecitas. Rik - el más comunicativo, quizás el único que habló - dijo que siempre había querido ser actor (también pintaba), y que había leído algo de teatro, Pirandello -los 'Seis personajes...' - pero tuvo la decencia de confesar que no la había entendido.

Nos reunimos una vez más, y hubo que suspender el trabajo *por unos días*: los chicos festejaban - yo me preguntaba si a toda hora - la próxima terminación de las clases, y Marga no quería privarlos de sus expansiones.

Una noche, en casa de Marga, estaban Elena, sus socias, Isidoro Cáceres y Miguel Ardant. Hacía mucho calor, y Lydia propuso dar una vuelta en su auto. Salimos. Keta cantaba algo de '*Luisa Fernanda*', aquello de '*A la sombra de una sombrilla...*', y de a ratos, los que sabían la letra, la acompañaban. Marga dijo: -Hoy es el cumpleaños de Rik y le hacen una fiesta en el club. Me gustaría saludarlo.

Lydia detuvo el auto frente a Sportivo, y Marga bajó sola. Volvió enseguida: -Rik está muy descompuesto. ¿Podríamos llevarlo hasta su casa?

Rik estaba en la vereda. Su amigo Pedro lo sostenía. Apenas podían tenerse en pie.

-Si esos borrachos vienen, nosotros nos bajamos- mariconeó Miguel.

Las mujeres - maternas - estaban de acuerdo en que no se podía abandonar a los chicos.

-Van a vomitar y te van a dejar todo hecho un asco. Isidoro - como de costumbre - hacía de eco de Miguel.

Rik me descubrió dentro del auto, e inició *un* ruego alcohólico y vacilante: -Usted es mi amigo. ¿No va a dejarme tirado, ¿no es cierto?

Marga me miró. Pedí que me acercaran a casa para buscar el jeep que usábamos para ir al campo. Cuando volví, los chicos habían desaparecido. Dí unas vueltas, buscando a los adultos, y al pasar por una calle oscura, oí que gritaban mi nombre. Era otro de los actorcitos. Sobrio, se disculpó - por haberme llamado así, por la situación, por lo que me pedía.: -¿No llevaría a Rik hasta la casa? Está muy mal.

Después de todo, para eso me había separado de mis compañeros. Rik gemía incoherencias no del todo ilógicas: -¿Qué va a pensar usted de mí? Tiene que pedirle a Marga que me perdone.

Días después, Rik me contaría que estaba enamorado de Marga. Parecía un muñeco de trapo. Sin huesos. Lo tiraron en el asiento de atrás, y Pedro se instaló a mi lado. Ví por el retrovisor que los otros asistían a Rik (no sé porqué se me ocurrió el adverbio), *tiernamente*.

Me puse en padre: -Te llevo a tu casa- Sollozó. Y enseguida, una resistencia que me fastidió: -¡Pedro! No dejés que me lleven a mi casa. Hoy cumplo diecisiete años.

Los otros propusieron, tímidamente, una transacción: -Déjenos en una plaza. A ver si con el aire se despeja.

Los dejé en una plaza. Los que podían hacerlo, me agradecieron. Por detrás de ellos, como en un cinematográfico segundo plano, ví que Rik, junto a un árbol, se sometía al vómito que Miguel había pronosticado.

42

Durante el último año del Nacional, habíamos intentado con algunos compañeros fundar un teatro estudiantil en serio, pero habíamos chocado con la indiferencia y la hostilidad de los mayores. La actual rectora - que al principio se había entusiasmado con el nuevo proyecto - retiró todo su apoyo y pidió a Marga que lo abandonara, cuando supo que Rik - que tenía fama de revoltoso e indisciplinado - formaba parte del elenco. Así me vi liberado de una empresa en cuyo éxito nunca había creído.

Rik parecía el único auténticamente dolido por el naufragio. Buscó mi compañía. Tuteándome, me pidió permiso para tutearme. Pasaba por las tardes por mi oficina y nos íbamos a dar vueltas en auto, o a tomar café. Al principio - sólo al principio - me habló de sus aventuras con mujeres mayores, algunas casadas, que se acostaban con él a la hora de la siesta. En cierta forma, nuestra relación me recordaba la que había vivido con Haroldo. Alguna vez, Rik reconoció que los siete años que yo le llevaba - y que yo señalaba quizás con demasiada frecuencia - eran muchos, pero dijo que eso no tenía porqué impedir que fuésemos amigos, si es que yo quería ser su amigo. Yo me sentía como una especie de sabio

desencantado, de vuelta de todo, pero pensaba que a pesar de mis falencias podría influir positivamente en la vida de Rik; él me decía que con quien realmente yo viviría una amistad rica y plena sería con su hermano, que estudiaba biología en Santa Fe y pintaba, y que vendría a pasar las vacaciones en el pueblo. Con un poco de pena - o con una sombra de envidia - me decía: -Mi hermano es como vos. Sabe de todo. Cuando lo conozcas, ya no vas a tener tiempo para mí.

Mi amigo Carlos Muñoz - tan de otra época que en algún momento le oí preguntar a su mujer que quería decir esa palabra GAY, que tanto oía últimamente - me contaba que pese a la cálida recepción de que fue objeto por los responsables de la cultura en los tres o cuatro mínimos pueblitos de frontera adonde - contratado por el Ministerio - hizo su excelente espectáculo sobre Oscar Wilde, cada noche, hasta que en su piel de viejo actor no sentía que aquel público (que jamás había visto teatro y que no tenía idea de quien había sido Oscar Wilde) se le había entregado, esperaba aterrado que algún espectador - tal vez ni siquiera molesto, simplemente por hacerse el gracioso, - le gritara: - Mandáte a mudar, viejo troló.

Yo pensaba: -Sería mejor terminar la relación con Rik, antes de que la aparición del Hermano Maravilloso la haga imposible. No porque en ella haya nada de censurable ( no la busqué; ni siquiera me permito llamarlo por teléfono), pero ese Hermano Mayor, Luis Alberto, que se mueve entre bohemios y artistas en una ciudad grande... ¿creerá en la pureza de esta amistad? ¿aceptará la inocencia del nuevo amigo que Rik piensa presentarle ?

Empezó la temporada de pileta. Rik me había contado que nadaba, y que el año anterior había ganado *todos* los torneos de su categoría: veraz o no, su versión no podía ser otra.

Yo iba al mediodía, cuando el club estaba semidesierto, y nos encontrábamos siempre los mismos diez o doce conocidos. Una mañana me sorprendió cruzarme con Rik, que ya se iba. Pareció un poco molesto porque lo encontré bajo la ducha. También a mí me desconcertó un poco verlo desnudo.

Hubo un baile, y Pupy me propuso que fuésemos juntos. Le advertí que llegaría tarde . -Te han estado esperando ansiosamente- me saludó a la puerta de Sportivo el Cacho Funes, y.

me condujo hasta la mesa donde estaba su novia de siempre, que me informó que Pupy estaba bailando. -Tardaste- me reprocha simpática cuando vuelve a la mesa. Detrás de ella diviso a su diminuto compañero. Es un chico que vive frente a casa, más o menos de mi edad, con quien nunca he cruzado más que un bien educado saludo. Silencioso y sonriente, saluda a todos con una especie de reverencia antigua y un poco envarada, y desaparece. Todos lo llaman Papy, aunque su verdadero nombre es Artemio Segismundo: sus padres se le impusieron como homenaje a quien fue durante más de medio siglo cura párroco del pueblo, que se llamaba así.

43

Mamá propuso que fuésemos a Buenos Aires, a pasar la Navidad con mis hermanos que todavía estaban dando exámenes. Dije que prefería quedarme y no estalló el mundo. El veinticuatro, a media tarde ( *-Con toda la fresca* - ironizó mamá), mis padres partieron para Buenos Aires.

Los amigos - y especialmente las amigas - no querían dejarme solo en una noche “*como-esa*”.. No me fue fácil defender una libertad para cuyo uso no tenía planes concretos.

Marga fue la única que se atrevió a poner en duda abiertamente la veracidad de la historia - para mí plausible - que yo había forjado: -Si esos tíos de paso para Rosario a quienes tenés que atender realmente existen, una vez que se hayan ido te venís a comer a casa- decretó.

El Hot Jazz Club inicia sus actividades esa noche, con un baile en el Círculo Italiano, y Pedro, su Presidente, quiere que vaya. -Por andar con los ancianos de tu edad - me reprocha - nos tenés abandonados.

Salí en el jeep a visitar gente, para saludar deseando paz y felicidades, algo que jamás había hecho. En casa de Inés me dijeron que hacía días no tenían noticias de



ella, y que ya no la esperaban. (Dos meses atrás, en Buenos Aires, ella me había prometido que iríamos juntos al baile de Nochebuena). Cuando llegué a casa de Marga, ella y Félix - reconciliados - habían salido en un periplo análogo al mío. Rechacé la cena que su madre me ofrecía - ellos ya habían comido - y con una copa de sidra en la mano escuché educadamente una larga conferencia del hermano de Marga, flamante psicólogo. Ya me había explicado, en otra ocasión, como - una vez que la medicina mental alcanzara su completo desarrollo - desaparecerían la música, la pintura, la literatura y las demás artes, mediocres paliativos para mentes débiles y enfermas, que hallarían mejor remedio en la ciencia.

El tema de hoy fue 'La Navidad, versión de las Saturnales, fiesta pagana de la que se apoderaron los cristianos sin pudor ni creatividad'. Advertí en su cara sonriente una vaga expresión de desconcierto cuando, aprovechando una pausa que se concedió para respirar, agradecí el buen momento pasado y me disculpé por tener que dejarlo, ya que no quería llegar tarde a la Misa de Gallo.

En la capillita del barrio obrero, detrás del arroyo, tres mujeres jóvenes contrastaban entre los fieles, modestos y recogidos. Parecían gitanas, pero no gitanas auténticas... Me recordaron a la que perpetraba Rita Hayworth en '*Los amantes de Carmen*'. La mirada de una de ellas se cruzó varias veces con la mía.

Salieron después de la consagración. Dudé un momento, y las seguí. Se había levantado viento, caminaban rápidamente, pero las alcancé antes de que llegaran al puente. Ofrecí llevarlas, y la que me había mirado en la iglesia dijo: -No vayan a subir- pero una de las otras contestó: -Vamos para el centro-, y subieron las tres.

Ésta fué la única que habló. Dijo que acostumbraban ir a la pileta y a los bailes de Sportivo. Al dejarlas, dijimos que seguramente volveríamos a encontrarnos alguna vez en el club.

Salían de la otra Misa de Gallo, la de la catedral. Oí que gritaban mi nombre. Era Pupy. Yo le había concedido que tal vez fuera al baile, pero ahora yo no tenía ganas, y se lo dije. Me increpó: -¿Por qué?- Quise ser sincero, y acepté el riesgo de

parecer estúpido: -Es una noche diferente, y me gustaría vivir algo diferente. Por ejemplo, un momento de amor- Lanzó una especie de rugido feliz: -¡Qué lindo! A mí también me gustaría vivir un momento de amor.

Aunque no había pensado en ella como partenaire, decidí darle una oportunidad: -En casa tengo discos. Podemos elegir nuestra música. Y en la heladera hay pollo y champán. (También pensé - aunque no lo dije - que en casa había varias camas vacías, y que en los últimos tiempos ya no pensaba tanto que la cama es el lugar donde culmina el amor, como que puede ser también el lugar donde comienza. O - en todo caso - un campo de experimentación). Parecía tentada, pero su respuesta me descolocó: -Tela tampoco tenía ganas de ir al baile. Vamos a buscarla.

La madre de Tela nos obligó a tomar una copa '*por la felicidad de todos*'. Mi abuela contaba que el padre de esta señora se sentaba a la puerta de su casa sin más ropa que una salida de baño, y cuando pasaban las mujeres que venían de la iglesia, abría aquella única prenda y mostraba *sus intimidades*. Este recuerdo me llevó a pensar si sería hereditaria la demencial franqueza con que la dueña de casa me decía a cada momento, mirándome fijamente, como si me estudiara: -¡Qué raro lo noto hoy!

*(Esa tarde, Lydia me había dicho algo parecido, y yo había estado a punto de hablarle de la inquietud que se había hecho más intensa en las últimas horas. Si lo que la gente decía de Lydia era verdad, tal vez nadie podría comprenderme mejor que ella).*

Fuímos al club. Yo estaba furioso conmigo mismo por no haber mantenido mi negativa. Al entrar, Papy nos saluda, ceremonioso y sumiso. Uno que no conozco, me murmura al oído: -¿Usted no sabe que la señorita es la novia del joven?- Antes de que pueda responderle - seguramente con violencia - las chicas me arrastran hasta la mesa donde nos espera José, el novio de Tela.

Tengo sueño. No escucho, casi no oigo lo que se habla a mi alrededor. Un apenas conocido me pregunta si estoy con auto, y me pide que lo lleve hasta la terminal de ómnibus. Pupy me autoriza, dejo al viajero y me voy al Círculo Italiano.

Dos parejas bailan desganadamente. En la única mesa ocupada, cuatro o cinco mujeres, y más del doble de hombres - ellos cuarentones largos - janean groseramente.

-Mirá lo que es nuestra fiesta - gimotea Pedro, medio borracho. -Una docena de viejos verdes y un puñado de putas. Vinieron porque no las dejaron entrar en ninguna otra parte. Son putas de las que cobran.

Pedro habla casi a gritos, pero nadie le hace caso. Alberto, borracho también, me pide: -Lleváme a casa. Ninguno de nosotros va a llegar a su casa si vos no nos llevás.

Cada una de las mujeres se había apuntado un tipo, y se preparaban para partir. -...a trabajar... - murmura Alberto, rencoroso. Pedro me trae la única de las mujeres que no se había emparejado. Es la que había estado haciéndome ojitos en la iglesia.

-¿No es cierto que vos cobrás? - le pregunta Pedro, lamentable. -Decíle, porque no me cree.

Y nos dejó solos. Le pregunté si quería tomar una copa en casa.

-¿Con quién? - preguntó, seca.

-Vos y yo.

No quiso: -Yo sé lo que pasa cuando dos personas van solas a una casa.

-Trae una amiga.

-No hay interés. Ustedes quieren pasarse de vivos -dijo. Y se quedó mirándome, como si fuera yo quien tenía que continuar el diálogo.

-Vamos - dijo Alberto. -Pedro va a cerrar.

Me senté en el jeep a esperar. Vi que la muchacha salía con las otras; ya tenía acompañante. Al rato salió Rik - a quien no había visto hasta entonces - y fué a auxiliar a Alberto, que vomitaba en el cordón de la vereda. Me oí preguntarle: -Y vos...¿Hoy no vomitás?- Me miró con una gran mirada inocente, y dijo:- No. Hoy estoy bien.

44

Estábamos los tres un poco apretados en el asiento delantero del jeep. Me explicó que había puesto a Alberto del lado de afuera, *'por si acaso...'*.

Cerré los ojos, y advertió que algo me pasaba. Se despreocupó de Alberto e intentó auxiliarme, aflojándome la corbata, desabrochándome el cuello de la camisa. Sorprendido - ¿admirado? - dijo a Pedro: -Él también está borracho- Pedro no le creyó: -Estás loco. Un tipo con su carpeta- Me di cuenta de que tenía la cabeza descansando en el hombro de Rik, y me incorporé, enojado: -No estoy borracho- le dije, y era verdad. Rik me miraba, desconcertado.

Era una noche parecida a la del cumpleaños de Rik, pero ahora yo ya no tenía autoridad sobre ellos. Era casi un compañero más para estas calaveradas estúpidas que no me había permitido (*¿ que no me había interesado permitirme?* ) cuando tuve la edad que ellos tienen ahora. Si volviera a vivir esos años, haría lo mismo que hice entonces, pero hoy me gustaría no tener tantos años más que ellos. O tal vez, que uno de ellos fuera un poco mayor, más semejante a mí. Esta noche casi se me parece. Cuida a sus amigos. Me gustaría estar mal. Si yo estuviese mal, él me cuidaría.

Los dejé en la plaza y volví al club. Tela y José se fueron, y dos horas después Pupy - que no había hecho caso de las reiteradas sugerencias de los otros para que nos fuésemos con ellos - hizo algunos aspavientos ante la terrible perspectiva de tener que

volver a su casa *los dos solos*. La tranquilicé, haciéndole notar que ya había amanecido.

Desde un auto, me gritaron: -¡Feliz Navidad!- Eran el trío de solteras, Miguel Ardant y el otro imbécil de la vez anterior. Me preguntaron cómo había pasado la noche. -Tengo un recuerdo importante - dije, buscando la mirada de Lydia. (Mi buen recuerdo era una mano que me desabrochaba la camisa, y el contacto de mi cabeza con el brazo que la sostenía). Hubo comentarios risueños y simpáticos. Me di cuenta de que pensaban que la cosa había sido con Pupy.

Iban a misa, y me invitaron a acompañarlos. El perro gordo que siempre vagabundeaba por la estación, tomaba sol en el atrio. Cuando chico, me dio tristeza ver a un sacristán que echaba a un perro de la iglesia pegándole con una larga vara. La presencia serena de este animal reestablecía un equilibrio: parecía una figura del pesebre.

Quisieron que los acompañase a casa de Lydia, para desayunar y seguir la fiesta '*por lo menos hasta mediodía*', pero me fui a casa. Tomé un gran vaso de leche, para desintoxicarme de tanto cigarrillo. Tato decía que tomar leche cuando uno es grande, implica una regresión: es el deseo de volver al vientre - o por lo menos, al regazo - materno. Puse el despertador para que sonara a las cuatro y me acosté. Dormí bien.

47

Estábamos paseando con mi tía Clarita por el jardín de la casa de mi abuela. A mi tía siempre le gustaron las plantas y las flores, y entre visita y visita del jardinero era ella quien se encargaba de cuidarlas. Mi tía - que ya no era tan joven: tendría como treinta y un años - estaba por casarse, y me pareció oportuno revelarle mis planes para mi propio casamiento, aunque sospechaba que Clarita no simpatizaba mucho con la

elegida. -Es demasiado grande para vos- me contestó, no bien le dije que pensaba casarme con Fina.

-Para que dos personas puedan casarse, es necesario que entre ellas haya cierta afinidad - me explicó. Se habrá dado cuenta de que la palabra afinidad era demasiado difícil para mí, porque enseguida me aclaró: - ...cierto parecido.

Yo me sentía más parecido a Fina que a sus hermanas, aunque éstas eran más jóvenes. Con Fina cocinábamos, cuidábamos la pieza de los santos, y a escondidas leíamos o escuchábamos por radio esas novelas que todos (mamá, las hermanas de Fina, mi tío Oscar y mi abuela) decían que yo no debía escuchar porque no eran para mí.

Si me casaba con Fina, podría irme a vivir a su casa. En la mía, era evidente que no me querían. Mis padres preferían a mi hermana y me retaban por todo lo que hacía y por todo lo que no hacía con ella. En cambio, en aquella casa sin hombres... todas, hasta la Nona Rosa, que era muchísimo más viejita que mis abuelas verdaderas, parecían no tener otra misión fuera de complacerme.

La hermana menor de Fina - que era Directora de Escuela - se jubiló, y se casó con un señor que era también Jubilado. Eso no cambió muchas cosas, porque alquilaron una casa al lado de la de Fina, y yo sólo lo veía cuando alguna vez me mandaban a saludarlo, para demostrar que yo era un chico bien educado. Creyendo halagarlo, le conté que uno de los recuerdos más lejanos que tenía era el de su casamiento, con la novia entrando a la iglesia vestida de rosa. El siempre fue muy amable conmigo, pero parece que esa vez se molestó por lo que yo había dicho. -Mi señora se casó de blanco- gruñó. En ese tiempo, yo no pensaba que el color de los vestidos de las novias tuviese tanta importancia. Tampoco ahora lo pienso.

Después, cuando empecé a ir a la escuela, descubrí que había chicas más jóvenes y más lindas que Fina, y que me gustaban más, pero aquella tarde en el jardín de mi abuela - bajo el limonero que estaba al mismo tiempo lleno de azahares y cargado de frutos, cosa que, según me había explicado mi tía, no es nada corriente y sí

de mucho mérito - yo no estaba dispuesto a renunciar sin lucha a mi propósito de constituir aquella familia-gineceo que tendría bajo mi mando. Para casarse dos personas tienen que ser parecidas...Entonces, pregunto: -¿Pueden casarse dos mujeres?

Todavía no había llegado la época en que desde el fracaso de los individuos hasta la identidad del asesino de las películas se explicaba por métodos freudianos. Mi pobre tía esgrimió la primera objeción - casi marxista - que se le ocurrió: -Si se casan dos mujeres: ¿quién saldría a trabajar?

Pude haber objetado que, a diferencia de lo que sucedía en nuestra familia, en otras casas - por ejemplo en la de Fina - las mujeres salían a trabajar, pero la respuesta de Clarita abría otra posibilidad que debía ser analizada. (Entre mis muchas virtudes escolares, mis profesores y maestros señalaron siempre la lógica de mis razonamientos y mi curiosidad casi científica) -Entonces... Quiere decir que dos hombres sí pueden casarse- No recuerdo que respuesta dio Clarita a este segundo planteo, que seguramente no me interesaba llevar a la práctica en aquel momento, porque siempre me he llevado mejor con las mujeres que con los hombres.

Reconozco que siempre he sido un poco pavo para todas estas cosas del sexo; lo poco que sé, lo he ido aprendiendo conforme la vida me lo fue enseñando. Si a alguna conclusión he llegado en esta materia, es que el sexo es un largo aprendizaje, que nunca se termina. Y no se sabe más de él porque más se lo practique. A lo sumo, se puede decir que es una cuestión de calidad y no de cantidad, como sostiene - creo que con razón - un reciente amigo mío.

Dormitaba junto a la pileta, cuando me despertó una voz bien conocida: -¿Te molesto? ¿Puedo quedarme con vos?

Charlamos, sin la presencia fastidiosa de sus amigos; fuera de la mirada de Marga que - a mi entender - en los últimos días se había hecho crítica y vigilante. Nos aburríamos de contar nuestras penas; él habló de Marga; yo, de Inés, como para demostrarle que podía comprenderlo. Después, me burlé un poquito: -No les fué bien con la fiesta de anoche...- Y me contestó: -El único que sacó algo positivo fue mi hermano, que se fue a pasar el día al campo con una de las mujeres. (se me ocurrió que Luis Alberto estaría preparando alguna versión pampeana de 'El desayuno en la hierba', pero no dije nada).

Pasaron unas chicas de la edad de Rik, lo saludaron amistosamente y le sugerí que se fuera con ellas. -En un momento me voy - mentí. Y dijo que prefería esperarme.

Al salir del club, nos encontramos con Pedro. Una morocha de verde nos mira desde la esquina de la Municipalidad. -Andá a buscar el jeep- me urge Pedro.

Pablo Fernández Obarrio - compañero de la facultad y psicólogo dilettante - atribuía a Marañón la teoría de que nuestros machísimos ancestros - 'los muchachos de antes', que según el tango 'no usaban gomina' - concretaban sus inconfesables apetencias homosexuales poseyendo más o menos simultánea o sucesivamente a las 'bravas minas' que se levantaban en los piringundines o mantenían en sus cotorros, como simbólicos puentes hacia los amigos inalcanzables, atrincherados unos y otros en su inculdicable y mentirosa hombría. Tal vez ésta fuese una explicación para aquellas encamadas más o menos compartidas que se daban en los tiempos del Nacional, a las que tanto me había resistido, aún a riesgo de quedar en evidencia que yo era peligrosamente diferente. Quizás eso explicase la contradicción que Haroldo había registrado en su experiencia: -Uno piensa que no se puede coger bien si alguien te está



mirando (Antonio señalaba esta observación como un acierto de Sartre en la última escena de 'Huis-Clos'), pero nunca lo pasé mejor que una vez que estuve al mismo tiempo con una mujer y con mi tío.

Cuando vuelvo, la mujer ha desaparecido. Pedro me propone - 'si por una noche estoy dispuesto a renunciar a mis *múltiples* mujeres' - que salgamos en el jeep, a ver si enganchamos algo. Como yo, Pedro ha notado el desborde de descarada sensualidad que este verano inunda el pueblo. Rik se disculpa: -Hoy no me dejan salir. Mamá dice que no puedo volver tarde todas las noches.

Invento un compromiso para librarme de Pedro. Voy al cine. Veo el final de la película de complemento, con guerrilleros griegos que atrapan a un oficial alemán, todos interpretados por actores italianos que hablan en inglés. En el intervalo, salgo a fumar un cigarrillo, y cuando vuelvo a mi butaca, otra voz inconfundible, con acento andaluz, me dice en la oscuridad: -¿Está solo? ¿Puedo sentarme con usted?

Es Gianfranco.

48

Como Rik lo había pronosticado, Luis Alberto - el Tuky - y yo nos hemos hecho amigos. Nos vemos todos los días: si no coincidimos a mediodía en la pileta, viene a visitarme a la oficina por las tardes o me llama cuando estoy comiendo para que salgamos a dar una vuelta. Quiere que le presente a todas mis relaciones, de quienes ya ha oído por boca de Rik. Lydia lo recibe - circunspecta y amatronada - sin sospechar que el joven que le presento me ha manifestado - antes de conocerla - su intención de llevarla a la cama.

Luis Alberto habla de literatura, de cine, de política, de artes plásticas, de sexo. Además de su carrera universitaria convencional, pinta. Esto ya lo sabía por Rik, cuya vocación por la pintura parece tener origen en el culto inconciente que profesa por su

hermano. Tengo que admitir que el Tuky parece más convencido de su vocación - y más inteligente - que Rik. Lo juzgo egocéntrico y soberbio; alardea de un cinismo oportunista que me choca. Discrepamos en todo cuanto se puede disentir. Me gustaría que Rik no estuviese tan deslumbrado por semejante modelo.

Sin embargo, Luis Alberto me considera su amigo. Cuando la madre - influida por una hermana que vive en Córdoba a quien ha escrito sobre mí - intenta advertir a sus hijos acerca de los peligros que acechan a los jovencitos que tratan con señores mayores, Luis Alberto - que es quien me cuenta todo esto - convence a sus padres de que los temores de la tía (temores que de algún modo comparto) no son sino *'delirios neuróticos de una virgen a pesar suyo'*.

Con Luis Alberto no siento la estúpida compulsión que me lleva a interpretar siempre ante los otros - y a veces ante Rik - el personaje del Seductor Irresistible, omnitriunfador. Le presento a Pupy, le cae simpática y quiere que la invite a salir con nosotros. Ella se excusa: -Esta noche voy a Sportivo con mi novio- dice casi avergonzada, y así me entero de que se ha puesto de novia con Papy. -...a ver como bailan los demás- se lamenta. -Sinceramente, preferiría ir con ustedes- Y propone: -¿Por qué no vienen a nuestra mesa?

Y fuimos. Dos paracaidistas solitarios, junto a dos parejas que franean frenéticamente, y a Pupy y a Papy, que no se tocan, apenas se miran y casi no se hablan. Sugiero a Luis Alberto una huída inmediata; él me propone pasar a la mesa donde están los chicos. Me niego - ¿cobardemente? - y Luis Alberto me secretea: -Ya me doy cuenta de lo que te pasa con mi hermanito. Tiene suerte. Que un tipo como vos se fije en él, es lo mejor que puede sucederle a un pibe de su edad.

En eso se arrimó Pedro, simpático: -Al lado de nuestra mesa hay una vacía, ideal para adultos- Nos mudamos, y al rato, mientras Luis Alberto bailaba, Rik vino a sentarse conmigo. -Es una noche para emborracharse- dijo -Quiero irme- Le ofrecí acompañarlo. -¿Cómo te vas a perder el baile por mí?- me contestó. Y yo: -El baile no me interesa. Vamos.

Al salir, nos cruzamos con unos conocidos que nos saludaron sonrientes. ¿Demasiado sonrientes? ¿Clarividentes?

Pasé por casa y alcé dos botellas de vino que un cliente le había regalado a papá. Me di cuenta de que no tenía cigarrillos, y bajé en el club para comprar. Luis Alberto me preguntó por Rik. -Está conmigo- le dije (y esperé...y temí... y deseé una intervención del Hermano Protector) -Vas a perderte el baile por él. Bueno. Si preferís que sea así, vayan. Con vos está seguro.

Al pasar por la casa de Marga, vimos el auto de Félix. -Es cierto que se arreglaron- murmuró con rabia. Enfilé para el camino. Casi no hablamos. Estaba muy oscuro, y estacioné en la banquina, en medio de la nada.

Destapé una botella y se la pasé. Después del primer trago dijo: -Pedro va a querer morirse. Es un crimen emborracharse con un vino tan bueno como éste.

Me pasó la botella. Nunca me había emborrachado. Nunca lo hice después. La profesora de religión decía: -Cuando una chica sale con un muchacho, él hace que ella tome y él no toma. Es un juego sucio- Pero yo pensaba que esto era diferente. Tomé, y le ofrecí de nuevo la botella. La rechazó. -Es lógico que prefieras salir con Pedro o con mi hermano- dijo -Seguramente son compañeros más divertidos que yo.

Volvimos al club. Marga bailaba con Félix. La cara de Rik se endureció. -Voy a bailar yo también- masculló. Al rato pasó bailando con una chica muy jovencita. Hablaba y gesticulaba mucho, tenía una gran sonrisa, pero sus ojos estaban tristes.

Mucho más tarde aparecieron Tela y José, que tras echar un vistazo al salón declaró que le parecía nosotros no teníamos nada que hacer en medio de toda aquella chiquilinada. Me fuí con ellos, y con el Tuky que, como de costumbre, no se despegaba de mí.

Buscábamos un boliche donde tomar un café, cuando - triste, solo y como perdido - se nos cruzó Rik. Lo invité a subir. -Hubieras dejado que se fuera a dormir-

rezongó Luis Alberto en voz baja. -En casa lo retan cuando vuelve tarde, y metido entre nosotros ('la gente mayor' supongo era la idea), molesta.

En el café, Tela y José hablaron de su felicidad. -Hay que encontrar una razón para vivir- dijo Tela mirando a su novio, y era evidente que ella consideraba que él era su razón para vivir. Luis Alberto tenía sus razones: él mismo y su pintura. Rik, pensaba que la suya debía ser Marga. Me sentí el más pobre de todos.

Días después, Rik me contó que unos parientes de Pedro les prestaban una casa para que fuesen a pasar unos días en Mar del Plata. Sus padres le daban permiso, pero me pareció que venía a consultar si yo también aprobaba el viaje.

Me pidió que lo llevara en el auto hasta su casa, a tres cuadras de la mía. Lo dejé en la esquina: se me ocurrió que llevarlo hasta la puerta sería un acto de sumisión que no estaba dispuesto a concederle. Al bajar, me dijo: -Te habrás dado cuenta de que no me quedo cuando estás con otra gente, porque me parece que cuando estamos solos nuestras conversaciones son diferentes.

Sonrió con su sonrisa infantil e insegura, y agitó la mano en señal de despedida. Aunque me dije que era bastante hijo de puta de mi parte, no pude evitar una especie de satisfacción al oírle admitir que experimentaba algo que yo también sentía.

49

Esa noche, el Tuky, aburrido, me propuso que fuésemos a visitar a Tela. Pupy estaba con su prima, y Tela me pidió las llevase a buscar una carta que Inés había mandado con una amiga desde Mar del Plata.

En el auto, frente a una heladería, Tela se puso a leer en voz alta la carta, que tenía la misma fecha de otra que yo recibiría - por correo - unos días más tarde. En ésta, Inés se disculpaba por no haber venido al pueblo para las fiestas, enunciaba una larga lista de películas y piezas de teatro que había visto, de libros que había leído en

los últimos meses y me hablaba de los maravillosos atardeceres en la quinta de Camet que su padre había alquilado nuevamente ese año. La carta que había escrito a Tela era mucho más corta: en ella, Inés contaba que estaba saliendo con un chico de Buenos Aires, encantador, que pintaba y hacía teatro. En un párrafo se acordaba de mí: -Si hablás con él, no le cuentes nada de lo que te cuento- Pero Tela ya había leído esa frase.

Las chicas estaban molestas. A Luis Alberto, el asunto no le dió ni frío ni calor: creo que nunca había hablado con él acerca de Inés. Para mí, fue como si me hubiesen leído sobre la muerte de un viejo amigo, con quien ya no me trataba; a quien de todos modos ya no pensaba volver a ver.

Años después, cuando trataba de recordar mis sensaciones de aquella noche, lo primero que venía a mi memoria era lo pegajoso de mis manos, chorreadas de helado. Y la desolación de Tela porque al rasgar el sobre había manchado la carta de chocolate, antes de empezar a leerla.

50

Pepe Macayi me preguntó si no me gustaría (o si no me atrevería) a dirigir a su mujer en un espectáculo. El grupo del cual formaba parte la Chuny se había escindido, y Tinglado Vivo, - prestigioso nombre que merced a cierto artilugio más o menos jurídico, Pepe había logrado conservar para su fracción - hoy no estaba constituido más que por la Chuny, Pepe (que siempre se atajaba diciendo que su única relación con el teatro era ser marido de una actriz) y el periodista Faraoni, que desde sus orígenes había manejado con indiscutida solvencia las relaciones públicas del conjunto, pero que prima facie no tenía otra habilidad utilizable para una empresa de este tipo.

Al día siguiente, Pepe vino al club con su mujer, y nos presentó. En el invierno, yo había visto a la Chuny en la última puesta del agonizante Tinglado anterior,

secundando a la habitualmente considerada como la Indiscutida Primera Actriz del pueblo. A diferencia de ésta, no hacía enfermizo alarde de su buena ortografía, articulando elles y zetas, y me había hecho pensar que - más joven y moderna - podía ser un elemento interesante con quien trabajar alguna vez.

El matrimonio reiteró - ahora a dos voces - la propuesta. Pedí tiempo para pensar. Alguien nos interrumpió, y los Macayi se fueron a conversar con quien el año anterior, antes de ver a la Chuny en el teatro, yo había tomado por la mujer de Pepe.

Yo había oído que la mujer de Pepe era estirada y poco dada a conceder su amistad. La descripción cuadraba a esa señora que aparecía justo a mediodía, arrastrando un chico de cinco o seis años a quien reprendía constantemente, atravesaba el solarium sin saludar a nadie, e iba a instalarse en el rincón más apartado y sofocante donde a veces se le acercaba Pepe, para cruzar algunas palabras con ella mientras él jugaba con el chico.

Ahora sabía que esa mujer era hija de la maestra de primer grado de mi hermano; que estaba divorciada; que tenía una boutique frente a la iglesia y que trabajaba en el Juzgado de Paz donde - por supuesto - en tres o cuatro años de profesión, yo no había puesto los pies. ¿Para qué, si para esos menesteres, yo tenía una secretaria?

51

No fue nada espectacular. Iba caminando por Callao hacia Congreso, cuando nuestras miradas se cruzaron, y lo reconocí. Tenía los ojos verdes, lo que no me sorprendió: en una de las leyendas de Becquer había leído que el Diablo tiene los ojos verdes. No encontraba el modo de sacudirme a Jorge Borroni que - ajeno a todo - divagaba sobre la película que acabábamos de ver. Le dije que me esperara en la pizzería donde años antes completábamos la avarienta dieta a que nos sometían los curas, y felizmente me obedeció sin hacer preguntas. Desanduve el camino, y lo

encontré mirando - seguramente sin ver - los discos de la vidriera de una casa de música.

No había olor a azufre. No tenía las manos ganchudas, ni cuernos, ni rabo. Su cara tenía cierta opaca belleza; justamente como la de un Ángel caído.

Espera que sea yo quien actúe. Tal vez, después de todo, no sea el Diablo. Quizá piensa que Yo soy el Diablo, y por eso me deja la iniciativa. Lanzo al aire una frase banal, y el contacto se establece. Ambos estamos tensos, quizá por un exceso de ansiedad y la falta de experiencia. Arreglamos un encuentro para más tarde, cuando yo haya podido librarme de Jorge, pero no viene a la cita. Alcanzamos a intercambiar nuestros nombres. Yo doy el mío, el verdadero. Él - debí preverlo - me dice que se llama Rik.

52

Carlos Acuña me asegura que se lo anuncié dos meses antes, la primera vez que él vino al club y se me arrimó porque para él yo era el menos desconocido de quienes ese mediodía nos asábamos junto a la pileta. Debe ser cierto, aunque yo no me acuerdo. Carlos es un tipo muy serio, no tiene ninguna confianza conmigo, y no tiene porqué macanearme.

-Antes de no mucho tiempo, voy a tener algo que ver con esa mujer - parece que fué lo que dije, sin mirarlo y como hablando conmigo mismo. Carlos - solidario y deslumbrado - declara que mi situación es envidiable. Cuando el doctor Paratori se jubile, Carlos se hará cargo de sus pacientes, y pasa más tiempo con su futuro suegro que con su noviecita. Me cuenta que la señora de Paratori no aprueba mi relación con Teresa. Me parece tonto aclararle que diez años atrás, cuando Carlos todavía ni siquiera imaginaba la existencia de nuestro pueblo, en las fiestas de quince la señora me

preguntaba con cual de sus cinco hijas me gustaría casarme el día que estuviese en condiciones de hacerlo.

No necesito del apoyo del joven doctor Acuña, pero agradezco a cada uno que me aporta su solidaridad. Desde que he conocido a Teresa, desde que me acosté con ella por primera vez, sé que estoy haciendo lo que debo. No sólo me parece bien hacer lo que hago, sino que me parecería imperdonable - si por abulia o por cobardía - actuara de otra manera.

53

Por varios días no hace calor, y Teresa y yo tenemos la pileta para nosotros solos hasta las tres de la tarde, cuando el club se llena de chicos y hay que escapar. El doctor Poblet, camino del gimnasio, se detiene dos minutos para saludarnos. Es tan tímido y simple que parece tonto.

Semanas después, mi madre me recuerda que es muy fácil convertirse en uno de esos tristes objetos de burla colectiva llamados *cornudos*, si uno tiene el poco tino de confiar en una mujer de quien todo el mundo sabe que mantiene relaciones con otro. A mamá le han contado que *la divorciada* se entretiene largas horas a solas con el doctor Poblet, junto a la pileta del club, a la siesta, cuando no hay nadie que vigile.

El doctor Poblet siempre me cayó simpático. Compartió con mi padre una sanción política por sostener una posición que el partido sólo asumió oficialmente años después. Era uno de los pocos hombres a quienes - cuando yo era chico - veía en misa, motivo por el cual - según papá - los amigos del comité, incrédulos y tibiamente anticlericales, le tomaban el pelo y decían que era un maricón. Los domingos a la tarde solía verlo en el cine, siempre solo. Nunca traté con él, fuera de un juicio en que representábamos a partes contrarias: no se aprovechó de su mayor edad y experiencia, y llegamos a un acuerdo que conformó a todos. Mi abuela lamentaba que una de sus



sobrinas no hubiese concretado con este hombre - buen mozo y de buena familia - que la había festejado antes de que yo naciera. Nunca hablé de este romance antiguo con mis compañeros del Nacional ni en las charlas de café: por lo que todos sabíamos del doctor Poblet, ninguno de mis posibles oyentes me hubiera creído.

En esos largos mediodías, fui sabiendo de Teresa. Vivía con la madre, con su hermana, y con su hijo, el chico que ya no la acompañaba, porque la abuela sobreprotectora no quería que tomase sol (porque podía hacerle daño); que faltase de casa a la hora del almuerzo (porque podía debilitarse si no comía); que se levantase temprano *también* en verano, porque el resto del año *madrugaba* a mediodía para llegar al turno tarde de la escuela, siempre tarde.

Teresa no podía ejercer autoridad alguna sobre él. Si alguna vez intentaba contenerlo, la abuela intervenía: -¿Cómo pretendés fijar pautas al chico, si no fuiste capaz de manejar tu propia vida?

Vi en Teresa - en su manera de ser, en su disconformidad con el mundo; hasta en su conflictuada relación familiar - cierta semejanza con mi propia naturaleza y con mi propia existencia. Y sentí algo así como la necesidad de ayudarla y de protegerla.

La comunicación era fácil. Hasta nos permitíamos bromear sobre nuestro primer diálogo. Yo había vuelto de Buenos Aires y estábamos solos al lado de la pileta. No fue el colmo del ingenio mi pregunta, cuando ella entraba cautelosamente en el agua: -¿Está muy fría?-, pero tampoco fue demasiado simpática su respuesta: -¿Por qué no se mete usted y lo averigua?

El sábado hubo un insólito baile en el hangar del Aéreo Club, e invité a Teresa. No fue fácil convencerla. Me dijo que desde la muerte de su padre - doce años atrás,

cuando ella era una jovencita - había dejado de ir a fiestas. Además, vivía un poco dramáticamente su responsabilidad de madre solitaria. Finalmente aceptó. Se puso un vestido de encaje blanco. Su hermana vino con nosotros, mi tía Molly hubiera dicho como *chaperon*.

Había gente mayor que la que se veía en los bailes de Sportivo. Algunos conocidos, que nos miraron con un poco de curiosidad, no mucha.

Unos días después, Marga me dijo: -Te noto muy contento - y le contesté con total sinceridad: -Estoy muy contento-. Me preguntó: -¿Te acordás de quién vuelve esta semana?- (Me acordaba. Mejor dicho, Marga había hecho que recordase, porque hacía días que no pensaba en Rik) Insistió: -¿Ya no te importa?- -No- le contesté, porque pensé que ya no me importaba. -Me alegro - dijo ella. -Yo fuí quien los presentó, y me siento un poco responsable, especialmente por vos, que sos quien más va a perder si eso sigue adelante. En unos años, para esa persona - en ningún momento le dió nombre - no seremos ni siquiera un recuerdo.

No me gustó la reflexión de Marga. En un pésimo poema que había escrito cuando tenía quince años, yo decía que lo peor de la muerte es que permite el olvido; casi como si el olvido fuese peor que la muerte.

55

Al profesor Lepertié lo conozco apenas de vista. Del club. Nos saludamos. Parece un buen tipo. Comparte con el doctor Poblet laboriosas sesiones de fisicoculturismo. Vive en las afueras, y como no tiene auto, el doctor Poblet lo lleva en el suyo.

Todavía no tenemos tribunales en el pueblo, y de tanto en tanto hay que viajar hasta un pueblo vecino para vigilar los expedientes. Casi siempre voy en micro y casi siempre algún colega que encuentro por casualidad ofrece traerme de vuelta en auto. Cuando me deja en el estudio, el doctor Carballido, Presidente y Decano de nuestro

Círculo Profesional, me advierte, paternal e intencionado: -No haga nunca este viaje con el doctor Poblet. Profesionalmente es irreprochable, pero ningún muchacho de su edad - y se rió, desagradablemente pícaro - creo que ni siquiera ningún muchacho de la mía, puede sentirse seguro estando a solas con él.

Cuando Lepertié me dice: -Su amigo Rik lo anda buscando- me parece que está burlándose - amablemente - de mí. O de Rik... o de los dos... O de los tres... Si él se permite pensar algo de mí, yo también puedo pensar algo de él. Todos los domingos está en misa, con su mujer y sus cuatro chicos, pero cuando era joven, Poblet también iba a misa. Y el novio de Carolina - la polaca de Quilmes - también era profesor de gimnasia.

56

Pedro quiere que demos una vuelta para contarme todo lo que han hecho en Mar del Plata. Pero es Alberto - habitualmente tan callado - quien habla en el café. Pedro y yo lo escuchamos, pero tengo la sensación de que soy el destinatario de la historia que Alberto - dice - cuenta por primera vez.

Pocos días antes del viaje, a pocas cuadras de su casa, Alberto descubrió un barrio miserable de casuchas de cartón y lata. En cada una se hacían siete u ocho personas, la mayoría chicos y adolescentes, que sobreviven alimentándose de lo que encuentran en la basura que los carros municipales vuelcan cerca de allí. Una muchachita de doce o trece años, se le había ofrecido, y él la tomó ahí no más, bajo una alcantarilla. -Fue como si lo hubiera hecho con un animal- dijo, y parecía avergonzado.

Yo me acordé de cuando el doctor Cupeiro me mostraba las fotografías de los africanitos de vientres hinchados.

Quince años más tarde - cuando ya hacía muchos que no sabía de Alberto - alguien me dijo que había intervenido - y había desaparecido - en aquella guerra sucia de cuya existencia, alcance, necesidad y justicia nunca tuve una idea muy clara.

57

Teresa y yo pasamos dos o tres días sin vernos. Llovió toda una mañana, pero después de la siesta salió el sol y volvió a hacer calor. Luis Alberto pasó por la oficina y me obligó a acompañarlo a la pileta. Me sorprendió encontrar a Teresa, y ella también se sorprendió al verme. No era el horario habitual para que ninguno de los dos estuviera allí. Estaba - por supuesto - sola. Le presenté a Luis Alberto, y pareció que simpatizaban. Con el estúpido pretexto mentiroso de leer su futuro, estuve jugando con las manos de Teresa, y ella me dejó hacer. Cuando se fue, Luis Alberto me dijo: - Es macanuda. Y es evidente que está enamorada de vos.

Después apareció Rik. Me saludó simple y afectuosamente y se fue a pavonear su tostado marplatense con unas chicas que lo recibieron con grititos de simpatía. Todo estaba en orden. Hay que tener una mente jodidamente masoquista para condenar una sana amistad, simplemente porque una de las partes sea siete años mayor que la otra. Casualmente, la misma diferencia que hay entre Teresa y yo.

El sábado, Marga me propuso que fuésemos hasta un pueblito cercano para hablar con un posible cliente, y me preguntó si podía traer a Félix, con quien - desde la última reconciliación - vivían una especie de luna de miel. Invité a Teresa, en el viaje de vuelta pedí a Félix que manejara, y en el asiento de atrás del jeep besé a Teresa por primera vez.

Pasaron varios días, sin que Teresa apareciera por el club. La encontré una mañana en el banco, y me dijo que tal vez fuera a la pileta el día siguiente, pero me pareció que no tenía intención de cumplir una promesa que de alguna manera yo había

forzado. Pupy me pidió que fuese a su casa esa noche. Conversamos largamente frente a su casa, sentados en el jeep. *Tato decía que los autos son divanes de psicoanalista o confesionarios sobre ruedas, donde se escuchan cosas que no se dirían en otros ámbitos.*

Pupy sabía del baile entre los aviones, y de los mediodías junto a la pileta con Teresa. -No dudo de que sea una excelente persona - dijo - pero no creo que sea la mujer para vos - Después habló de su soledad, junto a ese padre a quien adoraba, pero que tenía poco tiempo para ella, chupado por sus negocios ( - *y por sus mujeres* - pensé, pero no lo dije). Sin que se lo preguntara, me confesó que había aceptado a Papy sin estar muy segura de estar haciendo lo que debía. Quizás pensando que su franqueza obligaba a la mía, me pregunto: -Y a vos: ¿Qué te pasa? Todos estos meses has estado tan raro.

Quise ser sincero, y dar una explicación clara y sencilla, pero me salió discursiva, complicada, confusa y egocéntrica: -Estoy como dentro de un caleidoscopio, entre espejos que reflejan figuras y circunstancias, situaciones y sentimientos semejantes y contradictorios, complementarios y excluyentes. Tal vez, en un futuro todavía impensable, pueda aceptar que el número de las posibilidades no tiene porqué ser infinito y que estas repeticiones, y simetrías, y contrastes, en realidad no significan nada... pero por ahora estoy tratando de encontrarles un sentido. Quiero descubrir si Dios, o la vida, o el Destino, verdaderamente no quieren utilizar - o no quieren permitirme utilizar - la gama completa para construir (o para dejar que yo construya ) mi historia. Me pregunto si realmente es un derecho o un deber aceptar y vivir todas mis alternativas.

Para concluir, enuncié una frasecita que tal vez fuera otra buena muestra de pedanteria y boludez, pero que en aquel momento parecía jerarquizar el caos en que me sentía envuelto, al darle cierto carácter artistico o literario: -Tal vez algún día intente escribir una novela con todo lo que me está pasando este verano.

-¡Una novela! ¡Qué lindo..! - suspiró ella. -Y yo ¿aparezco? (Pupy era apenas un poco más estúpida que yo; quizás porque era un poco más joven).

-Aparecés. Por lo menos esta noche. Escuchándome.

-¿Y vamos a poder leerla? ( -¿Vamos? ¿A quién se refería? ¿A ella misma? ¿A su prima? ¿A quienes habían sido mis amigos hasta pocas semanas atrás, cuando mi vida había empezado a llenarse de nuevos personajes, y parecía no tener nada que ver con la que había vivido hasta entonces?).

-Algunos podrán leerla - concedí, reticente. -Otros... -pensaba en Rik, en Teresa - será mejor que no la lean nunca.

Distraída - o hijadeputamente - yo pasaba la uña sobre su brazo. Se estremeció. -¿No te pasa esto cuando estás con tu novio?- le pregunté. Negó con la cabeza, y me dió pena. Me besó en la boca, y no quise abrazarla. Después, pensé que tampoco debí haber respondido a ese beso, aunque lo hubiese hecho de un modo tan blando como lo hice.

-No le cuentes esto a nadie- murmuró al bajarse.

-No tengas miedo- dije.

Y hasta ahora, nunca lo conté.

Tres mujeres intentaron cruzar delante del jeep, y me detuve para dejarlas pasar. Pensé que podría intentar un levante. Una era Machi. De chico, me le señalaban como una de las nenas con quien podía pensar en casarme cuando tuviera edad para hacerlo. Nuestros abuelos habían sido amigos, y su familia era *de lo mejor* del pueblo, una de las pocas semejantes a la nuestra. Siempre me pareció que me trataba con cierta altanería, como si me estuviese provocando, o como si me despreciase. La imaginaba un poco puta, y me habría gustado acostarme con ella, para saber como era en la cama.

Pregunté: -¿Quieren que las acerque a alguna parte?- Y recién entonces me di cuenta de que una de las otras era Teresa. Seguramente me había visto: dos minutos antes, yo estaba charlando con Pupy en el jeep, a veinte metros de ese lugar.

Di muchas vueltas antes de dormirme. Tenía que mandar flores a Teresa. Una docena de rosas. Una docena y media. No. Mejor dos docenas. No imaginaba otra forma para explicar a Teresa que Pupy no significaba nada para mí.

En la florería no tenían cadete; había faltado ese día. Tampoco tenían rosas. Llevé yo mismo una maceta con una planta florecida. Iba a tocar el timbre, cuando ella abrió la puerta y nos encontramos - yo, un poco tonto con mi maceta; ella, mirándome tierna y divertida, porque había entendido el significado de aquella no anunciada visita y de aquel regalo no esperado. Me invitó a pasar, me presentó a su madre, y me convidó con café.

Teresa volvió a ir al club a mediodía. Me confesó que había dejado de hacerlo para no encontrarse conmigo: no se consideraba la Candidata Ideal para mí, que - según ella - podía aspirar a una mujer más joven, y sin tantos compromisos como los que ella debía afrontar.

Una mañana que fui a visitarla a su oficina, Teresa me contó que su madre, su hijo y su hermana se iban a Buenos Aires porque era el cumpleaños de una tía. Ella iría también para comprar mercadería, y volvería antes que los demás para ordenarla durante el fin de semana. Mi amigo y colega Gabriel Ranni se acercó a saludarnos. El

también tenía veinticinco años, y yo conocía algunas de sus travesuras sentimentales, complicadas también, aunque creo que muy diferentes de las mías.

Gabriel me invitó a almorzar. Su familia estaba en Mar del Plata, y Machi y Marga habían conseguido que les prestase la casa para un anacrónico baile de disfraz. Gabriel ya estaba arrepentido de haber hecho esta concesión y aunque me resistí señalando que nadie me había invitado, me exigió que estuviese en su casa el viernes. -Te invito yo, y tenés que acompañarme a pasar ese mal trago, porque vos me presentaste a esas dos pelotudas.

59

Nunca me plantée seriamente si de verdad existías. En los grados, la profesora de religión nos hablaba de vos, y estabas en algunas de las estampitas que coleccionaba de chico. Y en una película con Pedro López Lagar y Zully Moreno, los Angeles de la Guarda volvían la cabeza para no ver las infidelidades de los hombres, que los hacían llorar. Creo que algunas veces - para jugar conmigo - te pusiste máscaras insólitas, como cuando caíste a visitarme con la figura del Horrible Viejo Conocido para que reflexionara que la tentación en la cual estaba ya dispuesto a caer, podía convertirme en Algo semejante a ese Ser a quien de ningún modo quería parecerme. Te reconocí tras la máscara y le dije: -Sos mi Angel de la Guarda- Y en los ojos habitualmente crueles de aquél cuyo cuerpo habías tomado, hubo un relámpago de comprensiva complicidad que me confirmó que estabas en él y habías venido a salvarme de mí mismo.

El viernes empezaron los festejos de carnaval. Ya no serían los corsos con despilfarro de luces y carros alegóricos de los que hablaba mi abuela. Ni siquiera los aburridos paseos a pie de algunas mascaritas sueltas que recordaba de mi infancia. Simple y superfluamente, cerrarían algunas de las calles del centro para que la gente



caminara por la calzada; habría bailes en los clubes, y la fiesta en casa de Gabriel Ranni.

Con mayor lógica que otras veces, Ángel, ese mediodía - junto a la pileta donde a principios de ese verano nos habíamos reencontrado - te disfrazaste de Nico Sorazzi. No lo veía desde los tiempos del Nacional, donde ahora es profesor. En aquella época, en los debates más o menos filosóficos que se suscitaban en el colegio o fuera de él, mimetizándome cobardemente de escéptico o libertino, me puse muchas veces de parte de sus adversarios, apoyándolos con torpes argumentos y juegos de palabra tontos, aunque en el fondo sentía que en esos terrenos él podía estar mucho mejor plantado que yo. Fué entonces cuando expuso el principio de que las relaciones sexuales - aún dentro del matrimonio - sólo eran admisibles cuando tenían por fin la procreación. De modo que una vez embarazada la mujer, o llegada la menopausia: *NADA*. Superficiales lecturas de apuntes que resumían las doctrinas de la iglesia, en aquellos años muy de moda en las cátedras de la facultad, me dieron la idea - y la tranquilidad - de que la cosa podía no ser tan ascética como la pintaba Nico.

Ahora yo ya no tenía la ignorante inocencia de una década atrás, y Nico - en apariencia definitivamente decepcionado de la esquiva vocación que lo había llevado a recorrer media docena de veces en uno y otro sentido el camino del seminario - parecía haber empezado a interesarse más por las cosas de la tierra. Dias antes había aceptado dar una vuelta conmigo con el expreso propósito de intentar levantar un par de esas locas que habían aparecido en el pueblo, aclarándome - eso sí - que no pensaba utilizar sus servicios profesionales; simplemente quería saber como eran, como hablaban y como pensaban '*esa clase de mujeres*'. Me confió que era virgen - ni siquiera había besado a una mujer - y estaba decidido a conservarse así hasta el matrimonio, pensando que de ese modo, ( '*extorsionando a Dios*', fueron sus palabras), Lo obligaría a concederle la mujer buena, amante, paciente y devota con quien constituiría un hogar cristiano que - según había descubierto últimamente - debía ser su verdadero camino hacia Él.

Cuando terminó de coordinar con Tela las actividades que desarrollarían en las próximas horas en la docena de instituciones benéficas (religiosas y laicas) de las cuales ambos eran miembros, y Tela partió, Nico vino a echarse al sol junto a mí, y dijo: -Estoy muy contento. Te veo mucho mejor - Como no había nadie fuera de nosotros junto a la pileta, deduje que hablaba conmigo. Y hablaba de mí. Me gusta despertar el interés de la gente; que se ocupen de mi persona. Hace unos días, Nico me recomendó asistir a unos ejercicios de San Ignacio que predicaban en la parroquia. Por supuesto, no le hice caso y nunca llegaré a saber en que consisten. Ahora dice que me ve mejor. Es decir que antes me vió menos bien. Pido una aclaración, y me contesta: -Te veía muy mal. Posiblemente tan mal, tan enfermo como te veías vos mismo.

Me irrita ese tonito de púlpito o de confesionario. No es uno de mis íntimos, pero es uno de los pocos con quienes se puede conversar en el pueblo, uno de los pocos que se ha tomado el traajo de leer mis piezas, y estoy seguro de que no actúa con mala intención. Pregunto, apenas sobrador: -¿Te imaginás porqué estaba tan mal? ¿Podrías darle un nombre a mi enfermedad?

-Puedo darle nombre - respondió tranquilamente - y también apellido - Y los dijo. Primero el apellido; después el nombre y el apellido, como para no dejar lugar a dudas. (En el seminario les enseñan a leer el pensamiento- pensé).

-Recé mucho por vos- agregó. -Me preocupó ver como anteponías su conveniencia a la tuya, una actitud de la cual nunca te hubiera creído capaz. Y aun cuando no suene muy ortodoxo, creo que tendrías que recurrir a tu egoísmo - infantil e inofensivo, como tu vanidad, ambos propios de tu inmadurez crónica - para superar esta situación. Para salvarte.

Me asustó saber que lo que yo creía tener bien oculto hubiese resultado evidente hasta para Nico, a quien yo siempre había considerado un habitante del limbo, carne de altar. Habrá captado el motivo de mi alarma, porque continuó: - A la gente en general, tal vez les llame la atención tu amistad con una persona tan joven, pero no creo que sean muchos los que han advertido la naturaleza del asunto. Claro que para quien

sabe algo del tema, no es demasiado difícil darse cuenta de que es lo que te está pasando.

Con la garganta reseca, agradecí a Nico su informe y sus razonamientos tranquilizadores. - Voy a salvarme - dije -Tal vez no por las vías que prescribiría San Ignacio, pero creo que he encontrado mi camino.

60

Pedro me preguntó si no los llevaría con el jeep hasta la casa de Gabriel. Él, y Alberto, y Rik habían aceptado disfrazarse para complacer a Marga, pero les daba vergüenza andar exhibiéndose así por la calle. Machi me llamó a última hora para invitarme. Le dije que tenía otro compromiso, pero que iría un momento para no desairar al dueño de casa, que *también* me había invitado.

Caí a eso de las nueve. Las Pipas - las hermanas Pipa y Pepa González, que siempre actúan en yunta - se habían instalado en el zaguán. La Pipa Grande - triste y eficiente - me informó que si no estaba disfrazado no podía entrar. Asentí, canchero: por el patio, Gabriel venía a mi encuentro. La Pipa Chica - más triste aún que su hermana - agregó: -También tenemos orden de no dejar entrar a los chicos. Marga los invitó, pero Machi dice que es una fiesta para gente grande y que aquí no tienen nada que hacer.

-Por ser un estúpido y no saber decir que no, tengo la casa llena de gente que no me gusta, y me la agunto - dijo Gabriel con amenazadora tranquilidad. -Si a los pibes les dijeron que podían venir, ahora no pueden negarles la entrada.

Las Pipas no dijeron nada, Gabriel me convidó con un café en la cocina, y me fui a buscar a los chicos. El corte de tránsito me hizo describir un kilométrico zigzag, y cuando llegué a casa de Pedro, un esperpento grotesco de enormes pechos e inmensas caderas, enfundado en un ceñido vestido celeste y con una gigantesca cabeza de bebé corrió a esconderse en el asiento posterior del jeep, barbotando maldiciones contra unos

chiquilines que se habían arrimado para observar de cerca a la trasnochada máscara. Por la voz, me dí cuenta de que era Alberto.

Salieron los otros, irreconocibles, y uno se acomodó en el asiento de adelante, a mi lado. Era Rik. Repetí en sentido inverso el sinuoso camino, y en la vereda del club - donde una docena de viejos oligarcas tomaban el fresco ajenos a la vecina baraúnda - vi a Teresa sentada con un matrimonio amigo. Ella también me vió.

Mientras las tres máscaras irrumpían en casa de Gabriel, me entretuve en la calle con Pepe Genovesi, que casualmente pasaba por allí. Nos había presentado Luis Alberto, salí con ellos media docena de veces, y me aburrí escuchando algunas de sus intelectualísimos diálogos. Para mi cumpleaños, Pepe me había regalado un libro de sociología que nunca pude leer. No resistí la tentación de contarle - sin dar nombres, más bien como si yo fuera un espectador y no el protagonista - algunos detalles de la maraña de relaciones, personajes y sentimientos en la cual estaba metido.

-No creí que la decadencia pequeño burguesa hubiese llegado a tanto. Y en un pueblo de mierda como éste- reflexionó Pepe. Y se despidió diciéndome que aprovecharía los días de carnaval para encerrarse en su casa a profundizar sus conocimientos sobre Marcusse.

Una docena de personas - más mujeres que hombres - se aburrían en el patio donde dos parejas bailaban. Fuera de Machi y Marga - ataviadas con ropas de sus madres, según la moda de los años 20 - nadie había hecho caso de la consigna de disfrazarse. Alguien me informó que se había tomado mucho, lo que explicaba la general melancolía, más alcohólica que sentimental. Los que estaban todavía lúcidos filosofaban en la cocina, junto a una gran olla donde habían mezclado varios vinos. Machi me miró, retadora: -¿A qué no te tomás todo lo que hay ahí?

Quedaba como un litro del mejunje.

-Si antes me das un beso.

Hizo un gesto de rabia y amagó irse, pero los otros habían oído y el doble desafío los había despejado. Cerraron un círculo y nos dejaron dentro.

-Sos un estúpido -dijo ella.

Mientras tanto, la olla pasaba de mano en mano, todos tomaban y la prueba se hacía cada vez más fácil. -Lo tomo, y después vos me besás.

Aceptó. Me dieron la cacerola, la llevé a los labios y enseguida la mostré vacía.

Ella dió un paso atrás, pero el círculo se había estrechado. Me miró con odio, dio una vuelta para escapar, pero dos de quienes nos rodeaban la sujetaron por los brazos y me la ofrecieron. El juego se había puesto desagradable.

-No necesito que se fuerce a nadie para conseguir un beso - dije, y la soltaron. Se alejó puteándome. En ese momento, oí mi nombre, gritado de un modo desgarrador. Fui al patio del fondo y algunos me siguieron. Allí, las tres falsas mujeres - las tres únicas verdaderas, patéticas mascaritas del baile, que habían perdido pelucas y pechos, caretas y zapatos - vomitaban , mientras el resto de los invitados - los que no habían estado en la rueda de la cocina - los observaban en silencio.

Alberto se acercó: -Estamos borrachos- gimoteó. Y detrás de él, Rik: -Perdonáme - me dijo -¿Qué van a pensar tus amigos de nosotros?

Una de las Pipas dijo: -Voy a preparar café- La acompañé a la cocina, donde dos roncaban. -Es una barbaridad lo que hicieron con los chicos- me confió. -Los provocaban para que hicieran pruebas, y después los premiaban, haciendo que tomaran.

Ayudé a la Pipa a repartir los cafés entre quienes podían tomarlos, y me topé con Gabriel que me pidió un cigarrillo. Nos fuímos al patio del fondo, que mientras tanto la otra Pipa había baldeado. Muchos se habían ido. Los que quedaban, dormitaban tirados en cualquier parte. Parecía que había como una vergüenza en el aire, que no dejaba que nos mirásemos, aunque yo no me sentía responsable de nada de todo lo feo que había sucedido allí esa noche. Estábamos sentados bajo la parra, mirando el cielo, cuando apareció Rik, y tímidamente pidió permiso para quedarse con nosotros. Estuvimos allí los tres, casi sin hablar, hasta que amaneció.

Teresa estaba enojadísima. Había hablado a casa para avisarme de su regreso, y yo - en lugar de llamarla - había salido *a exhibirme con otra mujer*. Nadie me había pasado su mensaje. Interpreté esta reticencia como señal de que mi familia no estaba muy contenta con nuestra relación, pero no comenté a Teresa mi sospecha, para no afligirla. Tampoco le conté quien era *la mujer* con quien ella creía haberme visto. Finalmente se tranquilizó.

Con la discusión, y los embrollos del tránsito, y la demora del mozo para traernos los cafés, llegamos tarde a la salida del cine, y no encontramos a la sobrina que debía acompañarla esa noche, porque Teresa tiene miedo de dormir sola.

Mi tía Molly decía - en inglés - que los matrimonios se hacen en el cielo. Yo creo que no sólo los matrimonios. Ofrecí quedarme a dormir en el sofá del living para reemplazar a la sobrina de compañía. Tomamos café, fumamos y hablamos mucho. Eran casi las cinco de la mañana cuando nos dormimos, abrazados en la cama grande de su mamá.

Muchos años después, leí - no sé donde - que no hay mejor afrodisíaco que el amor. Si no hubiera estado tan ocupado viviendo el momento, tal vez me hubiera preguntado si además de lo que pudo decir el señor Stendhal - novelista francés del siglo XIX - y sin entrar a cuestionar lo que pudieron pensar los filósofos moralistas del siglo XVIII, finalmente el amor no sería también esta tierna entrega sin condiciones y sin tiempo, puro presente; este darse de mi cuerpo que por primera vez se prestaba, feliz, a servir a otro cuerpo, sin condiciones, prisas ni temores; un cuerpo cuya piel se correspondía milímetro a milímetro con la mía; este ajuste perfecto de los ritmos, las palabras y silencios, piezas de un rompecabezas cuya clave se descubre de pronto y se arma sin dificultad. Después de búsquedas, pruebas y aventuras que sólo habían provocado dudas y sufrimientos; vacío, desencanto o desilusión, cuando no la amargura

de la culpa o del fracaso, había encontrado - hoy y aquí, con Teresa - la respuesta a todas las preguntas; la satisfacción de todos mis requerimientos, físicos y espirituales, en una simplísima armonía casi mágica.

Nos amábamos donde y cuando podíamos; en su casa o en la mía, cuando los parientes no estaban; en su negocio; en el auto en el camino. Peleábamos casi todos los días, y nos reconciliábamos 'in letto', como me aconsejaba remediar los conflictos conyugales cierto curita casi envidioso años después, cuando el aggiornamento había desteñido hasta para un religioso profesional como él, los oscuros preceptos de abstinencia preconizados por el adolescente Nico Sorazzi.

A Teresa le fastidiaba que hablase con terceros de nuestras cosas, pero yo necesitaba compartir aquel deslumbramiento con quienes sentía eran mis amigos. Siempre me fué más fácil ser amigo de las mujeres, y creo que lo que más disgustaba a Teresa era que fuesen mujeres mis confidentes: Marga, Elena, Lydia... Parecía un poco celosa de todas ellas. Y de Pupy - a cuyo saludo yo no podía dejar de contestar, de lejos, en la pileta... Y de Inés, a quien Teresa no conocía sino por lo que yo le había contado, y de quien hacía muchas semanas yo no tenía noticias, sin que me preocupara en lo más mínimo el no tenerlas.

Luis Alberto, que se había hecho amigo de Teresa, se nos pegaba siempre que lo dejábamos. A veces salíamos con Antonio, con Juanjo... Más raramente con Gabriel, nunca con mis amigas. Yo había notado la distancia que Teresa mantenía con sus compañeros de oficina, y con las mujeres que iban por su negocio. Éstas se presentaban como amigas de Teresa, y echaban sobre mí ojeadas sobradoras, solidarias o comprensivas, pero ella negaba que fuesen otra cosa que clientes o conocidas. Si alguna vez se nos arrimaron los chicos - Alberto y Pedro, siempre juntos; a Rik, como andaba ocupado noviando, se lo veía menos - el único comentario de Teresa fue: -No entiendo que gracia podés encontrar en perder el tiempo con estos mocosos.

El sábado que conseguí convencer a Teresa para que fuésemos a bailar a Sportivo, también Gabriel apareció por el club, con Marité Esquillace. Él me había contado que Marité era la autora de las hematomas y mordeduras cuyo origen y



existencia, riendo, él negaba, cuando Marga y las Pipas - indiscretísimas - señalaban en sus muslos al empezar la temporada de pileta. Como único Ámigo y único confidente de Gabriel, yo sabía también que Marité no sólo le había proporcionado algunos de sus más satisfactorios orgasmos, sino que era la única que había conseguido movilizar en él algo más que glándulas y órganos. Sabía también que - como antes a otras - Gabriel la había llevado a casa de la vieja partera que había trabajado treinta años con el viejo Ranni, y que literalmente había visto nacer a Gabriel, para que la liberara del embarazoso recuerdo que Marité había adquirido en una de sus salidas con él. Sin duda, desde el vamos, ambos habían asumido que Marité - cuya familia no pertenecía a lo que mi primo Manuel llamaba *la crema batida* del pueblo - no sería potable para la familia Ranni como Madre de futuros Rannitos. Sospeché - y no me equivocaba - que Gabriel y Marité estaban consumando aquella noche su despedida. Él - habitualmente sobrio - tenía algunas copas demás, y ella también. Tras una exuberante, casi escandalosa entrada, se lanzaron a un baile semierótico y espectacular que motivó que por unos minutos los dejaran solos en medio de la pista.

Cuando el lunes pregunté a Marga si había oído algo acerca de nuestra aparición en la fiesta, me dijo que sólo creía haber escuchado alguna frase de simpatía. La actuación de Gabriel y Marité había monopolizado la atención de todos. Los comentarios más virulentos se referían a ellos, y el hecho de que hubiésemos hecho un poco más públicas nuestras relaciones - cosa que tanto parecía preocupar a Teresa - había pasado casi inadvertido.

La Chuny - incorporada al pelotón de quienes nos asábamos en el club a mediodía - a diario me reclamaba que nos pusiéramos al trabajo para el cual tibiamente me había comprometido. Una mañana dijo: -Te propongo algo mucho más interesante

que lo que vos me ofreciste. (Yo le había hablado de una comedia italiana breve, casi un unipersonal, para la cual hubieran bastado dos voluntarios corajudos que la acompañaran en mínimas intervenciones). Para su proyecto, se necesitaban apenas seis actores más - buenos, me aclaró, 'porque todos los personajes son prácticamente protagonistas'.

Con la misma escéptica apatía con que había aceptado dirigir al casi inexistente grupo, acepté modificar el aún no acordado repertorio. Entonces me aclaró que lo que me proponía era estrenar una pieza mía, cuyo libreto yo le había prestado sin la menor idea de hacer de ella la base del espectáculo.

El viejo Tinglado había tenido fama de círculo cerrado y elitista. La Chuny me recuerda que como Arquímedes clamando por un punto de apoyo para su palanca, yo pedía: -Traíganme troncos que vamos a fabricar actores. E iluminadores, y sonidistas, y vestuaristas, y boleteros.- Cada noche nos juntábamos con Faraoni y los Macayi para analizar si esta maestra o aquel profesor, si ese empleado público o aquella vendedora de tienda habían mostrado en algún momento alguna mínima *inclinación artística* que nos alentara a invitarlos a que se nos unieran, sin demasiado temor de rebotar.

Teresa me acompañó muchas veces en una loca campaña durante la cual toqué muchos timbres y tomé muchos cafés, a horas insólitas, en casas de gente de cuya existencia no había tenido noticia hasta ese momento. Finalmente, reunimos una docena y media de personas dispuestas a *colaborar*. Nadie tenía idea clara de para que se lo convocaba; yo, tampoco. Una solterona que se ofreció como modista, y otra dispuesta a hacer de apuntadora, si lograba '*superar ciertas inhibiciones innatas*', revelaron insospechadas condiciones actorales, y no las dejé escapar. Uno de los escasos aspirantes a galán maduro - con un curioso físico que lo habría capacitado más bien para hacer, sin mayor esfuerzo ni maquillaje, un Quasimodo más impresionante que el de Charles Laughton o el de Lon Chaney - fue eficiente electricista; y una señora sensible, la única - fuera de la Chuny - que manifestaba abiertamente sus pretensiones de actriz, pero incapaz no ya de interpretar, sino de leer dos palabras seguidas a primera vista, cuidó la utilería y la ropa y la bijouterie de las actrices durante los largos cinco

meses que duró la temporada, prolongada en una gira por pueblos cercanos, y brillantemente coronada casi a fin de año en Buenos Aires.

Marta Sabalotti - de regreso a la casita de sus viejos (Presidentes - respectivamente - de la Liga de Padres y de la Liga de Madres de la Acción Católica), tras una desgraciada experiencia más o menos conyugal; y las solteronas, y una de las hermanitas Paolucci, y Clara; y Rik, y Gianfranco, que se presentaron tan pronto como Faraoni publicó en 'La voz del Norte' la nota 'Prestigioso grupo reinicia actividades. Conscriptión de Nuevos Elementos' cubrían - en exceso - gran parte de mis necesidades de actores. Para no perder a ninguno de ellos, propuse que algunos personajes fuesen cubiertos alternativamente por dos intérpretes, sin prever que la experiencia provocaría fastidiosas competencias, atizadas por quienes -primero desde las sombras;luego, desembozadamente -se erigieron ardientes paladines de uno u otro de los antagonistas.

Lo más difícil fue encontrar a quienes interpretaran los personajes de los dos hombres maduros. Parecía que en el pueblo no había hombre alguno de más de treinta años dispuesto a convertirse - a dejar que intentáramos convertirlo - en actor. Finalmente, uno de los actores del viejo Tinglado - que había quedado flotando en la difusa franja de los neutrales - aceptó trabajar con nosotros. Una vez que oyó ( varias veces) - y digirió - que ni el más favorablemente predispuesto de los espectadores lo aceptaría como el Seductor Iresistible ante quien se rendían casi todas las hembras de mi pieza, aceptó hacer el otro papel, y acercó a Morocho Ardiles para que se probase como galán. Tampoco Morocho me daba la imagen que yo me había forjado del personaje, pero por lo menos no llevaba mal el traje azul y tenía buena dicción y una voz agradable que - me explicaron - solía lucir como cantor de una de las orquestas típicas que amenizaban los bailes en clubes suburbanos y rurales. De todos modos, no había otra opción: si uno de estos dos señores nos hubiese abandonado, todo se hubiera ido al mismísimo diablo.

Llevaríamos dos semanas de ensayos, cuando una mañana me encontré con Rik, por casualidad. -¿Estás enojado?- me preguntó -Ya no sos conmigo como eras antes.

Me inquietó que lo hubiera notado. Y que me lo planteara. Contesté con una de esas frases tontas y ambiguas como las que durante años intercambiamos con Tato, sin que obligaran a una definición: -¿Qué te gustaría que hiciera? ¿Que te tomara en brazos y te acunara?

Le hizo gracia, e insistió: -No me escuchás. No tenés tiempo para mí. Quiero contarte que estoy olvidándome de Marga. Me he dado cuenta de que el pueblo está lleno de chicas a quienes les encantaría salir conmigo.

-Me parece bien - le dije. Sos demasiado inteligente ... Somos demasiado inteligentes -corregí - como para atarnos a sentimientos que no nos llevan a ninguna parte. Claro que para terminar con esas fantasías, hay que tener la suerte de encontrar algo que te importe de verdad, que te haga sentir mejor, que te enriquezca...

( Noté que el discurso me había salido con el tonito magistral que me traicionaba a veces cuando hablaba con él y con sus amigos, y me dió bronca, pero él me ya me había abarajado al vuelo:) -¿Quién es ella? - preguntó, solidario y deslumbrado. (Rik debe ser la única persona entre quienes nos rodean, una de las pocas en el pueblo, que ignora que salgo con Teresa. *(Es tan egocéntrico como su hermano; ser beneficiario de algún afecto de su parte no da derecho a esperar que él se interese demasiado por lo que a uno le sucede o por lo que uno siente).*

-Algún día te voy a contar - le digo.

No tengo ganas de hablar de Teresa con él.

El Negro Borestein llamó para avisar que empezaba los ensayos de otra pieza mía, según lo habíamos acordado el año anterior. Le conté de mi trabajo con Chuny y su gente, y le prometí que tan pronto estrenáramos, me instalaría en Buenos Aires para prestarle el apoyo que me reclamaba.

Empezó el otoño y vaciaron la pileta. Teresa se fué a Buenos Aires, y viajé con ella, pensando que allí nuestra intimidad sería más fácil.

En los años del pensionado, yo solía almorzar los domingos en casa del tío Oscar. Mientras él leía el diario o dormía la siesta, su mujer dejaba a ratos la plancha o el zurcido, y me llamaba al balcón para mostrarme los autos que entraban y salían por los portones del hotel 'La Magnolia'. Me pareció que refugiarnos en un lugar como ése sería ofender a Teresa. Más que la propina, mi desconcierto y mi sincera desesperación convencieron al viejo portero de un hotel de Chacarita para que nos dejara pasar la noche allí, sin exhibir la inexistente papelería que justificase que estábamos unidos en legítimo matrimonio. Un amigo, supuestamente más experto que yo, me había asegurado erróneamente, que en los hoteles comunes ya no exigían semejante documentación.

Irene Loné - que había empezado a estudiar teatro para consolarse de su viudez y del casamiento de sus tres hijos, hechos casi simultáneos que habían vaciado su vida en pocos meses - me dijo: -Cuando me presentaste a la otra muchacha- se refería a Inés -pensé que ibas camino del desastre. Ésta chica me gusta. Pienso que te quiere, que vos la querés y que si se casan van ser felices.

Así lo veían los amigos. Conocí - y fuí bien recibido - por tías y primas mayores de Teresa, contemporáneas de mamá y de tía Clarita, con quienes parece habían chocado en rencorosas competencias de coquetería y popularidad treinta años atrás. Plantear la situación en casa, no fué fácil. En los últimos tiempos, papá se había encerrado aún más en sí mismo, y parecía inútil o imposible hablar con él. Mis

hermanos parecían muy ocupados en sus asuntos, y no mostraban ningún interés en escucharme. Mamá - cada vez que yo intentaba sacar el tema - se hacía la desentendida, si es que no se ponía francamente de punta, como sucedió las pocas veces que traté de abordarla francamente.

Tampoco era sencillo en casa de Teresa. Su madre estaba inquieta. Pensé que tal vez temiera que yo no buscase sino una aventura pasajera, pero cuando nuestras salidas se hicieron más frecuentes y regulares, preguntó a Teresa si había reflexionado acerca de que - si seguían las cosas adelante (suponiendo que yo tuviese *buenas intenciones*), - ella daría a su hijo un padrastro, palabra que para la señora tenía las connotaciones más folletinescas. Y aun en el caso de que yo estuviese libre de algunas de las horrosas cualidades que esa calidad hacía presumir... ¿cómo no pensábamos que quince años más tarde, el chico perdería la prerrogativa de eximirse del servicio militar que como hijo de madre separada, podía corresponderle, si Teresa - olvidando sus deberes para con él - volvía a casarse?

A veces la hermana, cuando Teresa volvía de tomar algún café conmigo, despertaba al chico para que viese como su madre lo abandonaba hasta la madrugada para salir con hombres, porque era una puta.

66

Recién en el viaje siguiente, pude encontrarme con Borestein y su gente. Teresa aceptó la invitación de la amiga en cuya casa se hospedaba para ver un espectáculo en el Ópera, y me esperaron en la Ideal. La amiga de Teresa era una señora extranjera, que parecía mirar todo lo argentino - y también el espectáculo extranjero que acababan de ver - con cierto desdén.

Teresa estaba rara. No me gustó el tono que usó para decir a su amiga que mi *chifladura* era el teatro, pero no fue por eso que no acepté la invitación de la señora para almorzar en su casa al día siguiente. Era Viernes Santo y quería guardar algunas horas

par mí, con esa idea - que tuve desde chico y nunca concreté - de vivir ese día de un modo verdaderamente especial.

Ya en la calle, bruscamente, Teresa detuvo un taxi, me dijo que no era necesario que las acompañara, y partieron.

Me fui para el Coto, que era donde acostumbraban reunirse mis compañeros después de las clases de teatro. Mi Maestro - que era el único a quien realmente hubiese querido ver - no estaba, pero me encontré con Agnés. Alguna vez yo había pensado que Agnés era alguien con quien podría vivir una tierna aventura. Me senté frente a ella, y estuvimos un largo rato mirándonos, sonriendo, sin hablar. Después, casi al mismo tiempo, dijimos cosas parecidas: -Tenía ganas de verte. Tengo mucho para contarte.- Hablamos de su affaire con un joven actor que empezaba a ser conocido, y de mis novedades del verano; más acerca de Rik que de Teresa. Cuando llegó el momento de hablar de ella, no tuve ganas de entrar en detalles.

A la tarde siguiente fuimos al cine. Teresa estaba nerviosa, un poco agresiva. Me reprochó el haberla postergado a *esa gente* (el Negro y sus actores); *afrentado* delante de su amiga, que también había sido - ¡doblemente!- víctima de mi grosería: no sólo porque yo había rechazado su invitación, sino porque ni siquiera había insistido para acompañarlas en el taxi de vuelta a casa, lo que debí haber hecho por tratarse de una persona mayor. Además, la película (que yo había visto por segunda vez en cuatro días, para compartirla con ella), no era 'una historia de amor que va más allá de la Muerte', como yo había supuesto y se lo había adelantado, sino la de una pelotuda que se dejaba manejar por un hijo de puta que la usaba para divertirse y que después la abandonaba a su destino.

Mis hermanos estaban en el pueblo. Nos reconciamos en mi cama. En medio del desorden - las sábanas revueltas, el teléfono y los diarios de los últimos días en el suelo - Teresa me dijo: -No sé si mañana vamos a poder hacerlo. No voy a estar en condiciones- Bromeando, seguro de que no podía pasar nada, le pregunté. mientras acariciaba su vientre desnudo: -¿No tenés miedo de que mañana podamos hacerlo?

Sonrió: -En realidad, estoy demasiado bien. Me descompongo siempre uno o dos días antes. Al bañarme, estuve palpándome; si hubiera algo, tendría una dureza, como una mandarina en el vientre

No advirtió cuanto me costó preguntarle; -¿Cómo sabés....?

Seguía sonriendo. Me pareció tan indefensa. -Ya fui madre una vez. Además... Mi tía quería que estudiara obstetricia, para dejarme la clínica cuando ella se retire. No soporté más que dos clases.

Yo tenía su mano. La llevé hasta el vientre, donde yo había tocado algo parecido a una mandarina.

-No puede ser.. - dijo. Y el tono era más de resignación que de sorpresa o de incredulidad.

Nos amamos esa noche, y al otro día, y la noche siguiente. Yo sentía una nueva ternura - más profunda - y un vago orgullo posesivo: me parecía que ahora era más mía que antes, y que yo era más suyo... aunque sé que ambos esperábamos que fuese un error, una falsa alarma... Ninguno de nosotros había autorizado al Destino para que nos jugara una broma semejante.

67

Desde la ventana del primer piso de la oficina, vi pasar a Teresa, que me saludó agitando la mano. La empleada más vieja y más atrevida - que por casualidad estaba a mi lado - me dijo: -Esa es una chica como para usted, no la vieja con quien está saliendo. ¿Por qué hace sufrir a su mamá? Si lo que quiere es divertirse, salga con Gisela. (Gisela era la empleadita más joven, que había empezado a trabajar con nosotros poco tiempo atrás) -Gisela le dice a todo el mundo que está loca por usted, haría cualquier cosa por complacerlo, y nunca se atrevería a pedirle que usted se case con ella.

Mamá y yo tomábamos café, y papá - como de costumbre - fregaba los platos del almuerzo en la pileta de la cocina. Yo me acordaba de cuando James Dean -



llorando - arranca de la cintura de su padre el delantalcito ridículo tan parecido al que papá usaba en ese momento. Mamá dijo que ella era una de las pocas personas del pueblo que podía librar un cheque por un millón de pesos para que fuera pagado de inmediato, a su sola presentación, y yo le pregunté porqué si era tan poderosa no hacía algo por tener servicio doméstico decente, para que no fuese papá quien tenía que lavar los platos. Una cosa trajo la otra, y al rato me oí gritar: -¿Por qué no hablamos francamente de lo que está pasando? ¿Por qué no me ayudás a que te la presente?

Papá había vuelto de la cocina, y escuchaba, perplejo.

-No tengo ningún interés en conocerla - dijo mamá -Todo el mundo habla de ella.

-Sí- ladré -como la alcahueta de arriba, que es la que te trae los cuentos, y que ni siquiera sabe la cara que tiene.

-En nuestra familia, nunca nadie dió lugar a que se lo critique.

-No estés tan segura - le advertí - A lo mejor, yo he estado a punto de dar qué hablar.

-Un hombre puede hacer muchas cosas que no tienen ninguna importancia porque es hombre. Hasta le quedan bien- dictaminó mamá. *(Cuando se hablaba de cosas que pasaban en los baños de varones del colegio, Carmelo Renati decía: -Mientras sean cosas entre varones, no tiene ninguna importancia- Una vez le dijeron que en el Baile de la Primavera, a la Quica Portela - su novia-para-casarse - la habían emborrachado y tres o cuatro amigos de él se la habían pasado. Nunca volvió a hablar con ella, y murió soltero. Sospecho que ni siquiera se preocupó por averiguar si eso que le habían dicho, supongo que para hacerlo engranar, era verdad).*

-Sos como tu tío Alfredo...- seguía mamá. *(Siempre me lo decía. Fue el único de mis tíos varones que no siguió una carrera universitaria. Prefirió quedarse en el campo, ayudando a mi abuelo, y chupando y timbeando en el club, y putaneando con cuanta mujer se le puso a tiro. A papá, tan serio, le fastidiaba tener un cuñado tan calavera, pero mamá y mi abuela decían que los hombres deben hacer esas cosas de solteros para no hacerlas después de casados. Cuarentón largo, se casó con tía Molly y*

*siguió dándole al whisky y persiguiendo desnudo a las chinitas de servicio ante la fría, nada gay mirada de su esposa irlandesa, según los cuentos de mi primo Manuel, que pasaba veranos con ellos en la estancia).*

No recuerdo si me costó decir lo que dije, o si la revelación surgió sola, en el calor de la discusión. No hablé de quién había desencadenado aquellas tendencias, ocultas o reprimidas. Hablé solo de mí, de lo que pensaba que era yo, pero con todas las letras, para que lo entendieran. Para que mamá descendiese del trono de Dios-Madre donde estaba instalada. Murmuró: -Ya me lo imaginaba. Desde que empezaste a salir con esos chicos...- pero antes papá había gritado en un tono heredado de su madre (todavía, en esa época, seguía cultivando el melodrama): -No podés decir eso... - Y se había puesto a llorar.

Todavía me parece raro, pero me sentía el más fuerte. Y que tenía que protegerlos, y ayudarlos a salir del pozo adonde los había empujado. Me levanté y abracé a mi padre - por primera vez desde que había dejado de ser una criatura: -Ahora no hay motivo para llorar. Quizás antes, cuando me sentía tan perdido. Ella hizo que me reencontrara. Hay que agradecerse.

Mamá también se había ablandado: -Es mucho mayor que vos - repetía, pero el tono ya no era el de unos minutos antes.

-Siempre me dice que si alguna vez ve a su hijo en una situación semejante a la que vivo con ella, se desesperaría-(Prudente, homeopáticamente, yo incorporaba elementos que estimaba debían ser conocidos y tomados en cuenta: analogías de actitudes y de sentimientos; otros personajes...) E insistí en la propuesta que -supuse- ahora sería más fácilmente aceptada: -Si ustedes quisieran conocerla...

Fue un momento duro, para todos... pero no tuvo consecuencias. Papá dijo que vivía sacrificándose para que no nos faltase NUNCANADA, y que se lo pagábamos de esa forma, y se fue a dormir la siesta. Ese día, mamá terminó de lavar los platos, y yo la ayudé a secarlos. Después, todo volvió a ser como antes.

68

Había sido triste nuestra despedida el domingo de Pascua - lluvioso y frío - en la terminal de Buenos Aires. Me dijo entonces que todavía esperaba que no fuese más que una demora en su período, pero ninguno de los dos creía eso. -¿Estás segura de que no querés tenerlo?- pregunté. Y ella me contestó: -No es más que un óvulo retenido. ¿Qué otra cosa querés hacer?

*Seguramente los personajes de las fábulas ejemplares que leíamos o nos contaban cuando éramos chicos - el Pequeño Vigía Lombardo, el Tambor de Tacuarí - habrían mostrado más valor y decisión, aunque hasta donde la historia o la literatura rescataban sus leyendas nunca se habían visto enfrentados a un problema semejante. Lo que uno llevaba oído de los mayores - de la propia generación o de las anteriores - cuando se decía que en un caso así un hombre había sabido comportarse, significaba que se había lavado las manos y había dejado a la mujer que se las arreglara como pudiera, salvo alguno que había sido tan bueno - y en esos casos el calificativo sonaba casi como sinónimo de boludo - que la había ayudado con algo de plata para que la susodicha tuviese medios económicos como para encarar con cierta comodidad el problema, o para salirse de él. A pesar de la trabajosamente aprendida seguridad que orgullosamente exhibía en otros terrenos, me sentía un tonto y estaba asustado. De alguna manera esperaba que Teresa, con su mayor experiencia y madurez se atreviese a afrontar de otro modo la tormenta... pero ahora descubría que ella era otra chiquilina asustada, dispuesta a bajar los brazos, sin pedir - casi sin permitir - que yo la ayudase a luchar. Después, muchas veces me pregunté porqué no me atreví a dar la respuesta valiente que tal vez ella esperaba.*

Cuando llegué al pueblo al día siguiente, supe que Teresa no había tenido las *novedades* por las que tanto había rezado. -Me han dicho que hay unas inyecciones muy buenas - me dijo, dulce y desolada. -Si hasta mañana no pasa nada, podemos ir a comprarlas hasta algún pueblo de aquí cerca.

Ahora era mañana. Yo había visto pasar a Teresa desde la ventana de mi oficina, había oído las estupideces de la empleada vieja, y había sacudido a mis padres planteándoles un tema que no era ninguno de aquellos en que mamá pensaba cuando decía que hay cosas que a los hombres les quedan bien. Necesitaba hablar, pero con quien menos podía hacerlo era con Teresa. Muchas veces había intentado convencerla de que mis choques con la familia venían desde siempre, pero ella se sentía responsable de todo lo malo que sucedía en mi casa desde que nos habíamos conocido. Y en esta última disputa -de la cual nuestra relación había sido, si no causa inmediata, objeto principal- yo había metido aquél otro tema del cual me parecía era preferible Teresa nunca supiera.

A Elena le pareció un acto de gran valentía, de enorme confianza en mis padres, o de ambas características a la vez, el haberles tirado a la cara todas las barbaridades con que los había agredido. Aquí sí nombré a Rik, y Elena no se sorprendió: -Yo no había pensado nada hasta que el otro día los vi, charlando tranquilamente en un bar. Me dije que eran fantasías mías, pero me confirmás que no me había equivocado. Es un buen chico. Si tuviera unos años más, no sería con Teresa con quien te estarías acostando.

En ese momento, no era Rik el motivo de mi angustia, y no hablamos más de él. Llegaron las otras de visita, y seguimos conversando:

-Aunque se casaran, seguiría siendo el hijo que engendraste en una situación irregular. Si decidís que querés seguir con ella, pueden tener otro- me explicaba Lydía, docente, e inconcientemente machista.

-No les va a ser fácil conservarlo- decía Marga, resentida y politiquera. -La sociedad de mierda en que vivimos no va a perdonarlos. Si tuvieras el coraje de irte, y

empezar de nuevo, los tres, en otra parte...- (También para Marga la decisión y responsabilidad eran mías. Y planteaba, realmente, la Revolución en nuestras vidas).

-¿Te acordás de tu prima Chelita?- me preguntó Keta. -En mi casa decían que se murió porque el marido era tan religioso que no podía dejar de hacerle hijos. Si la hubieran hecho abortar, no habría dejado cinco huérfanos.

-Seis -la corrigió Marga, con precisión jurídica. -El último, el que la mató, alcanzó a vivir diez horas. Técnicamente, fue una persona de existencia visible. Chela dejó seis huérfanos.

-Era una opción -concluyó Keta- y optaron mal. A mi entender...- aclaró enseguida, diplomática, ablandando prudentemente su posición.

-Lo has tomado como un problema religioso - dijo Elena, católica de misa semanal - y todavía no es más que un grumo en el cuerpo de la madre. Por un escrúpulo exagerado, vas a hacer la desgracia de tres personas: la de ustedes y la de esa criatura que va a aparecer en un mundo donde nadie está dispuesto a recibirla.

Al día siguiente, Teresa y yo fuímos hasta un pueblito cercano, y un aburrido farmacéutico de campaña me vendió unas inyecciones y unas píldoras. -¿Alguna retención?- me preguntó, blando y prescindente. Teresa tomó los píldoras y se hizo aplicar las inyecciones. Unos días después, en una mesa de póker, la enfermera - medio pariente de Marga, que fue quien me contó esto - comentó que *la divorciada* le había pedido que le aplicara unas inyecciones. Y que ella sabía muy bien para qué servían.

Te llamé el domingo. Estabas sola, pero me dijiste que no fuera, que no querías verme. No hice caso, fui y hablamos. Volviste a decirme que lo nuestro era imposible, que teníamos que terminar. Te habías encontrado con tu tía, la vieja partera, la Cigüeña que había traído al mundo a medio pueblo. Te había preguntado por mí, y te habías

puesto a llorar. Entonces, ella te había preguntado si estabas con problemas, y de cuántos días eran esos problemas. Las inyecciones y las pastilas no habían servido de nada. Tu tía te había ofrecido ayuda: su comprensión te había conmovido y te había lastimado. Me preguntaste qué quería yo que se hiciera. Y ahora yo tenía miedo de los daños que podíamos haber provocado con aquel bombardeo farmacéutico en quien se empecinaba en nacer. Si no habíamos tenido el coraje ANTES, ahora parecía más absurdo y más irresponsable cambiar el rumbo.

Tuve que viajar a Buenos Aires por dos días, y fue justamente el primero de ellos cuando llamó tu tía para que fueras a verla. Esa noche luché más de una hora con la operadora de larga distancia para conseguir que nos comunicara. Oí tu vos, débil: -Ya pasó. Fue mucho peor que todo lo que puedas imaginarte. No sé si mañana voy a poder levantarme.

Esa noche lloré. Por vos, por el hijo cuya muerte habíamos permitido por cobardía. Cuando volví al pueblo, te encontré pálida, enferma. Tu tía estaba asustada, y consultó a su hijo médico, que nos retó a los tres. Dijo que habíamos sido unos inconcientes. Me trató de pelotudo. Me preguntó cómo no nos habíamos cuidado. ( Yo no podía explicarle que yo lo había intentado, y que vos no habías querido). Tu tía no había hecho bien el raspado para no hacerte sufrir tanto, y habían quedado adherencias que ponían en peligro tu vida. Tu primo tuvo que intervenir - por segunda vez - y te salvó.

70

Teresa se repuso. Aunque los ensayos la aburrían, y le fastidiaba que me dirigiese a las actrices llamándolas '*amor mío*' y '*corazón*', algunas noches venía a buscarme y salíamos con el grupo a tomar café. Fue una de esas noches cuando

Antonio, que no faltaba a un ensayo y se había autoerigido escenógrafo y vestuarista, me dijo al oído: -Rik ya lo sabe todo. Yo se lo conté.

-El otro director era viejo, feo, tonto y casado. Es lógico que todas estemos un poco enamoradas del actual- divaga la Chuny. Y los demás - tal vez sinceros - me prodigan elogios que en otra ocasión me hubiesen halagado. Teresa me observa, inquisitiva. Y desde el otro extremo de la mesa, donde hasta ahora ha estado silencioso, absorto, los ojos fijos en la taza de café, Rik añade su comentario sobre mí: -Y también es un gran amigo.

No puedo evitar preguntarle (porque sospecho - o temo - el sarcasmo): -¿Lo decís en serio? Y me contesta: -Por supuesto.

Me despido de Teresa en el zaguán oscuro, y me pregunta si me pasa algo. -Nada- contesto. Insiste: -Antonio te habló al oído, dijiste una mala palabra y te pusiste así.

Intento besarla y me rechaza. Transijo con una media verdad: -Es por algo que pasó antes de conocerte. No tiene nada que ver con nosotros.

*Teresa piensa - me lo ha dicho muchas veces - que no está en condiciones de competir con las demás. Cree - después me lo confirmará - que mi actitud obedece a un problema con otra mujer.*

Se dejó besar. Me respondió con una especie de pasión fría, técnica y cerebral. Como si estuviera diciéndome: -Fijate qué bien lo hago. Las otras no lo hacen tan bien como yo.

En el auto me esperaban Antonio y Rik. Rik habló primero: -Yo te contaba lo que sufría por Marga, y me escuchabas. Sufrías por vos y por mí.

Antonio, invocando a Platón, Gide, y su propia autoridad y experiencia, intentó una apología de esa clase de amor. Pasábamos frente a la casa de Rik, que dijo estaba muy cansado y me pidió que lo dejara. Seguí solo con Antonio. No me sentía muy enojado con él; menos aún, agradecido. Tuve que oír su explicación: -Félix y Marga se casan a fin de año y se van a Cuba. Él va a trabajar políticamente y ella podrá bailar descalza sobre las mesas de las boites de La Habana, que ya no sirven a los plutócratas

yanquis sino al pueblo. El año que viene tal vez me vaya yo también. Tomé con Félix unas copas, como despedida. Pienso que estaba un poco borracho cuando le dije al chico lo que le dije- Fue la única vez que vi a Antonio un poco avergonzado.

En el ensayo siguiente, Rik equivocaba la letra, confundía los movimientos, parecía no oír mis indicaciones. Antonio volvió a informarme en voz baja: -Rik quiere hablar con vos. Me ha dicho que te admira - lo que puede ser una forma de confesar que está enamorado de vos - pero que no está dispuesto a todo. Es decir, que no está dispuesto a nada. Quedó en llamarte mañana a las seis a la oficina. No vas a escaparte.

Me fastidiaba esta intermediación innecesaria, pero a las seis estuve en la oficina, y Rik llamó, exactamente a las seis. Salimos en el auto. Después de un largo silencio, bruscamente, me preguntó: -¿Qué esperarás de mí? -Que llegues a ser lo mejor dentro de tus posibilidades- le contesté sinceramente. Y hasta me permití arrimarme al tema que yo mismo me había prohibido: -Si alguien te ha hecho pensar que espero otra cosa de vos, quiero que estés tranquilo. Si hoy me propusieras que fuésemos más lejos, te diría que no.

Sonrió y dijo: -Hubiera sido terrible que quisieras otra cosa. Pensaba que Pedro y vos eran mis amigos más importantes. Ahora sé que vos sos mi mejor amigo. Te siento más hermano mío que lo que nunca sentí al Tuky.

Había dejado un momento antes a Teresa, que protestaba porque yo 'nunca tenía tiempo' para ella. Le había explicado que esperaba a las seis una llamada importante. Al verme entrar en su negocio, me dijo: -¡Cómo has cambiado! Estás más simpático. Hasta se te ve más lindo- Y yo dije: -Terminé con un problema y me siento bien.

Me contó que su familia se iba para Buenos Aires, y me preguntó si tendría que llamar a su sobrina para que viniese a dormir con ella. Por supuesto, contesté que no.

Todo anduvo bien esa noche, hasta el ensayo, aunque Antonio me murmuraba todo el tiempo: -Estás haciendo trampa. No vas a poder mantener esta situación para siempre. Al final, vas a terminar lamentando haberlo sacrificado para quedarte con ella.



Al otro día, Pepe me contó que mi padre le había preguntado hasta que hora duraban los ensayos, y si sabía donde había pasado yo la noche anterior. Le pidió también que no se prestara a ser 'cómplice' de mis coartadas.

*Una de las chicas estuvo esa noche más torpe que de costumbre. Impaciente, grité una sola vez su nombre: -¡Clara!-, y por fin me dió la intención, la actitud y el gesto que por largos minutos yo había estado proponiéndole sin resultado. Después - casi desvanecida - me pidió permiso para retirarse.*

Esa noche también la pasé con Teresa, pero ella estaba rara. Me reprochó haberle gritado a Clara. Le expliqué que estaba nervioso y cansado. Después de las primeras semanas, cuando todos se desvivían por complacer mis más exquisitas fantasías y por solucionarme los mínimos inconvenientes, superado el primer entusiasmo, parecía que todo el equipo del teatro se tiraba a muerto y dejaba que el peso del trabajo cayese íntegramente sobre mí. Había tenido algunos problemas en la oficina, y comenté que me parecía muy injusta la actitud de mi familia hacia nosotros. Me contestó que lo que pasaba en mi casa pasaba en todas las casas y que era yo quien lo dramatizaba todo. Le hablé de la conversación de mi padre con Pepe, y su comentario fue: -Ahora también los Macayi saben que me acuesto con vos. Cuando me dejés, a tus amigos les van a ser pocas las lenguas para hablar de mí- Esa noche hicimos el amor de un modo diferente. Era como si cada uno quisiera dominar al otro, o destruirlo.

Nos despertó la mujer que venía a hacer la limpieza. En el momento de la despedida, que - lo imponía Teresa - debía ser de-fi-ni-ti-va, entendí lo que sucedía.

La mañana anterior, camino de casa, en la calle principal, me había topado con Inés. Hacía seis meses que no sabía de ella, y no me importaba. Venía colgada del brazo de un flaco parecido a Anthony Perkins, que me tendió la mano sin mirarme cuando Inés nos presentó. Alguien nos vió y se lo contó a Teresa, recordándole que Inés había

sido mi novia oficial, y que seguramente, una vez liquidada nuestra aventura, Inés sería mi mujer, con la bendición familiar.

Teresa asociaba ese encuentro casual con los secretes de Antonio dos noches atrás. Juré - con total sinceridad - que no quería a nadie más que a ella, que ella era lo único que me importaba, pero se negaba a aceptar cualquier explicación. Como último argumento, mencioné a la persona de quien Antonio me había hablado, y vagamente sugerí el motivo de mi disgusto por su intervención.

*El Negro Borestein pontificaba: -Jamás se debe contar a una mujer que se tienen ciertas inclinaciones. Por natural instinto maternal, o por una generalizada perversión del alma femenina, una confesión de esa naturaleza hace que quien la escucha se sienta atada para siempre a quien confió en ella. Conté algo de esto a una amiga, y tuve que volver por dos años a mi provincia para librarme de ella. Me perseguía a sol y a sombra, decidida a redimirme casándose conmigo. Pero Teresa no era como la mujer del cuento del Negro.*

Aunque no fué mucho lo que dije, entendió. Quizá demasiado. Se puso blanca. Rígida. Sus ojos estaban fijos, vacíos, sin expresión. Yo la besaba en los labios, todavía blandos, apenas tibios, pero no respondía a mis besos.

Todo había sido en voz muy baja, apenas un cuchicheo. La mujer, que andaba por la cocina, habrá notado que pasaba algo, porque - sin que yo la llamara - apareció ofreciendo ayuda. Si hubiera sabido algo de ópera, se habría dado cuenta de que Teresa y yo componíamos un cuadro semejante al de Violeta y Alfredo en el final de 'La Traviata': yo, de rodillas a su lado, acariciándole las manos, y ella, deshecha en la butaquita de junto al teléfono, casi una muerta.

Segundos después, Teresa despertó. Tranquila. Como si no hubiese sucedido nada extraordinario. Como en una rutina casi conyugal, dijo que se me hacía tarde para ir a trabajar, y que puesto que yo había suspendido el ensayo, podríamos aprovechar esa noche para salir a cenar o para ir al cine.

Pasé por la iglesia, para pedir la gracia de no seguir lastimando a quienes me rodeaban. Antonio - que de chico había sido de la Acción Católica - me vio salir de allí.

-Un tipo inteligente como vos, recurriendo a sortilegios medioevales para superar sus problemas...- comentó. Y me aconsejó romper con mi familia y con Teresa. Generosamente, para facilitar mis decisiones, me ofrecía su casa para que me instalara en ella hasta que encontrase el mejor modo de manejar la situación con Rik. Le dije que estaba apurado y me fui para el estudio.

72

Aquella noche Teresa y yo salimos. Y muchas otras noches, ahora casi siempre los dos solos. Nos peleamos y nos reconciliamos casi a diario. El motivo es siempre el mismo: tiene celos - en mayor o menor grado - de todas las mujeres que dan vueltas alrededor de mí: las empleadas de la oficina; las clientes, que generalmente son feas y viejas, y tienen olor a ajo; mis colegas, y especialmente las del elenco. Piensa que para mí el teatro no es una actividad seria, sino un medio de que me valgo para permitirme fáciles y múltiples infidelidades. Las mujeres de su familia - su hermana, la prima Adolfina - comparten y fomentan esta óptica.

Desde un principio, a Teresa le obsesiona como será el fin de nuestra relación. -Cuando nos separemos - me dice - esperá un tiempo antes de arreglarte con otra. Lo único que te pido es que no me pongas en ridículo.

Curiosamente, no parece molestarle la presencia de Rik. A veces salimos con él, cuando Luis Alberto viene de Santa Fe algún fin de semana, se nos acopla, y trae consigo a su hermanito.

Llega el momento de estrenar, y esa noche Teresa está junto a mí. Como se había prometido, hay dos funciones de estreno, ambas con la sala repleta, y con periodistas que analizan el trabajo de todos y el de cada uno.

-... pero una primera noche es una primera noche - me dice Rik, eufórico, porque tirando una moneda, él ha ganado el derecho de hacer la primera función.

Gianfranco - más sereno, quizá resignado - tiene su estreno el segundo día. Algunos dicen que su trabajo es mejor que el de Rik.

Mientras llega la fecha del casamiento de Félix - que será con misa de esponsales y recepción en el Club Social, pese al notorio ateísmo e ideología antiburguesa de los contrayentes - Antonio y el novio emprenden juntos la modernización de una tapera que convierten en horroroso habitáculo futurista. -¡Qué situaciones tan parecidas! - me dice Antonio -En cierta forma, la presencia de Rik en tu espectáculo perfecciona la relación de ustedes. De un modo semejante, esta obra transgresora que ha escandalizado al pueblo - habla del engendro arquitectónico que han realizado - es también fruto de una comunión casi erótica: la siento como el hijo de carne que no puedo tener con Félix.

Yo no encuentro mayor analogía entre esa curiosa forma de fecundación platónica y el hecho de que Rik - como Gianfranco, como Chuny, como cualquiera de los otros - me haya ayudado a concretar un trabajo que la *gente del común* - como la llama Faraoni - 'ha sabido recibir con la inteligencia y sensibilidad que esta interesante experiencia merece'. (Artículo 'Nuevos Frutos Que Maduran A la sombra del Tinglado', publicado en el Suplemento Cultural de 'La Voz del Norte', poco antes de que un gobierno de facto clausurara el periódico, a fines de los años sesenta).

Durante dos o tres días las líneas de larga distancia no funcionan, y vuelvo al pueblo sin avisarle a Teresa. -Se fue a Buenos Aires esta mañana. Se habrán cruzado en la ruta - me dice la madre.

Mi familia se ha ido al campo. Estoy solo, leyendo, cuando llama Tela, que ha vuelto del sur, donde anduvo alfabetizando indios. Me invita a su casa, a charlar con ella y con José.

Parecían tan felices que dolía un poco verlos. Tela me preguntó cómo iban mis cosas con Teresa, y admití que teníamos nuestras dificultades. Tela comentó que el noviazgo de Pupy avanzaba hacia un matrimonio que aparentemente sólo el novio deseaba. Después me preguntó si me había visto con Inés.

- Es imposible hablar con ella a solas - dijo -Él está siempre. Parece como si la dominara.

Hablaba de Anthony Perkins. Reflexionó: -Es una lástima que Inés y vos no se hayan arreglado. Nunca vi a dos personas tan hechas una a la medida de la otra.

José sugiere: -Si Teresa y Perkins se conocieran y se enamoraran...*(Está proponiendo, sin maldad, un final supuestamente feliz para una película de la cual sólo conoce superficialmente a algunos de los personajes, pero no me hace gracia oírle imaginar para Teresa futuros en los cuales no se me incluye).*

Empujado por cierto difuso sentimiento de responsabilidad, voy a ver a los del teatro, que hacen función esa noche. Más tarde piensan ir *todos juntos* al baile de Sportivo, y quieren que los acompañe.

Era el único papel para el que teníamos un exceso de postulantes. Algunas se presentaban por sí mismas; a otras, las ofrecían sus madres, quizá porque querían ver realizarse en ellas alguna postergada vocación artística. Harto de aspirantes incapaces,

acepté de mala gana tomarle una prueba, que resultó excelente. Bochi Paolucci era alta, tenía grandes ojos oscuros y una larga melena rubia que le daba un aire un poco salvaje. Cantaba - con bastante gracia - las canciones españolas que su madre le había enseñado y que yo recordaba haber escuchado siendo muy chico una vez que me arrastraron (mamá había comprado por compromiso las entradas para una función de beneficio) a ver una película de Imperio Argentina.

Tenía dieciocho años, como el personaje, y en los ensayos los daba muy bien, pero como era muy seria, fuera de escena, con el pelo recogido y ropa más formal, parecía mayor. Ensayó unos quince días, hasta que Faroni, que era quien la había arrimado, me preguntó si me molestaría que la usáramos para trabajar con el sonido o las luces, porque ella le había dicho que prefería ceder el papel a su hermanita, a quien - antes de la prueba de Bochi, y nada más que para llevarle la contraria a Faraoni - yo había declarado veía mucho más en tipo.

Rik me contó que jugando perversamente al seductor, él había intentado llevarla a la cama, sin éxito. Que después se habían hecho amigos (-Es una gran piba-señaló), y que ella le había dicho que él debía tratar de parecerse a mí.

Un sábado de lluvia - mientras esperábamos que llegasen los rezagados para empezar el ensayo - Chuny me preguntó si me parecía potable para el público local cierta pieza que ella soñaba interpretar, en la cual Rik podría asumir el papel del bello adolescente cuya ambigua seducción, ejercida sobre ambos miembros de un matrimonio convencional, provoca la catástrofe. El nuevo cine proponía a espectadores que aceptaban, en una cantidad y con un respeto inimaginables una década atrás, filmes de ardua temática. Bochi - que conocía la pieza a través de una versión cinematográfica posiblemente edulcorada, pero en la cual (sospecho) el conflicto esencial no pudo ser totalmente soslayado - se adhirió: -En cierta forma, él está ahora en algo parecido y lo está llevando muy bien. (Como en la pieza que estaban representando no se trataban - al menos a nivel conciente - problemas de esa naturaleza, me pregunté si el favorable juicio de Bochi se limitaría exclusivamente al trabajo actoral de Rik).

Chuny invirtió unos minutos en explicar a su marido cual era la obra que analizábamos: ellos la habían visto en Buenos Aires unos años atrás. Cuando finalmente Pepe hizo memoria, manifestó que si alguna vez le tocaba oír de boca de algún amigo una declaración como la que el joven de la pieza escuchaba de labios del protagonista masculino, demolería a patadas al infeliz que se había permitido confundirlo de ese modo, salvo que encontrándose él, Pepe, en un especialísimo estado de gracia, pudiese recurrir a todas sus reservas de serenidad, tolerancia y misericordia, para mandar al enfermo a un médico para que le aplicase el tratamiento correspondiente. Con cierta alarma, oí a Rik retrucarle que frente a una situación como ésa es cuando se prueba lo sincero de una amistad.

Llegó el resto de la gente y nos pusimos a trabajar. Pero si bien desde un principio me había parecido advertir cierto sospechoso brillo en los ojos de Bochi cuando me miraba, y que asumía un aire sugestivamente sumiso cuando hablaba conmigo, a partir de aquella tarde registré pequeños hechos que, por reiterados, difícilmente podía aceptar como casuales. La mano de Bochi que rozaba la mía cuando me alcanzaba un café; su pelo en mi cara, cada vez que yo iba a dar alguna indicación a la cabina de luces que ella compartía con Mario Sabalotti; los segundos que innecesariamente demoraba una repuesta o prolongaba una despedida, sosteniéndome la mirada... *Como Pupy el año anterior, Bochi leía los libros que yo mencionaba, y cuando llegaba al pueblo alguna película que yo había calificado como 'imprescindible', Bochi era la primera en informarme que había seguido mi recomendación. Vió cuatro veces - los cuatro días que estuvo en cartel - cierta película cuyo título yo interpretaba como un desgarrado lamento pacifista, pero que podía ser entendido también como un reclamo erótico. Como tal solía suspirarlo ella, póniendo los ojos en blanco, cuando todavía alguna vez nos íbamos todos juntos a tomar café en algun boliche de las afueras, ante la bronca de Teresa que también habia visto la película sin que en apariencia le hubiese dado ni frío ni calor.*

Una de las pocas veces que - sin testigos - llegamos a cruzar media docena de frases, Bochi me dijo: -Sos muy bueno, y por eso sufrís mucho- Al recordar aquellas

palabras de la chica, los ojos de mi alma se llenaban de conmovidas, invisibles lágrimas, y encontraba muy injusto que Teresa me acusara de estar '*caliente*' con Bochi. Hubiera resultado muy difícil - y creo que hasta habría complicado más las cosas - intentar explicarle que si por algo me interesaba la muchacha era por la madura comprensión que yo creía descubrir en sus actitudes, en sus palabras y en sus silencios, respecto de aquel sentimiento que yo experimentaba por Rik - tan cuidadosamente disimulado al principio, tan controlado por el autoimpuesto renunciamento mas tarde - sentimiento que tras la tumultuosa etapa de las revelaciones que Rik había recibido de Antonio y Teresa de mí, había entrado en un estado de hibernación cuyo tiempo y forma de terminación en modo alguno yo podía prever.

75

Bailé - más bien por altruismo - con todas las mujeres del grupo. Dos piezas con cada una - el mínimo que impone la buena educación, según me lo enseñó mi abuela - y alguna de yapa con las más viejas y feas. (Haroldo se esforzaba por ser más galante con las feas, porque - decía - eran las que más lo necesitaban). Cuando bailé con Bochi - era la primera vez que lo hacía - noté que sus manos eran fuertes, pesadas. Muy diferentes de las de Teresa. Y si en sus ojos había ternura o deslumbramiento, o unas como ganas de poseerme, esos sentimientos no despertaban en mí sus análogos y recíprocos, como cuando era en los ojos de Teresa donde los descubría.

Estábamos de pie, junto a la mesa, esperando que empezara la que iba a ser nuestra segunda pieza, cuando apareció Rik, casi a la carrera, tartamudando: -Teresa está aquí.

La vi detrás de él. -Vine nada más que para avisarte que volví- me dijo.(Sus ojos nunca habían estado tan tristes). -Ahora me voy.



La seguí. Lloviznaba. Un taxi con el motor en marcha la esperaba. Subí detrás de ella y ordené la dirección de su casa. Nos besamos largamente en el zaguán. Y en el mismo taxi volvimos al club.

Nico Sorazzi - que esa noche se había juntado con la gente del teatro - me preguntó en voz baja, desconcertado: -¿Bochi también está enamorada de vos? Sólo así puedo entender todo lo que ha estado diciéndome de Teresa. Nunca creí que una persona pudiera odiar tanto a otra.

Mario Sabalotti sacó a bailar a Bochi, y llegó Morocho Ardiles, que venía de cantar en un club de barrio. Un poco más ceremonioso que de costumbre, parecía que estaba un poco borracho.

Yo tenía a Teresa medio abrazada. Rik - demasiado alegre - jaraneaba con Morocho. De pronto, oí lo que Morocho le estaba diciendo, mientras Rik se reía como si le estuviesen haciendo cosquillas: -... a veces me voy a dormir al hotel. ¿No te animás a pasar una noche fuera de tu casa?. Venite conmigo.

Debo haber hecho algún movimiento brusco, porque Teresa me miró.

-Nos vamos - dije. -Rik: te llevo a tu casa.

-Dejáte de embromar - me contestó -Todavía es temprano.

Morocho lo apoyó: -Si se pasa demasiado, yo lo acompaño.

*Durante las vacaciones de invierno, la tía de Córdoba vino a ver el espectáculo. El Tuky me ha contado que después de conocerme, ha declarado que soy una monada y se ha retractado de todos los prejuicios que tenía contra mí. Por su parte, la mamá de Rik afirma que para ella soy un hijo más. Me siento responsable por él. Más que antes.*

Insistí ( -Es muy tarde. Vamos- ), y me obedecieron. Muchos más de los que yo esperaba. Nos apretujamos en el auto Teresa y yo; y Bochi, y su hermana, y mamá Sabalotti, y Marta (que -se decía- estaba festejando a Morocho, aunque a mamá Sabalotti no le hacía mucha gracia que su hija pudiese convertirse en nuera de la negra que iba a lavar la ropa a casa de los Sabalotti cuarenta años atrás), y Rik, y Nico Sorazzi, y me parece que hasta algún otro que ahora no recuerdo.

Rik canturreaba una delirante jerigonza alcohólica que de pronto se hizo inteligible. Se dirigía a Nico, que era su profesor de Lógica, como recitando mecánicamente una lección: -El individuo - ¿no es cierto, señor Sorazzi? - se comunica a través de las formas culturales, y las espirituales que en cierta medida son parte de aquellas. Una de las manifestaciones más nobles del espíritu humano... puede ser... la homosexualidad...

Nadie dijo nada. Creo que fue este silencio lo que hizo que Rik tomara conciencia de sus palabras. Se calló, y tras unos segundos interminables, reinició su melancólico canturreo. Cuando me detuve frente a su casa, bajó sin protestar, saludó cortésmente a todos y desapareció.

Terminamos comiendo bifés con papas fritas y ensalada, a las cuatro de la mañana, en un bar del cruce de caminos. No recuerdo de que se habló: me parece que fué una conversación muy seria, con pretensiones de filosófica. Creo que Nico llevaba la voz cantante. Me despedí tiernamente de Teresa - al final, habíamos quedado los dos solos -. pero al llegar a casa me di cuenta de que estaba asustado. Esa noche, soñé que estaba preso en varias jaulas concéntricas, que oscilaban con distintos ritmos, entrechocándose, y a veces me golpeaban. No distinguía cual era la que estaba más cerca de mí.

Todo el elenco adoraba a Susy Paolucci, y pocos disimulaban el fastidio que les provocaba la tozuda permanencia de Clara en el grupo a pesar de la hostilidad general. Teresa y yo pensábamos que después de la noche de mi grito y su desmayo, Clara superaba la composición demasiado ingenua de Susy, con quien alternaban haciendo el mismo personaje.

Como si hubiese adivinado el juicio que diplomáticamente me reservaba, Susy vino a ofrecerme su renuncia, que diplomáticamente rechacé, y me levanté para encender la luz, porque había caído la tarde, mi oficina estaba bastante oscura y quería evitar cualquier derivación comprometedora que confusamente me estaba palpitando. De todos modos, Susy dijo lo que tenía que decir... que no era lo que por un momento me había temido.

-¿Vos querés a mi hermana?- me preguntó. - Porque ella te quiere mucho, ¿sabés? Y sufre cuando te ve con Teresa. Se había arreglado con Mario, pero le dijeron que ustedes habían roto, e hizo lo imposible por deshacer el compromiso. Y después, pasó lo que pasó en el baile.

Con palabras semejantes a las que - dicen - solía usar mi tío Alfredo para terminar alguna situación cuando la conquistada había dejado de interesarle, expliqué que quería a Bochi, 'como a una amiga'. Que me sentía confundido y que deseaba recuperar mi equilibrio, y dejar libres - y sobretodo no seguir haciendo daño - a quienes podía haber enredado en mis juegos, imprudentes o culpables. Sonrió comprensiva, desde sus dieciséis años... Y me contó que estaba enamorada de Rik; que se lo había confesado y que él le había dicho que no podía estar seguro de que una mujer le gustara hasta que no se acostaba con ella. Susy habló del asunto con una de las actrices mayores, quien a su vez se lo contó a las demás que se divertían ofreciéndole falsos consuelos y consejos perversos.

El domingo era el cumpleaños de Susy, y decidieron agasajarla con una fiesta en casa de una de las solteronas. Mis padres se habían ido a Buenos Aires, y el sábado Teresa y yo tuvimos una apasionada sesión en mi cama, después de la cual Teresa reiteró que lo nuestro no podía seguir, y que aquél había sido nuestro último encuentro.

En ese momento, me sentía bastante en paz conmigo mismo. Sabía quién era el Gran Amor de mi vida, la persona con quien estaba dispuesto a compartir el resto de mi existencia, pero si Teresa no estaba dispuesta a aceptarme, yo no podía obligarla: para no discutir con ella, esa tarde nos despedimos, más o menos para siempre.

Después de la función del domingo, Rik me acompañó a mi casa a buscar unos discos. Me preguntó por Teresa, y le conté que habíamos acordado separarnos. -Espero que mi amistad con vos dure más- reflexioné, y él me palmeó el hombro, afectuoso y solidario. Borrosamente me pregunté si no sería el momento de que se concretaran las fantasías de las que había estado huyendo todos esos meses, pero alzamos los discos y nos fuímos a la fiesta. Yo debía tener muy mala cara, porque no hubo una de las mujeres que no intentara averiguar qué me pasaba.

-¿No sos feliz, director? -me pregunta mi Primera Actriz. *(Chuny no es nada fea, y después del estreno que - me confiesa - le ha deparado las mayores satisfacciones de su vida de actriz, me trata con especial afecto: podría ser la partenaire ideal para una aventura secreta, apasionada y transitoria.)*

-¿Quién puede decir sincera y objetivamente que es feliz? - contesto, escéptico y literario -Siempre aspiramos a lo inalcanzable...

-Sos muy joven - dice ella, que me lleva no más de cinco o seis años - y ya conocés el sabor del triunfo. *(-¿A qué le llamara 'triunfo'? - me pregunto. Teresa tiene razon. Es tilinga y cursi: buen material para una cama sin remordimientos. Podría convenecerla de que se acostara conmigo, pero estoy realmente triste, y me siento realmente mal. Además... He sido siempre tan respetuoso de las buenas costumbres burguesas: ¿Qué diría Pape si supiera que su mujer le es infiel conmigo, que soy casi amigo suyo también?)*

Intenté - sinceramente - confortarla: -Tenés marido. Hijos. Un hogar... - Y ella, más tilinga y más patética: - ¿Y vos crees que eso sirve para llenar una vida...?

Pepe se acerca, me abraza, me agradece el éxito, sin antecedentes en los anales ( más bien breves) de la actividad teatral del pueblo, e invita a bailar a su mujer. Hacen una linda pareja, y hasta parecen enamorados.

Nico Sorazzi me murmura al oído, aparentemente solidario: - De nuevo te veo muy mal- para empezar enseguida a darme sin asco: -Claro. Era muy divertido andar revoloteando de aquí para allá, con Pupy y con Teresa; con Bochi y hasta con Inés, si la hubieras tenido a mano...*(Noté un leve temblor en su voz cuando nombró a Inés. Con ella, en su momento, ya habíamos comentado que tal vez habría que incluir a Nico en la nómina de sus festejantes, aunque él nunca se le había manifestado muy claramente. Nico seguramente ignora la existencia de Anthony Perkins: de otro modo, no la incluiría en la lista de mis víctimas).*

Nico - ¿o sería el Angel, que de nuevo había tomado su cuerpo y su voz? - continuó en tono apocalíptico: -Violaste... (debo haber esbozado algún gesto de protesta, porque se rectificó:) -Bueno... Alteraste el orden establecido, y ahora ha llegado el momento de pagar...

-¿De pagar qué? ¿Y cómo? - atiné a preguntar.

-El precio de la redención es el sufrimiento- ( -Algo llevamos sufrido - pensé) -Hay que derramar sangre... (Me dieron ganas de pegarle. Claro. Él no sabía de mi hijo, arrancado a pedazos del vientre de Teresa. Tirado en el cubo de la sala de partos de la Cigüeña, y en el del quirófano del sanatorio. ¿De qué sangre me hablaba?)

-...la Sangre de Quien paga por todos. La Sangre de Cristo.

Me sentí obligado a rendir cuentas: -Teresa estará en su casa. Sola. Llorando. Y aunque vos no lo creas, aunque no se me note, yo también estoy llorando.

Le pareció bien,y dijo que se alegraba, porque empezaba a restablecerse el Orden. Le ofrecí llevarlo a su casa. Quería escaparme de aquella gente que me llamaba 'Director' y 'Maestro', y que de buena fe se consideraban mis amigos. Prefirió quedarse, para seguir santificando el domingo, divirtiéndose sanamente con la gente del teatro, entre la cual podría estar la compañera-para-toda-la-vida que venía pidiendo a Dios desde que había descubierto que el sacerdocio no era para él.

En la sala, saturada de muebles coloniales y retratos de improbables próceres que las dueñas de casa presentaban como antepasados suyos, estaba Rik con cara de aburrido. Como si me dirigiera a todos en general, dije en voz bien alta: -Me voy- Sólo

Chuny y Pepe me contestaron, pidiendo que los acercara hasta su casa, porque andaban sin auto.

Insistí: -¿Nadie más acompaña al Director?- Debo haber estado bastante ridículo, o patético, pero no quería irme solo. La historia con Teresa había terminado. No era justo seguir perturbando la relación de Bochi con Mario Sabalotti, que seguramente le daría un futuro más apacible que el que ella podría encontrar junto a mí. Rik estaba allí, sordo y lejano. (Después me diría que no se había ofrecido para acompañarme porque temía arruinarme algún programa). Nico había dicho que se necesitaba sangre para reinstalar el Orden violado. En una gaveta del ropero, yo había visto el revólver de papá, y tenía miedo de intentar alguna estupidez excesivamente romántica. Sin pasión, un poco aburrido, un poco triste, pero no desesperado, yo podía imponer a todas mis pequeñas historias un final único y espectacular, no carente de cierta blasfema grandeza.

Pero hubo entonces una vocecita a mi lado que me dijo, casi tímidamente: -¿No me llevaría hasta mi casa?

Era Clara.

77

Dejamos a los Macayi en su casa, e invité a Clara a tomar un café en un bar de la ruta. Después le dije si no prefería que lo tomásemos en mi casa.

-¿Está solo?- me preguntó, con ese tonito suyo, triste, un poco como ausente. Era la única persona del grupo que todavía me trataba de usted.

- Estoy solo. (En alguna ocasión, esas palabras me habían servido para iniciar un intento de seducción, pero en este momento yo no pretendía seducir).

-¿Y no es más que para tomar café? *(Otra hubiera coqueteado un poco la frase. Clara parecía preguntar sólo para constatar el alcance exacto de mis*

*intenciones. Sabía que yo sabía que Gianfranco había querido ponerse de novio con ella, y que en casa del chico habían armado un escándalo, no porque Clara fuese tres o cuatro años mayor que él, sino porque todo el pueblo decía que ella era una puta. Seguramente, pensaría que yo debía saber que unos días antes se había acostado con Rik, y que si no lo había hecho con Antonio había sido porque la madre de éste llegó a su casa inesperadamente, cuando estaban a punto de hacerlo.)*

-...¿nada más que para tomar café?

-No sé, Clara. Para lo que pase.

Dijo sencillamente - Bueno - y no se porqué me puse a llorar. Ella apretó la mano que yo tenía sobre el volante. En el sofá chino que había sido mi primera cama cuando dejé el moisés, estuvimos besándonos un largo rato. Ella respondía a mis besos, vehemente y experta, pero el juego me desagradó: en ningún momento dejé de ver los dragones tallados en el respaldo de madera oscura. Me desprendí, suavemente, y ella se quedó mirándome como si me tuviera un poco de miedo. -Besás bien - me dijo - pero no sentís nada. Es como si estuvieras muerto por dentro.

De nuevo me dieron ganas de llorar, pero no lo hice. Después, tuve para mí ese cuerpo que al amanecer, mientras nos vestíamos, recién miré con cierta atención. Era proporcionado, armonioso, pequeño, femenino. Pero en algún momento, durante la noche, yo había tenido la sensación de estar durmiendo junto a un enano. Me acordé de una frase de la película cuyo título suspiraba Bochi: -Tu cuerpo tiene la medida de mi cuerpo- Yo había encontrado la medida de mi cuerpo, y la había perdido, porque la tarde antes, Teresa me había dicho adiós.

Al día siguiente, Teresa me pidió la invitase al cine 'por última vez'. Le conté que esa tarde, los Macayi me habían amenazado con rechazar cierta interesante invitación para llevar el espectáculo a Buenos Aires, si yo aceptaba la renuncia de Susy en favor de Clara. *(Chuny había estado particularmente insidiosa: mientras Pepe traía de la cocina unos amarettis que ella le había pedido para acompañar el café, me cuchicheó se decía que en el elenco había actrices que me convencían de su talento, en la cama. Esto, por supuesto, no se lo comenté a Teresa).*

Como yo, Teresa pensaba que si una de las dos debía ser sacrificada en aras del mejor nivel del espectáculo era Susy, y apoyó mi decisión de resistir el chantaje. Pero lo más importante de esa noche fue la confesión de Teresa: dijo que le sería muy difícil olvidarme. Más aún, que le sería muy difícil vivir sin mí.

Hicimos el amor en el auto, en el camino, a las dos de una mañana llena de niebla. Un vigilante que pasaba en bicicleta, se acercó para ver si nos estaba pasando algo. Felizmente, cuando golpeó el vidrio con su anillo, ya estábamos discutiendo de nuevo si nuestra relación debía terminar o no.

78

Tengo que instalarme en Buenos Aires, porque el Negro Borestein quiere estrenar en quince días y exige mi presencia. Para retirar un expediente, paso por la oficina donde trabaja Clara, que al despedirnos me pide un último beso, para estar segura de que no la desprecie. Ha vuelto a tratarme de usted.

La versión Borestein de mi pieza dista mucho de convencerme. El Promisorio Escenógrafo ( ya-contratado-por-el Teatro=Colón, que *nos presta su nombre y talento* por Pura Amistad con el Negro ), impone para un bungalow en el Tigre, un fastuoso mobiliario Segundo Imperio, y a las actrices un vestuario más adecuado para una recepción diplomática que para un día de campo. Los ventanales - que deberían mostrar un jardín luminoso - traslucen una luctuosa cámara negra, y el primer actor convierte al débil y conflictuado protagonista, en un macho prepotente que habla y se mueve como un matón, para que a nadie se le ocurra pensar que debe su papel no tanto a méritos actorales, cuanto a que es un no tan imposible metejón del Negro, como murmura la Dama Joven.

El Dire me dice que debo mostrarme profundamente agradecido con la Importante Primera Actriz (Independiente) que ha (con)-¿descendido? a interpretar un personaje relativamente menor en mi pieza. Tímidamente trato de que me expliquen porqué mi Madre (la de la obra), argentina, clase media, normal e inocentemente



castradora, se desplaza y vocifera como si fuera una de las Medeas, Hécubas y Casandras que jalonan la carrera de la Importante Actriz (Independiente), *aplaudida* por el público y *reconocida* por la crítica. No obtengo respuesta convincente, pero la Actriz - que fuera del escenario parece casi inteligente y se muestra abierta a mis sugerencias - me propone interpretarla como si fuera la Madre de 'Bodas de Sangre', que también tiene en su repertorio. Agradezco su buena voluntad y me resigno a lo inevitable.

79

Teresa vino a Buenos Aires el día que se había fijado para el estreno, pero a último momento el Negro decidió postergarlo, y me propuso que invitara a Teresa a presenciar un ensayo. Fue así como ella conoció la pieza, que en cierta forma yo veía como un homenaje a lo que Antonio hubiese llamado *l'amour fou* de la polaca de Quilmes por su novio muerto. La trama mostraba al muchacho casado con la enamoradísima Carolina, cuyo amor y paciencia se veían sometidos a dolorosa prueba al reaparecer un antiguo amigo cuya presencia despertaba en el flamante esposo inquietantes inclinaciones afectivas hasta ese momento ignoradas, disimuladas o reprimidas. Aunque era sabido que la obra había sido escrita mucho tiempo atrás, antes de conocernos, yo había temido que Teresa encontrase algunas analogías entre esa historia y otra que nos tocaba más de cerca. Teresa vió el ensayo, compartió mis objeciones a la puesta, y aceptó como humanas y comprensibles las situaciones planteadas en la obra. -Él está enamorado de su mujer -dijo- Con su amigo tiene una amistad quizás peligrosamente intensa, pero ella es su verdadero amor.=

Teresa se volvió para el pueblo, lamentando su casi segura ausencia para cuando efectivamente se estrenase, porque - dijo - le sería muy difícil justificar en tan poco tiempo un nuevo viaje. Llegó por fin el día, y con él, mis padres, y mis amigos del teatro del pueblo, y Rik. Rik nunca había estado en Buenos Aires. Cuando una vez le había prometido que algún día le haría conocer la ciudad, no había pensado que su

presencia en Buenos Aires podía resultarme un fastidio. Por suerte, mi primo Manuel, que vive solo, aceptó alojarlo en su departamento.

En el momento en que salía para el teatro, llamó Teresa. Finalmente, había decidido viajar *para estar conmigo esa noche, como yo se lo había pedido*, pero dijo que llegaría al teatro *por sus propios medios*, porque presumía que yo estaría *demasiado ocupado* para ir a buscarla... aunque pensándolo mejor, como su presencia en el teatro podía brindar a mis parientes y conocidos *un espectáculo extra* que ella no estaba dispuesta a proporcionarles, y para no darme 'la oportunidad de desairar por segunda vez' a la amiga que iba a acompañarla (erróneamente, yo había creído que el incidente de Semana Santa estaba olvidado), y como ambas *detestaban* a la gente de teatro y *odiaban* los estrenos, se quedarían en casa, jugando a las cartas, y verían la pieza al día siguiente.

Recibí a los invitados y ubiqué a la gente. Pensaba sentarme junto a Teresa - que finalmente apareció con su amiga - para ver la función tomados de la mano, como lo hacíamos siempre que íbamos al cine o al teatro, pero la sala estaba repleta. En mitad del espectáculo, un señor mayor protestó, indignado por la *inmoralidad* de la obra, pero lo hicieron callar. Al final hubo muchos - *demasiados* - aplausos, y brindis con champagne que no sé quien había conseguido. El señor que protestaba chocó su copa con la mía, deseándome éxito. Después, fuimos a comer en una cantina y ocupamos una gran mesa. Yo no hablaba mucho, porque Teresa se había ido enseguida, diciéndome que *no perdiera el tiempo con ella*, y que atendiera a la gente *que realmente me importaba*.

Más tarde, acompañé a Rik a la casa de Manuel, que iba a volver mucho más tarde. Rik dijo que estaba muy cansado y que quería acostarse enseguida. Al despedirnos, rocé su mejilla. Hoy podría haberlo hecho a la vista de todos, sin que a nadie le llamara la atención, pero hace treinta años...

*Ahora es Manuel, quien se escandaliza - o finge escandalizarse - y pregunta a Teresa quien es ese señor que roza mi mejilla para saludarme con un beso. También a mí me llamó la atención, hace veinte años, cuando - después de mucho tiempo - volví*

*entrar a los camarines de un teatro para saludar a uno de mis antiguos compañeros que había insistido en aquella actividad a la que yo había renunciado, y vi que algunos señores actores se saludaban así, con toda naturalidad. Hoy se besan los políticos y los militares en los actos públicos; los jugadores de fútbol al término de un partido, los muchachos a la entrada y a la salida del gimnasio; los curas cuando se despiden de sus feligreses; los clientes antiguos - ya no sólo las clientas viejas - que agradecen una confianza o un asesoramiento de años, y los que vienen por primera vez. Un periodista conocido escribe con humor sobre el tema en un diario que no se caracteriza por su sentido del humor, y llega a preguntarse que significado oculto puede tener esta liberación de prejuicios, este superar rechazos o represiones que en alguna época parecían ineludibles u obligatorios. (Pienso en la postal que me envía una de mis mis tías abuelas para mi cuarto o quinto cumpleaños, deseándome felicidades 'con un fuerte apretón de manos'; y en mi duda acerca de cual debía ser el gesto para saludar a mi padre, a mi regreso de mi primera semana de vida universitaria en Buenos Aires. Hasta llama un poco mi atención ver en las viejísimas películas que veo por cable, como hace cuarenta o cincuenta años, las mujeres se saludan extendiendo una mano distanciadora). Hoy parece una descortesía no aceptar ese contacto aun cuando quien ofrece su cara es alguien a quien apenas conocemos, con quien no nos une sino una relacion remota o casual... ¿Habrá nacido esta costumbre del saludo cristiano que han agregado - supongo - después de esos concilios vaticanos cuya numeración no he seguido demasiado atentamente, cuando los curas, al terminar la misa dicen: -Démonos freternalmente la paz?. No sé si eso era todo lo que yo esperaba de Rik. En todo caso, fue lo que en ese momento tenía que ser. Un poco como aquel torpe beso que dí a Charo, muchos años antes. Durante un segundo, tal vez llegué a pensar que aquella piel tenía la calidez o la textura de la de Teresa.*

*Enseguida, me ví apartándome de él y me oí decir: -¿Qué estoy haciendo?- Y creo que él murmuró algo parecido.*

*Antonio le contó a Teresa que aquella noche Rik y yo habíamos dormido juntos. Él mismo Antonio me lo dijo. Cuando le pregunté porqué había inventado eso,*

me contestó: - ...para que se libere de una buena vez de ese amor absurdo que siente por vos y que no sirve para nada más que para lastimarla.

Volví a casa caminando. Amanecía. A media mañana llamé a Teresa, pero me dijeron que se había vuelto para el pueblo, y que no había dejado dicho nada para mí. Todo el fin de semana lo dediqué a mostrarle Buenos Aires a Rik. Fuímos una vez al teatro, y al cine, a ver 'La dolce vita', que estrenaron esa semana. Meses atrás, la madre de Gianfranco me contó que su prima de Italia le había escrito coméntandole el escándalo que allí había provocado la película, que - decía - era 'una perfetta immoralità'. Cuando la ví, confirmé mi sospecha de que la cosa no era para tanto. No mostraba nada demasiado más tremendo que lo que sabíamos sucedía a nuestro alrededor o en nosotros mismos. No estuvo tan desacertado Pepe Genovesi la noche de carnaval al decir que la decadencia pequeño burguesa había llegado ya a nuestro pueblo de mierda.

Estábamos comiendo en un boliche de la calle Montevideo, la noche del debut de mis actores provincianos en Buenos Aires. Mamá Sabalotti - que aunque no cumplía ninguna función específica iba con el grupo a todas partes - me dijo, simpática: -Con cada estreno cambiás de compañía. Espero que ésta te de más satisfacciones que la otra.

Al no lograr el éxito con que el cálido estreno y las generosas críticas nos habían permitido ilusionarnos, la cordialidad entre los miembros del equipo porteño y la de ellos conmigo se había esfumado. Por eso concedí de buena fe: -Si. Aquí, con ustedes estoy mas cómodo y contento- Pero Inés, que estaba sentada a mi lado y había advertido mi error, me cuchicheó al oído: -Está hablando de mí. Ahora, yo soy tu compañía, tonto.

Por lealtad a Teresa, quise aclarar el malentendido, pero buscando la manera de hacerlo sin molestar a Inés, dejé pasar el momento, y finalmente me dije: -¿Por qué tengo que dar explicaciones a Mamá Sabalotti acerca de mi vida sentimental?- En la otra cabecera, su hijo Mario - mi iluminador y sonidista - se hacía arrumacos con Bochi, que para no separarse de su flamante novio también había viajado para la brevísima temporada.

Diez días antes, Merceditas Pujol había venido a verme al estudio un poco desesperada. Se casaba al día siguiente, y recién advertía que cuatro o cinco de sus amigos más queridos no habíamos sido notificados. Había apartado las invitaciones para entregarlas personalmente, y con los apuros de último momento, habían quedado olvidadas en un cajón de su mesa de luz. Me sugirió me pusiese de acuerdo con Inés - otra de las involuntariamente postergadas, de cuya casa venía - para que fuésemos juntos a la ceremonia y luego a la fiesta, que sería *con todo* en una quinta de las afueras.

Pensé que Mercedes estaba muy atrasada de noticias (en realidad, casi no nos habíamos visto en los últimos años), y que había corrido mucha agua desde aquellas fiestas en su casa cuando yo empezaba a estudiar en la facultad, e Inés era casi siempre la única chica con quien bailaba.

Después me llamó Inés, para decirme que no fuese a buscarla: ella pasaría por mi casa, camino de la iglesia, así teníamos media hora *para conversar*...

Tela nos lanzó una mirada de reproche cuando nos vió llegar a la iglesia, justo en el momento en que los novios partían. Inés, a quien no veía desde la mañana de otoño cuando me presentó a Anthony Perkins, había querido contarme el final de aquella relación. Quince días atrás, él le había pedido, como recuerdo, mientras duraba lo que debía ser una breve separación, un anillo, un prendedor y una pulsera que habían sido de la madre de Inés. Pasados unos días, Inés había llamado a la casa de Anthony, y Mrs. Perkins le había informado que su hijo había partido de Buenos Aires con rumbo desconocido, sin dar fecha de regreso, dejando saludos para Inés, y un sobre. Inés temblaba, esperando que su padre le preguntara porqué no usaba las veneradas alhajas; hoy mismo, en el casamiento de Mercedes, una ocasión tan adecuada para lucirlas. Además... Habían pasado 'sus días', sin novedad. Inés pensaba que una de aquellas veces - una de aquellas *tres* únicas veces, aseguró, antes de ponerse a llorar - que se había 'entregado' a Perkins, podía haber quedado embarazada.

Un rato después, estábamos abrazados en el mismo sofá donde pocos meses antes la pobre Clara me consolaba. Reflexionó: -Sólo a vos se te ocurre: intentar empezar algo cuando te cuento que tal vez estoy esperando un hijo de otro- Pero fue Inés quien llenó aquel momento de una especie de excitado erotismo que me sorprendió y por un segundo me hizo pensar - estúpida, ingenuamente - que por fin había conseguido conquistarla. Besaba, mordía y me arañaba, como si me desease intensamente. Después, me acordé que alguna vez, hablando de la serenidad habitual de nuestros momentos de amor - tan diferentes de lo que yo había imaginado debían ser los grandes momentos de una gran pasión- Teresa me había dicho: -La gente que hace el amor lastimando está loca, o pretende engañar, o engañarse, cuando sabe que no ama de veras.

Ahora, Inés compartía conmigo el nuevo estreno. Me divertía - aunque no lo exteriorizaba - verla evitar palabras o actitudes que pudieran molestarme. De mi relación con Teresa sólo le había contado algunos de los pocos aspectos negativos - los

celos, los desplantes injustificados - que podía suponerse eran los que habían provocado nuestra separación, e Inés parecía no querer incurrir en esos mismos errores.

Yo le había prometido acompañarla a casa de Perkins a buscar aquel sobre que - en efecto, gracias a Dios - contenía tres boletas de empeño, y habíamos ido juntos al banco a rescatar las alhajas. (El otro problema de Inés había tenido un desenlace más rápido y sencillo. En casa, aquella misma tarde del casamiento de Mercedes. Al salir del baño - adonde pasó para retocarse el maquillaje deteriorado por las lágrimas y los besos - me informó, feliz, que acababa de tener la confirmación de que sus deslices no habían tenido las consecuencias que temía).

81

Inés volvió al pueblo, y yo me quedé a pasar la Navidad en familia, en Buenos Aires. Ni en una larguísima y aburrida Misa de Gallo, ni en la comida en casa de mi tía - donde se reiteraron lugares comunes, silencios, obligados brindis y encubiertas agresiones - encontré algo que diera un poco de encanto a la noche incolora. A las tres de la mañana me fui a casa de Agnés, que me había llamado a media tarde para saludar e invitarme a tomar una copa, 'una vez que hayas cumplido con los parientes'.

En la casa había unas veinte personas, ninguna mujer fuera de Agnés. Todos los huéspedes estaban preocupadísimos por la demora de un famoso bailarín en gira por Buenos Aires, que había prometido su asistencia y con quien todos pensaban podrían acostarse. El padre de Agnés me secuestró en el balcón para confiarme que empezaba a inquietarle el hecho de que Agnés trajese a casa sólo *esta clase de muchachos, seguramente excelentes*, pero a quienes no podía considerar seriamente como candidatos para su única hija, que estaba ya en edad de empezar a pensar seriamente en el matrimonio. Después me preguntó si me parecía que él era una persona anticuada por plantearse estas inquietudes, y si yo tenía novia.

Mi tío invitó para que fuésemos a pasar el 31 en el campo. Yo había tenido bastante con la cena de Nochebuena en casa de Clarita. Solo, como la víspera de Navidad del año anterior, vagabundé por el pueblo, saludando gente. En una esquina encontré al padre de Rik. Por Luis Alberto se había enterado de que yo estaba solo, e insistió para que fuese a comer a su casa. -Es nuestro último fin de año en el pueblo- dijo -¿Cómo no compartirlo con el mejor amigo que han tenido mis hijos aquí?- Había en la invitación una implícita intención de desagravio: -Está también mi cuñada de Córdoba. Desde que lo conoció, no hace más que hablar maravillas de usted.

Acepté -sin ganas- porque me dió un poco de pena por el viejo, tan emocionado.

Antes de la cena, tuve otro encuentro, callejero y casual. Con Teresa. No nos veíamos desde el estreno en Buenos Aires. Habíamos hablado una sola vez, a mi regreso de aquel viaje. Mi padre - que ante otro intento mío de explicarle mi relación con Teresa, me había respondido que una mujer capaz de hacer lo que ella había hecho es una mujer capaz de cualquier cosa - atendió la llamada y me tendió el teléfono. Como se quedó dando vueltas por ahí, si no estaba - como casi siempre - demasiado ausente, debe haber tenido la satisfacción de oír las palabras con que entonces sellamos nuestra ruptura.

Teresa estuvo afectuosa y tranquila. -No es necesario que nos evitemos- me dijo -Aunque no nos hablemos, voy a sentirme siempre tu mejor amiga- Me preguntó si iba a verme con Inés. Le dije que sí, y me mandó saludos para ella. Se habían conocido en un ómnibus, volviendo de Buenos Aires, y habían hablado de mí. -Es encantadora. Verdaderamente, una chica para vos -dijo sonriendo, como si no le doliera.

Rik y Luis Alberto me acompañaron a buscar a Inés, y nos fuimos para el club. Chino - el hermano de Inés - nos esperaba junto a su novia y a una vecinita suya, que en esos días cumplía quince años. Se suponía que Rik se arreglaría esa noche con esa chica.

Casi al mismo tiempo que nosotros, llegaron al club Antonio, Juanjo y la gente de esa barra. Y con ellos, Teresa, a quien habían invitado para que no se quedase sin



salir la noche de fin de año. Todos intercambiaron efusivos saludos; quizás demasiado efusivos, porque nunca supe que hubiera mucho trato entre la gente de uno y otro grupo. Tomaron una mesa junto a la nuestra. Teresa se reía fuerte, como si estuviera borracha, pero yo sabía que Teresa jamás prueba el alcohol. Bailaba con Juanjo y con Antonio. En medio de una pieza, se interrumpió la música: había que cambiar de pareja. Antonio, eufórico, dió varios besos a Inés que estaba conmigo, y se alejó bailando con ella. Teresa y yo dimos unos pasos, y la besé en la frente, sobre esos ojos que me miraban con tanta tristeza.

Fuí a comprar cigarrillos, y cuando volví a la mesa, Inés había desaparecido. Chino, muy simpático, bromeó: -Si no vigilás mejor a mi hermana, no te la voy a dar.

Juanjo - que como yo se había quedado solo - me llamó a su mesa. Teresa e Inés volvieron casi al mismo tiempo; Inés parecía un poco alterada. -Estaba borracho y decía que iba a hacer un escándalo si lo dejaba- explicó, sin nombrar a nadie. Después, como si recién se diera cuenta de donde estábamos, preguntó si podíamos quedarnos en esta mesa, que no era la nuestra. Juanjo - que había captado lo incómodo de la situación - invitó a Teresa a bailar, y le pedí a Inés que nos fuéramos, pero se negó. Teresa y Juanjo se despidieron - él dijo que la acompañaría hasta la casa - y nos quedamos, Inés y yo, bailando sin alegría, hasta que amaneció.

82

Me pidió que no la llevase a su casa directamente. Busqué el camino más largo y solitario para salir a la ruta. Había puesto su mano sobre la mía, y cuando cruzamos las últimas calles apoyó la cabeza en mi hombro. Una patotita nos gritó barbaridades. Me detuve en pleno campo, y estuvimos un largo rato acariciándonos, sin hablar.

Parecía dormida. Volví al pueblo, y al pasar por mi casa, paré el auto frente a la puerta del garage.

-¿Dónde estamos? -preguntó, sin abrir los ojos.

-En casa. Bajemos.

*( Tal vez no fue una grosería totalmente inútil la que cometió Rik cuando dijo a Susy Paolucci que no podía saber si realmente le gustaba una mujer hasta que no se acostaba con ella. La pasión que me había unido -¿que me unía?- a Teresa sólo adquirió su total intensidad después de la primera noche que pasamos juntos. ¿Por qué no permitir a Inés que tuviera también su posibilidad?).*

Intenté besarla, pero se retorció, escapándose. -Vamos. Vamos...- repetía riendo, histérica e infantil. Le di dos cachetadas, pero no eran como las que Glenn Ford le daba a Rita Hayworth en 'Gilda'. Las mías fueron frías, deliberadas y terapéuticas. Se calmó enseguida.

-Estoy haciendo un triste papel- le dije -Debí comprender que lo que necesitas es que te den una mano y que te escuchen. Un médico y no un galán romántico.

Inés no dijo nada y arranqué. Empezaban a pasar las viejas rumbo a la primera misa, y no tenía ganas de seguir dándoles material para sus chismes.

Inés volvió a decir que aún no quería ir a su casa. Sin mirarla, tomé por la avenida hacia la ruta, con el acelerador a fondo, y ella me preguntó: -¿Estás muy enojado?

Era la misma pregunta que, en una circunstancia parecida y diferente, me habías hecho. Al salir de casa de los Macayi, después de un ensayo, también corría hacia la ruta, con toda mi bronca porque me celabas con Clara o con alguna de las solteronas, probándome así que era muy poco lo que me conocías; que no te dabas cuenta - ¿o sería que preferías hacer como que no te dabas cuenta? - que eran otra la persona y otras las circunstancias que podían poner en peligro nuestro amor.

Dijiste esas palabras, y terminamos - como siempre - reconciliándonos uno en brazos del otro. Hoy no estás conmigo, mi querida, mi muy querida, y te imagino sola, en esta primera mañana del año, mientras entro con Inés a uno de los bares de la ruta, donde algunos de quienes nos han visto hace unas horas en el baile nos saludan, simpáticos pero a la distancia, como temiendo irrumpir en la romántica intimidad de una relación que - suponen - por fin, después de tanto tiempo, se ha concretado.

Luis Alberto me arrancó de la cama para obligarme a que lo acompañara al club. Traía un libro de Kerouac, de quien se consideraba una especie de discípulo. Leíamos junto a la pileta, cuando apareció Rik. Se había puesto de novio la noche anterior, en el baile. Marga y su pasado de seductor quedaban atrás. Le mostré el párrafo que acababa de leer, acerca de la importancia y el riesgo de elegir. -Siempre tenés algo interesante para enseñarme- dijo. Y enseguida se puso a hablar del poco tiempo que le quedaba en el pueblo; de lo maduro de su actitud, al haber aceptado sin protestar que fuese Gianfranco quien hiciese en la capital el papel en el que competían. (-Hubieras tenido mucho mejores críticas si hubiese trabajado yo, en lugar de permitir que él fuese a arruinar tu obra - dijo, pero confesó que se había autoimpuesto este renunciamento con la esperanza de que cuando yo no tuviese nada más importante que hacer lo invitase a un segundo viaje a Buenos Aires; su papá y su mamá no se opondrían a que se fuese un fin de semana, si era conmigo. Habré traicionado algún gesto de impaciencia, porque se disculpó y se fue a molestar a su hermano, que lo echó enseguida. Al rato estaba en lo alto del trampolín, rodeado de chiquilinas que festejaban sus payasadas).

Después llegó Inés que - casi sin saludar - se acostó a mi lado - dócil, perruna - pero esto no me dió ni alegría ni tristeza. Nico Sorazzi se acercó a saludarnos, y desaprobó afectuosamente ( -Esas lecturas... Esas lecturas..) el libro que yo leía. Era el 'Consumatum est' de Gide. Casi sonriendo le contesté: -Inés me lo prestó. Por culpa de ella estoy en eso.

Más tarde, en el auto, ella murmuró: -Es uno de esos días en que me tomaría un frasco entero de pastillas para dormir.

-Podrían hacerte mal- sugerí.

-Quiero que me hagan mal- contestó.

Al llegar a su casa, me pidió que diéramos una vuelta más, y dijo: -Anoche, antes de salir para el baile, papá me preguntó cual era la situación con Carlos. (Carlos es el verdadero nombre de Anthony Perkins) Le dije francamente que eso estaba terminado. Después me preguntó cual era la situación con vos. Has estado actuando inteligentemente, inclusive esta mañana, cuando me pegaste: posiblemente es lo que yo necesitaba. Pero enseguida dijiste esa estupidez del médico. Si no la hubieras dicho, yo hubiera bajado.

Luego agregó: -Hay algo más que me cuesta decirte, y de lo que de alguna manera ya hemos hablado. Con Carlos, nunca, ninguna de las tres veces - volvió a remarcar - sentí placer. Me doy cuenta de que le tengo terror a... Bueno... Al acto de amor. Si alguna vez nos casamos, vas a tener que ser muy paciente. Tenerme mucha confianza. Quererme mucho.

Renuncié a mis defensas. Estábamos de nuevo detenidos junto al camino, en medio del campo. Nos abrazamos y nos besamos, y mientras volvíamos para el centro, discutíamos: cada uno quería tener para sí toda la culpa por haber demorado tanto este encuentro.

-Bueno. Ya está todo olvidado - dije, refiriéndome a todo lo que había sucedido, pero especialmente a lo que no había sucedido aquella mañana. Y de pronto, me reí. Inés me miró y le pregunté: -¿Sabés por qué me río? Y ella me contestó: -Por supuesto. Ni vos ni yo nos olvidamos nunca de nada, pero se supone que eso es lo que quedaría bien decir en un momento así.

Tela tiene razón. Pocas veces se habrán visto dos personas tan semejantes como somos Inés y yo. En muchos aspectos su cabeza funciona como la mía. Eso ha llevado a mucha gente - quizás hasta a mí mismo - a suponer que podríamos constituir la pareja perfecta. Ahora, no estoy tan seguro de que las cosas funcionen matemáticamente así.

Paramos en el departamento de mi familia, que estaba veraneando en Chile. Luis Alberto nos dió una lista de los museos y galerías que Rik debía conocer. Agregué, por mi cuenta, una muestra de reproducciones de Modigliani. Rik tenía cierto aire a los personajes del pintor.

Una noche, después del teatro, en un restaurante que frecuentan los actores, encontramos - por casualidad - a mi primo Manuel. Está con su amigo peluquero, que importa hechizos y amuletos de Brasil. Mi pariente nos informa que ha decidido *asumirse*, y que en una gran fiesta presentará a la parentela al peluquero con quien piensa convivir hasta que la muerte los separe. Rik me mira, con ojos redondos de asombro, como preguntándome si lo que está oyendo va en serio.

Veo una rubia hermosísima; un segundo después la reconozco: es Agnés. Nos acercamos a saludarla. Está con dos mariquitas que nos miran con codicia. Rik - vanidoso, tal vez inconciente del interés que ha despertado - habla de sus logros artísticos, y señala que me debe parte de ellos. Agnés -que no ha olvidado mis confidencias - me dice en voz baja : -Tenés muy buen gusto. Y me parece que la cosa es recíproca.

Dormimos en camas gemelas, separados por un pasillo angosto. Rik se tapa la cabeza con la almohada, porque le da en los ojos la luz que - con total descortesía - mantengo encendida hasta muy tarde. Leo, tratando de distraer a los demonios que las palabras de Agnés han despertado.

Salimos a desayunar. Es casi mediodía. Rik me señala una linda morocha que nos mira, sonriente y descarada. Lo desafío a que se la atraque, y riendo, me pregunta si de veras creo que existen los levantes callejeros. Le digo que me espere en casa, y diez minutos después le hablo por el portero eléctrico: -¿Querés que almorcemos con ella?

No es una puta. Es una turista brasileña. Está de paseo con su papá, y se casa dentro de un mes.

Eronilde nos acompañó en nuestras andanzas culturales, y esa noche durmió con Rik. Agnes - que se presentó en casa sin previo aviso - no pudo entregarme su virginidad como lo había planeado: una inesperada indisposición (provocada, según ella, por la excitación que le causaba su proyecto) la incapacitó para llevarlo a cabo. Pasamos la noche en la cocina, hablando de Dios, en Cuya Existencia Agnés no creía (aunque, por un hábito adquirido en la infancia, seguía yendo a misa); del amor, de la responsabilidad, del sexo. Del aborto, para Agnés, simple eliminación de un coágulo del cuerpo de la mujer, único árbitro de lo que se hiciera con algo que exclusivamente le pertenecía.

Eronilde nos dijo que podíamos pasar unos días en Río, en el departamento que su papá le había regalado y que nadie visitaría hasta que ella lo estrenara, su noche de bodas. La única condición era ser discretos. No comprometerla.

Cuando Rik y yo volvimos al pueblo, la familia de Teresa viajó a Córdoba, y se reinició nuestro romance. Una tarde, en su casa, en la cama, le conté - en versión ligeramente expurgada - mis andanzas con Rik en Buenos Aires, inclusive la invitación de la brasileña. De alguna manera, estaba pidiendo permiso a Teresa para aceptarla. -Andá -me dijo- Cuando vuelvas, hablaremos de lo nuestro. Definitivamente. ( Yo también pensaba que era hora de hablar definitivamente de lo nuestro).

*Antes del viaje, se casó una de las hermanas de Antonio. y hubo una gran fiesta. Las fiestas en casa de Antonio eran siempre divertidas. E inocentes. Bailábamos. Jugábamos a las prendas. Esta vez, bailé sólo con Teresa. Pienso que la madre del novio fue muy injusta cuando comentó que la nota la habían dado la puta y el degenerado. Es decir, Teresa y yo. No creo que nuestros bailes hayan sido muy escandalosos. No más que los de los demás. Mucho menos que los de Marité y Gabriel en el club, un año antes.*

Me sentía muy enamorado de Teresa, y me daba un poco de angustia separarme de ella, aunque fuera por unos pocos días. Quizás a ella le sucedía lo mismo. Tres días después, me iba a Brasil. Con Rik.

85

Lo pasamos bien en Brasil, aunque Eronilde se escabulló después del primer contacto. Seguramente se dió cuenta de que aunque nosotros nos comportásemos tan discretamente como ella nos lo había pedido, ella no había estado demasiado discreta en su paseo por Buenos Aires, y menos aún invitándonos a inaugurar su departamento en Copacabana.

Fuimos a la playa. Vimos los desfiles de Carnaval. Ante la indignación de Rik, y porque Antonio me había recomendado no perder el espectáculo, insistí para que nos arrimásemos al teatro donde se reunían en su baile anual travestis venidos de todo el mundo. En aquellos años, en la Argentina, no hubiéramos imaginado una cosa así. Desde la vereda, los vimos llegar, lujosamente ataviados, en grandes limousines. Entonces, Rik quiso que entrásemos, pero esto había bastado para saturarme. No sé cómo fuimos a parar a un tugurio sórdido, donde una negrita joven, menudita y semidesnuda, dirigía una rueda de bailarines que giraban monótonamente en un diminuto tablado. Rechazamos el asedio de una prostituta negra que ofrecía cobijarnos bajo su paraguas, una noche de lluvia en Cinelandia. Rik se levantó una chica, y yo me acosté con ella, mientras él tomaba jugo de ananá con un grupo de muchachos de su edad y de mi edad de quienes nos habíamos hecho amigos. Yolanda era dulce, delicada. Muy distinta de Eronilde. Como ella, también estaba por casarse. Conocimos a su novio, un negro buen mozo, simpático y correctísimo, con quien - espero - habrá sido feliz. Yolanda me escribió una vez, y me mandó su foto 4x4, tipo documento. Era una

chica seria, maestra, de las que después de acostarse con uno, dicen: -¡Quién sabe que estará pensando ahora usted de mí!

La última siesta, en Sao Paolo, uno de los muchachos que habíamos conocido en Río ofreció llevarnos a un burdel que frecuentaba, a veces con su padre, un escritor famoso. Esquivamos el compromiso, y esa noche, en el hotel, Rik me confesó que para él hubiera sido una experiencia nueva, y que no estaba seguro de que le hubiera gustado vivirla. Habló, agradecido, de todo lo que había recibido de mí, inclusive este viaje, y empezó como a disculparse por no haberse comportado a la altura de lo que suponía eran mis expectativas. Tuve la sensación de que esperaba una palabra mía para cambiarse de cama. Antonio diría que fuí un estúpido, y vos, Angel... Ni siquiera estoy muy seguro de que puedas acreditarlo en mi activo. Quizás más que un acto de noble y virtuoso renunciamento, fue una actitud soberbia que me permitió sentirme superior a mí mismo. O tal vez hubo un poco de cobardía, el temor de que despojada del misterio y la expectativa, la ilusión dejase lugar a una realidad vacía, inconsistente. Se dice que hay dos formas de no tener algo: muchos podrán decir que elegí la manera más tonta de no tener.

Dije: -Terminála. En unos días, te vas del pueblo. Si nuestra amistad fue tan importante, nos escribiremos... por un tiempo. De a poco iremos dándonos cuenta de que tenemos menos cosas para contarnos, menos ganas de vernos y finalmente, nos olvidaremos de que fuimos amigos, aunque quizá nos preguntemos - yo me pregunte - si de veras alguna vez sentí algo por vos; si te quise tanto como para pensar más en vos que en mí mismo, lo que - de haber sido cierto - hoy pienso tal vez haya sido una imperdonable pelotudez...



Al día siguiente, en el avión - y antes, y después - Rik estuvo silencioso y mustio. Seguramente no le gustó lo que le dije en el hotel. Tampoco yo estaba contento, porque lo que había dicho no era exactamente lo que hubiera querido decir.

Cada barquinazo del avión me llenaba de propósitos de enmienda, y fué así como sucesivamente prometí a Dios - o a mí mismo, personas y conceptos que en ciertas circunstancias solemos confundir - : a) que si sobrevivía, no me permitiría más devaneos con mi compañero de viaje, así fuesen tan castos y puramente mentales como lo habían sido hasta entonces; o bien: b) que rompería definitivamente con Teresa, y me casaría con Inés, para constituir un hogar ejemplar, semejante al de Santa Isabel de Hungría o al que planeaba fundar mi amigo Nico Sorazzi si algún día llegaba a casarse; o bien: c) romper definitivamente con Inés, y *cumplirle* a Teresa, como decían yo no pensaba hacer algunas viejas siniestras y acriolladas amigas de la madre de Teresa, que usaban ese modismo que yo antes nunca había oído. O bien (en los momentos en que las sacudidas del aparato me hacían temer que llegábamos al final de nuestro viaje, y no precisamente en el aeropuerto de Buenos Aires.): d) romper con todo el mundo, e ingresar en alguna orden de clausura en la cual el silencio fuese la regla. Por ejemplo, la Trapa.

87

*El avión aterrizó - normalmente - en Ezeiza; Rik se fue para el pueblo, y yo me quedé dos o tres días en Buenos Aires. En el tren, me encontré con un compañero de servicio militar a quien no veía desde que habíamos salido de baja. Se había casado, desafiando una encarnizada oposición familiar porque su mujer era mayor que él y tenía un hijo de un matrimonio anterior. Era feliz. Me sentí un patético solterón de veintisiete años, condenado a perpetua soledad. El inesperado juego de espejos me animó a hablarle de Teresa. Él sabía más de mi vida que yo de la suya, pero era de los*

*que creían que Inés había sido mi novia-de-toda-la-vida, y que seguía siéndolo. Tras escucharme, pronosticó: -Te vas a casar con Teresa, y van a ser muy felices.*

La primera persona con quien me topé al llegar al pueblo fue Luis Alberto. Por su hermano sabía lo bien que nos había ido, pero quería mi versión sobre el viaje, y saber por cual de los dos amores que él consideraba viables - Teresa o Inés - me había decidido. Le dije que había decidido trazar una raya y empezar de cero. Solo.

Aprobó mi decisión. -Un artista debe vivir sus experiencias y preservar su libertad- me dijo. Por eso, había permitido a Juanjo algunas intimidades (cuyo alcance no precisó), y había iniciado una relación con una gorda millonaria que él mismo Juanjo le había presentado. -La gorda es un poco horrible - aclaró - pero uno o dos polvos forzosos por mes no me resultan un precio demasiado alto para todo lo que pienso sacar de ella. Tiene importantes vinculaciones internacionales, inclusive con la guerrilla, con cuya ideología - como sabés - siempre me sentí bastante identificado.

Llamé a Teresa. Estaba en Buenos Aires, y no sabían cuando volvería. Me cité con Inés, y llamó Teresa, que llegaba en ese momento. Salí con Inés, y convinimos que lo nuestro era cosa terminada. Me pidió que pasáramos por mi oficina para buscar un libro ( había decidido reiniciar sus estudios de derecho), y terminamos abrazados y besándonos en el sofá de la sala de espera. Me pareció oportuno y conveniente pasar a mayores, pero cuando lo intenté se resistió salvajemente, esgrimiendo de nuevo la enfermante vocecita infantil de la madrugada de primero de año. Creo que fue entonces cuando tomé mi decisión respecto de Inés, en sentido contrario al fijado cinco minutos antes.

La llevaba en el auto para dejarla en su casa, cuando en una esquina divisé a Teresa, que conversaba con Juanjo. No podía desviarme. Pasamos junto a ellos, y nos vieron. Cuando un rato después fui a buscar a Teresa (que no había reconocido a Inés, porque durante mi ausencia Inés había cambiado de peinado y se había convertido en rubia), Teresa me dijo: -Sabía que todo estaba terminado desde el día que me dijiste que te ibas a Brasil.

Esto sucedía un miércoles o un jueves. El domingo hicimos el amor con Teresa, casi ferozmente. -Nunca me sentí tan usada- reflexionó después, amarga e injusta. Había participado del encuentro con igual vehemencia, parecía haber logrado satisfacción no menor que la que yo había logrado.

Después, nos fuímos juntos a misa, como lo hacíamos regularmente desde que nos conocimos. Y juntos nos vió la hermana de Inés, que se lo contó a ésta. E Inés explicó a su hermana que aunque ya no había nada entre Teresa y yo, seguíamos siendo muy buenos amigos, y que por eso no tenía nada de raro que fuésemos juntos a misa. Ines me llamó para contarme todo esto, y que su papá le había vuelto a preguntar por el extinto Anthony Perkins, y que habiendo ella ratificado su definitiva defunción, el papá le había preguntado que significaba yo en su vida, en la de Inés, a lo cual ella había contestado que en ese momento, yo era objeto de estudio. Inés no sospechaba que yo ya no tenía interés en ser estudiado por ella, ni en estudiarla en ninguno de sus aspectos.

Con Inés salí todavía cuatro o cinco veces más, casi siempre con el santo de Gianfranco, a quien yo retenía hasta el último minuto para no tener que quedarme a solas con ella y verme obligado a alguna sesión de explicaciones para lo cual no me sentía con ánimo... Alguna vez con Nico Sorazzi, que la miraba con ternura; con Rik y su chica, que no me mostraba ninguna simpatía, y en esos casos, con Chino y su novia, a quienes muy formalmente les habían confiado la seguridad de la muchacha. Rik me contó que los padres de ella no estaban muy contentos de sus salidas con nosotros: decían que Rik tenía trato con gente de dudosa moral, pero Rik me aseguró que ni por pedido de su novia aceptaría renunciar a nuestra amistad.

Teresa me propuso que nos fuésemos a pasar unos días a Montevideo, me negué y Antonio aceptó acompañarla. Nuestra relación duraba ya poco más de un año y era tan notoria que mamá debe haber comprendido que era absurdo aparentar que la ignoraba. -Se va con otro hombre, y vos, tan tranquilo- me decía.

*El hermano menor de mamá, después de quince años de noviazgo, había transigido por fin con el matrimonio, y mi reciente tía me había explicado porqué a los pocos días de casada había escandalizado a la familia, permitiéndose un viaje con un antiguo amigo: -Es como si lo hubiera hecho con otra señora- me dijo, bella frase que podría haber tomado prestada para responder a mi madre, aunque no lo hice.*

Teresa andaba visitando fabricantes y mayoristas uruguayos, procurándose mercadería para su negocio; también - lo sabría después - pactando con el San Antonio de la ermita de Piriápolis mi posesión definitiva. Yo había prometido a Teresa que esperaría su regreso en Buenos Aires. Fue en esos días cuando me acosté con Silvana.

La recuerdo parecida a Bochi, pero tal vez sea una trampa de mi olvido-memoria que las confunde. Estudiaba psicología, y no sé quien la invitó a nuestro pueblo el invierno anterior para que -como a bichos de laboratorio - nos observara en nuestro habitat, y recogiera datos para ciertos estudios sobre la conducta humana enfocada desde la sexualidad, que preparaba como tesis para su doctorado.

Luis Alberto - ¿o fue Antonio? - que ya la conocía de no sé que congreso estudiantil, decía que había esperado nuestro encuentro.-Silvana y vos son dos potencias seductoras, circundadas por planetas y satélites que- conciente o inconcientemente - aspiran a poseerlos o a ser poseídos por ustedes. ¿Qué va a pasar cuando los ejes de esos dos sistemas se crucen?

No pasó demasiado, a pesar de que Teresa - viendo la reacción que produjo la aparición de Silvana en la mayor parte del elemento masculino que nos rodeaba - dijo que todos parecíamos perros calientes detrás de una hembra alzada. En aquel momento, yo estaba demasiado ocupado con los ensayos, los dramas en mi casa y la larga serie de

revelaciones, aclaraciones y rectificaciones que había desencadenado Antonio la noche en la que, con una gran sonrisa en su cara redonda y colorada me dijo: -Ya Rik lo sabe todo. Yo se lo conté...-, para pensar en este personaje de quien, es cierto, todos hablaban, pero a quien no me interesaba demasiado conocer.

Cumplía ese día veintidós años - la mayoría de edad legal en aquel tiempo - y había decidido estrenar conmigo el diafragma que su ginecóloga le había entregado meses atrás, tras haberle hecho prometer que no lo usaría hasta no tener la plena madurez que le permitiera disponer de su cuerpo con total conciencia y responsabilidad.

Por Antonio - con quien ya se había acostado - Silvana sabía vida y milagros de todos y cada uno de nosotros, claro que a través de la óptica de su informante. (En nuestro primer encuentro, había asumido hacia mí y hacia mi *problema* con Rik una actitud maternal y moralista: -No tenés derecho de iniciarlo en algo que vos sabés sólo le va a ocasionar angustias y remordimientos).

También en esos días habló con Rik, ignoro en que términos, pero él me contó que había quedado muy impresionado por la *inteligencia*, la *ternura* y la *sensibilidad* de Silvana. A los pocos días se encontraron en Rosario, adonde ella accedió a acostarse con él, como ya lo había hecho con Luis Alberto. A mi, Silvana no me daba ni frío ni calor, pero no me pareció cortés negarme cuando llamó para decirme que estaba en Buenos Aires y me propuso que nos viéramos.

Estuvimos en un hotel por horas, y allí me contó que cuando fue a aquel baile casi un año atrás, había sido pura y exclusivamente para conocerme. Que se había acostado con Rik como una manera simbólica de llegar a mí, inalcanzable tras las murallas representadas por los ensayos, mis actores, mi profesión alimenticia, Teresa y hasta el mismo Rik. Que ante la imposibilidad de conseguirme, se había entregado a la abulia y al desencanto... Hasta había pensado aceptar seriamente los galanteos de una amiga lesbiana a cuyos requerimientos venía negándose desde tiempo atrás, pero ahora - con la ayuda de su psicóloga y tras algunas experiencias que no detalló - había llegado a la conclusión de que lo que verdaderamente le gustaba eran los hombres, y de entre todos ellos, yo. Dijo que podríamos vernos regularmente, porque viajaba a Buenos

Aires todas las semanas, y antes de separarnos me dió su dirección y teléfono, aquí, en Rosario y en Santa Fe, 'porque no tenemos que dejar que esto tan lindo se termine'. La dejé en una boca de subterráneo y rompí el papelito con sus datos. Creo que fué la última vez que sentí que había sido infiel a Teresa.

90

Una tarde, apareció Haroldo por la oficina. Hacía diez años que no nos veíamos. Me invitó al banco de la plaza donde íbamos a sentarnos a ver pasar a las chicas, y a charlar de futuros que sólo en parte se habían cumplido.

Ese día hablamos poco. Hubo largos silencios. En un momento, dijo: -No quiero casarme- Y después de una especie de gemido: -¡Qué distinto sería si la que nos está esperando para saber que aceptás ser nuestro padrino no fuese Anahí!

Fuí compañero de Anahí en el Nacional. Cuando me hice amigo de Haroldo, ella me contó que estaba enamorada de él. Muchas veces la vi llorar, porque en ese tiempo él vivía su casi cinematográfico noviazgo con Teté, y ni siquiera parecía darse cuenta de que Anahí existía. Me daba pena por Anahí: su papá había muerto en un accidente, y ni siquiera tenía hermanos, pero no me parecía bien hablarle a Haroldo de ella, que supongo era lo que ella esperaba de mí.

*La tarde que Haroldo se iba del pueblo, lo acompañé a cerrar la casa y a devolverle las llaves a la dueña - los padres se habían ido más temprano - y después, con Teté, a la terminal. Habían estado peleados un mes o dos, y fue entonces cuando él se vió algunas veces a solas con Anahí, y supongo que fue entonces cuando ella aprovechó para hacerle saber lo que sentía por él. Esto no quiere decir que se hayan puesto de novios en ese momento. El me dijo que no dejaba ninguna chica esperándolo en el pueblo, y creo que no mentía. Le había dicho a Teté que sería mejor que los dos se considerasen libres hasta que se viera cómo los afectaba esta primera separación, después de seis años de noviazgo en que no habían estado sin verse ni siquiera un día completo. Ni Anahí ni Haroldo me contaron qué había sucedido en aquellos encuentros, ni Haroldo - ¡por supuesto! - habló de ellos con Teté, pero en la Terminal,*

*en un momento Teté se levantó para ir al baño, y él alcanzó a cuchichearme que le parecía que Teté sabía - o adivinaba - que él había estado con la otra.*

*El ómnibus partió, y Teté me pidió que me quedara un rato con ella. Fuimos al bar, lloró un poquito, y se disculpó por esas lágrimas que - dijo - ante ningún otro se hubiera permitido, pero que sabía cuanto me apreciaba Haroldo y que yo nunca le contaría a él de esta aflojada de ella. También me comentó - casi como si estuviera hablando de una historia ajena - que ella estaba segura de quererlo, y de que él también la quería, pero ella no sabía como proceder ante la actitud de él en los últimos días.*

*Me gustó Teté. Nunca había hablado antes con ella. Descubrí que era orgullosa, en el mejor sentido de la palabra. Quiero decir que tenía dignidad. Me pareció sincera, y que tenía razón cuando decía que Haroldo la quería. Yo había pensado lo mismo al ver la despedida. Y que de las dos, ella era la que más le convenía.*

*Le dije que podíamos ser amigos. En pocas semanas - a más tardar en unos pocos meses - yo estaría viviendo en Buenos Aires, viajaría con cierta frecuencia y de algún modo me ofrecí para hacer de mensajero entre ellos. Ya no pensaba - como unos minutos antes - que por el solo hecho de estar allí estaba casi traicionando a mi amiga Anahí.*

*No volví a ver a Teté. Supe que unos meses después se fué del pueblo. Definitivamente. No tenía parientes verdaderos. Mi abuela contaba que a Teté la había criado una vieja señorita rica, a quien se la regaló la madre, una sirvienta de paso que dió a luz mientras trabajaba en esa casa. Dicen que Teté se fue a vivir a Estados Unidos, donde hizo carrera como ejecutiva en una empresa importante, que nunca se casó y que tuvo consigo a su madre adoptiva hasta que la vieja señorita murió, casi centenaria.*

*Acepté ser padrino, estuve en la fiesta de casamiento - muy íntima, yo uno de los poquísimos invitados que no era de ninguna de las dos familias - comí una vez en casa de ellos, y no volví a verlos. A Anahí le gustaba vivir en el pueblo. Tenía vocación de esposa y de madre, aunque tuvo que esperar casi doce años para tener su único hijo.*

Al terminar el secundario e irse con su familia a vivir a Buenos Aires, Haroldo pensaba estudiar una carrera que le permitiera evadirse del destino de empleado público que heredaría de su padre. Anahí lo convenció de que no valía la pena fantasear destinos imposibles, y de que era mejor que se quedaran en el pueblo, adonde de algún modo consiguieron a él lo trasladaran poco antes de casarse. Más tarde, Haroldo se hizo viajante de comercio, y otro viajante, compañero suyo, a quien Teresa compraba bijouterie para el negocio, me contó esas cosas, como también que al chico le habían puesto mi nombre, porque yo había sido su mejor amigo, el más importante, el modelo a quien Haroldo hubiera querido parecerse. Como a los muchachos del pensionado, a este viajante le había sorprendido que Haroldo y yo, que aparentemente tan pocas cosas teníamos en común, hubiésemos sido *tan* amigos en el Nacional. Otra vez, en un momento en que Teresa me dejó a solas con él, me dijo que una noche que compartía con Haroldo el cuarto en un hotelucho de un pueblo cercano, habían terminado los dos en la misma cama. A este viajante nunca le había preocupado demasiado ocultar sus inclinaciones - el pobre apareció después ahorcado dentro del placard de su departamento, en Buenos Aires y nunca se supo quien lo mató - pero de Haroldo, yo nunca hubiera imaginado una cosa así.



Teresa volvió de su viaje con mercadería para su boutique, un encendedor muy bonito y caro para mí, y la firme resolución de terminar nuestra relación. Durante varios días no pasó nada entre nosotros. Una tarde que estábamos solos en su casa y que se mostraba especialmente agresiva, la tomé casi violentamente. Después, estuvo dulce y tranquila. Ante mi comentario, casi de mal gusto (-¿Viste? Era eso lo que estabas necesitando-), me contestó: -Fue un desliz sin consecuencias- Pero las tuvo.

No sé si Teresa estaba dispuesta a repetir lo de la vez anterior. ( En los últimos meses, yo había aprendido con un poco de asombro que muchas mujeres - incluso las que iban a misa; las casadas; una empleada de la oficina; una de aquellas que se sentían amigas de Teresa sin que ella les reconociese la calidad de tales - abortaban y hablaban de sus abortos casi con la misma soltura con que uno cuenta que fue al dentista para arreglarse una muela). Yo no quería que volviéramos a cometer lo que los dos considerábamos un crimen. Dije a Teresa que nos casaríamos, e intenté hablar con mis padres. No quisieron escucharme, pero me habían oído, y movilizaron a cuanta persona suponían podía disuadirme, para que hablase conmigo. A Rolo. Al padre de Rolo. A uno de los curas del pensionado. A Inés, que tuvo el buen tino y la honestidad de decirles que ella no sabía nada del asunto y que en todo caso yo era el único dueño de mi vida. A Mechita, que - convocada para que interpusiera la influencia que por nuestro bien conocido recíproco afecto suponían podría ejercer sobre mí - me advertía que sin duda lo único que me ligaba a Teresa - a quien aun no conocía - era el pito.

Hablaron hasta con conocidos y casi desconocidos con quienes hacía años yo no trataba, que me hicieron saber los habían convocado. La mayoría se mostraban prescindentes (era lógico); algunos - los menos - solidarios, aunque sin asumir compromisos que por otra parte yo no pedía. Gabriel Ranni - el único a quien yo había permitido conocer las circunstancias de este momento - me sorprendió con el anuncio de que se disponía a iniciar su carrera política; juzgando que Teresa tenía *demasiados amigos* de orientación sexual *demasiado confusa* como para que me conviniera convertirla en mi esposa, me ofrecía hablar con la partera que lo había ayudado en ocasiones parecidas, para que yo pudiera evitar un casamiento que no sólo ocasionaría

la muerte de mis padres (que no podrían sobreponerse a un golpe semejante), sino que me impediría cumplir con los altos destinos a los cuales me debía, porque - según él - era mucho lo que de mí esperaba la Patria.(!)

92

La familia de Rik partió un día cualquiera, al final del verano. Como Haroldo diez años antes, Rik fue el encargado de entregar las llaves de la casa. Sus padres y Luis Alberto se fueron más temprano, con las valijas y los muebles. Habíamos convenido que yo lo acompañaría hasta la terminal, donde tomaríamos un último café. Pasó a buscarme por el estudio, pero yo tenía varios clientes esperándome, y aunque los ómnibus corrían casi de hora en hora, Rik tenía miedo de que sus padres se preocuparan si él demoraba en llegar. Traté de sentir una pena especial, el desgarramiento que había imaginado sentiría cuando llegara el momento de separarnos, pero creo que lo que realmente deseaba era que se fuera de una vez, para poder seguir con mi trabajo del día, y -quizás- para que finalmente cada uno estuviese en el sitio que le correspondía.

Después llegó Juanjo, con una cara tan descompuesta que pedí me permitieran atenderlo sin hacer caso de turnos. En mi escritorio, Juanjo se puso a llorar. Quería contarme que lo que él suponía Rik había significado para mí un año y medio atrás, había significado Luis Alberto para él. Entre ellos había pasado mucho más que entre Rik y yo (yo ya lo sabía por Luis Alberto), pero eso no había modificado lo ambiguo de la relación. Me obligó a leer una carta patética, suplicante y humillada, que jamás yo me hubiera permitido escribir. Había pasado la noche reescribiendo y puliéndola hasta quedarse dormido. Al despertar, sobresaltado, corrió para entregársela a Luis Alberto, encontró la casa cerrada, y una amable vecina le informó que el último lugar por donde pasarían los chicos antes de partir sería mi oficina. Le expliqué que Luis Alberto se había despedido de mí la noche anterior, y él mismo había visto partir a Rik diez

minutos antes. Le ofrecí llevarlo hasta la terminal, para que le diese la carta a Rik, y le encargase la entregara a su hermano, pero no aceptó. Dijo que seguramente yo seguiría viéndolos, y me hizo depositario de la carta, pidiéndome que en algún momento la pusiese en manos de Luis Alberto. Después, más tranquilo, reflexionó: -Creo que elegiste mejor, o tuviste más suerte que yo. Luis Alberto es un hijo de puta, mientras que Rik es una buena persona. Es posible que vos lo olvides, pero a él le va a ser difícil olvidarte. Le diste mucho, y creo que nunca va a poder desprenderse de todo lo que aprendió con vos

## 93 EPÍLOGO

Oigo el comentario de Adolfina: -En estos casos, siempre me pregunto quién hace el papel de hombre y quién el de mujer- y me pregunto porqué se preocupará de estas cosas que a sus ochenta y dos años - la edad que hoy tendría mamá si viviera - deberían serle ajenas. Hay que ser paciente con los viejos. Debo a nuestros parientes la satisfacción de haberles oído decir lo bien que mis hermanos y yo nos hemos portado con mamá hasta el final, a pesar de lo mala que ella había sido con nosotros. Como Adolfina, se están metiendo en lo que no saben, no entienden y no les importa, y ponen en el comentario - en el caso de ellos, aparentemente benévolo - su puntita de veneno.

Mi hermana se siente profundamente ofendida, y dice que no va a recibirlos más en su casa. Yo pienso que la de ellos no es sino una de las tantas formas en que se exterioriza lo peor de la condición humana, falible, mediocre, mezquina. Si buscamos en nuestros ojos, encontraremos sin duda en ellos vigas mayores que las pajas que nos molestan en los ajenos.

Adolfina es tía - o prima - de Teresa. Hace treinta años que nos conocemos, y no estoy muy seguro de como es el parentesco, pero eso es porque no presto atención cuando me lo explican. Son cosas que no me interesan.

Adolfina sigue hablando, con ese modo brillante y simpático que siempre me hace pensar que nunca se preocupa por nada, que no tiene penas. Y sin embargo, debe tenerlas. También en su casa han pasado cosas terribles. Bueno, cosas que yo considero terribles: un marido jugador, un hijo alcohólico, una hija que se divorcia después de veinticinco años de matrimonio... Estoy seguro de que a esa muchacha le hubiera gustado ir a la cama conmigo. No hace mucho se lo comenté a Antonio. Me contestó que - conciente o inconcientemente - buena parte de la gente que me conoce, en sus fantasías, se acuesta conmigo. Antonio piensa que ella es como él, de las que no reconocen barreras para satisfacer sus apetitos y dice que siempre la consideró una réplica femenina suya.

Me pregunto si la amistad de Antonio por mí no tendrá connotaciones que nunca me había imaginado. Si fuese una amistad común, él no habría hablado aquella noche con Rik; no le hubiera contado a Teresa cosas que nunca sucedieron. Es el único amigo que conservo desde hace casi cuarenta años. Habrá quien piense:-¡Lindo amigo!-, pero siempre digo que no hay que esperar demasiado de la gente. Hay que aceptar lo que nos dan de bueno, e ignorar lo demás.

Como antes, cuando decía que la perfecta madurez consiste en poder recorrer distintas camas, alegremente y sin preocuparse de quienes son los otros ocupantes, su tema recurrente es el sexo. Claro que ahora, con toda esta historia del SIDA, Antonio está más insoportable. Al principio, pasó un tiempo lamentándose por la frondosa vida sexual que dice haber llevado, porque tenía miedo de estar enfermo - o de ser portador sano, que es casi lo mismo - y hasta pensó en someterse a un examen, pero luego ha llegado a la conclusión de que si ya está infectado, la cosa no tiene remedio: el riesgo es para quienes se acuesten con él, y por esos, no está dispuesto a preocuparse. Superada la transitoria castidad autoimpuesta que lo convirtió durante algunas semanas en un ermitaño, recluso en su casa donde miraba televisión por cable, Antonio vuelve a abogar por la libertad total, aunque sabe y admite que no es remedio para la soledad.

No lo veo con frecuencia. Me aburre un poco. Lo visitaba cuando me peleaba con Teresa, y él insistía: - Nunca viviste auténticamente. Separate y viví antes de que

sea demasiado tarde- Me decía también que cuando nuestros hijos fueran grandes, se casarían o se irían a trabajar afuera, y nos dejarían solos.

*Los jóvenes quieren irse. Así como a las generaciones anteriores les resultaban chicos los pueblos y querían huir hacia Buenos Aires, a ellos parecen quedarles chicos la familia, sus casas y el país. También quieren escapar, más lejos. En algún momento, a los hombres les resultará chico el planeta. ¿Adónde querrán llegar los últimos hombres?*

Antonio dice que Teresa y yo ya nos hemos quedado solos, guardando algo que no existe.

Tenemos que ir al pueblo, del cual nunca podemos desprendernos del todo, porque siempre hay cuestiones de trabajo o de intereses que nos ligan a él. Teresa dice que le parece un inmenso cementerio, donde se mezclan los muertos verdaderos con vivos que parece que estuvieran muertos. Tampoco a mí me gusta ir. Lo veo cada vez más más gris, más ajeno. Sin embargo, allí están enterrados nuestros padres, pasé mi niñez y parte de mi juventud. Allí conocí a Rik y a Teresa. Cada uno de esos encuentros significó el fin de una etapa: encontrar a Teresa fue lo más importante, y duradero, y definitivo.

Adolfina no habla con nadie en particular. Parlotea, sin imaginar que viejos fantasmas resucitarán con su charla. -De las parejas que se casaron en esa época - dice - ustedes son los únicos que todavía están juntos. Los matrimonios modernos se hacen hoy y se deshacen mañana.

Y vuelve al tema que la llevó a estas reflexiones: -La chica resultó ser una degenerada. Después de casi veinte años, con hijos grandes... Dicen que el marido, que es muy buen muchacho, se ha dado a la bebida. No es para menos. De un día para el otro, descubre que a su mujer le gustan las mujeres. Me contaron que ella está saliendo con esas dos viejas que tienen la oficina a la vuelta de casa.

Lydia, la primera de quien en el pueblo oí se dijeran cosas así, ha muerto. El tiempo puebla de muertos nuestra memoria. Teresa la conoció y dentro de los límites que Teresa impone para conceder su afecto, la consideró una amiga. El marido la lloró

desconsoladamente, tras quince años de matrimonio, aparentemente feliz. Keta tiene hijos grandes, porque se casó hace mucho tiempo con un primo de Elena, para la gente otra nueva, irrefutable prueba de su depravada relación. Trabajan juntas: son ellas las dos viejas de quienes habla Adolfina.

Adolfina no puede recordar el nombre de la pareja que se ha separado e insiste, dirigiéndose a mí. -Tenés que conocerlo. Él es colega tuyo. De tu edad, o un poco menor... Hacía teatro con vos, cuando ustedes eran jóvenes... - En ese momento, adivino de quien se trata, y no puedo evitar que mi Demonio interior se sonría por esta absurda, demorada, imprevisible simetría. Estamos de nuevo dentro del caleidoscopio, donde los mismos personajes ocupan hoy lugares diferentes. Mientras tanto, Teresa también se ha dado cuenta de que Adolfina habla de la mujer de Rik, y me mira.

Esa noche, en la cocina, Teresa y yo tomamos café y hablamos. Yo había creído que nuestra vida había sido feliz y nuestras relaciones, transparentes. Teresa me dice que durante todos estos años ha vivido sospechándome traiciones. Que a pesar de que estamos juntos casi las veinticuatro horas de cada día, piensa que llevo una doble vida. Es cierto que hay cosas de las que nunca hemos hablado, pero siempre he pensado que si el hablar sólo sirve para causar un dolor estéril, es preferible el silencio. Mi madre y mi abuela nos enseñaban que si no hay nada agradable que decir, es mejor callar, aunque hoy los psicólogos opinan lo contrario.

Muchas veces después de una pelea, Teresa se fue de casa. Otras, me fui yo, pero siempre me parecieron muy dulces nuestras reconciliaciones. Si en la calle, de lejos, deseo a una mujer, al acercarme descubro - siempre, fatalmente - que esa mujer es Teresa. (-Eso no puede ser. Ningún marido es así- me dice Marga, sola desde que el año pasado Félix se suicidó). Cuando después de esas separaciones vuelvo a reunirme con Teresa y le pregunto: -¿No es cierto que somos felices? ¿Bastante felices, por lo menos?-, ella se ríe y no me contesta.

Una de esas tantas veces que nos peleamos, y me quedé unos días solo, estuve - por primera vez - en el bar de la Recova, donde - me contó Alejandro - se juntan los que no tienen casa ni familia, y matan la noche, tristemente, entre copas. En esos días, yo

había encontrado, rompiendo papeles viejos, la carta para Luis Alberto que Juanjo me había dado y que nunca tuve oportunidad de entregar. La leí - treinta años después ya ni siquiera parece una indiscreción releer esa carta que hoy seguramente Juanjo no escribiría - y la dejé olvidada sobre mi escritorio. Allí la encuentra mi hijo, la lee, y me pregunta de quién es la firma. Le contesto que de un amigo a quien hace tiempo dejé de ver, lo que es verdad. No le digo que es el tío postizo que tantas veces lo tuvo en brazos cuando era chico, y por quien él y su hermana tantas veces preguntaron cuando - sin motivo aparente - dejó de visitarnos hace unos años. Mi hijo me pregunta: -¿Entendí mal, o le escribe a otro tipo?- Sin esperar respuesta, bromea: -¡Qué amigos tenías, viejo!

En el bar, charlando con un amigo casual - de esos que a veces me hacen pensar difusamente que podría llegar a encontrar un nuevo Rik o un nuevo Tato, hasta que el primer café o el segundo cigarrillo disipan la ilusión - yo hablaba de estas viejas experiencias - tan lejanas que parecen ajenas - y le dije que algún día escribiría esas historias. Me dijo que era muy fuerte - fuerte con ese sentido y con esa entonación especial que dan al adjetivo los jóvenes de hoy - y que posiblemente nadie agradecería que me tomase ese trabajo.

Leí una vez que el diccionario define clara y cómodamente al pentágono (a todos los pentágonos) como el polígono de cinco lados. Para dar una idea más o menos clara de como es un ser vivo - una planta, una lechuza - ya no bastan los mínimos elementos de género inmediato y diferencia específica, sino que hay que recurrir a una larga descripción, frondosa y seguramente imperfecta. Para dar la definición de un hombre en especial - el autor proponía a Jean Paul Sartre, que entonces aún vivía - hay que esperar el último segundo de su existencia. Hasta ese momento, cada uno tiene la posibilidad de ser - o de hacer - lo mejor y lo peor. Recibir directamente de manos de Jehová las Tablas de un Nuevo Decálogo; integrar una secta como la de los haxixinos; repetir las hazañas de Hitler o de Stalin, superar la caridad de la Madre Teresa de Calcuta. Cuando con Teresa llegamos a Sevilla, tras ver la Catedral, y la Casa de Contratación, y la calle de Sierpes, quise visitar - fuera del programa de la agencia de

viajes - el Hospital de la Caridad ( el Hospital de la Santa Caridad) donde me había informado se exhiben cuadros de Zurbarán y de Murillo. En la alto de la capilla, cerca del techo, algunas pinturas muestran a la Muerte, siempre presente, siempre esperando. El guía nos cuenta que el Hospital fue fundado por don Miguel de Mañara, filántropo español del siglo XVII, que salía por las noches a buscar a enfermos menesterosos y abandonados, a quienes cargaba sobre sus hombros y los traía a éste, su palacio, para curarlos o ayudarlos a bien morir. En la supuesta juventud licenciosa del personaje, se habría inspirado Tirso de Molina para su Burlador, primera encarnación literaria de Don Juan, arquetipo del Seductor.

La última vez que estuve con él, Antonio, tras los consejos y reproches habituales, me ha dicho que yo soy un Seductor. Que deliberadamente o sin proponérmelo, toda la vida he tratado de atrapar el interés o el amor de quienes me pasan por delante. Algo parecido me había dicho el doctor F.: -Usted quiere sentirse querido. Quiere que lo quieran- Recuerdo que le pregunté: -¿No es eso algo a lo que aspiran todos?, y él me contestó: -No todos.

Teresa dice que tenemos un destino marcado, y que no podemos escapar de él. Un cura me dijo - y comparto esa opinión - que la vida sería muy aburrida si Teresa tuviese razón. Prefiero pensar que cada uno es dueño y artífice de su destino, aunque sea dentro de algunos límites que posiblemente nos hayan sido dados. Y cada nueva posibilidad a la que jugamos es una demostración de que todavía estamos vivos, quizás de que todavía somos jóvenes. Tal vez ése sea el sentido del pacto que firmò con su sangre el doctor Fausto, ese Don Juan nórdico, que buscó la Eterna Juventud, y que como el otro - en alguna de sus versiones - alcanzó el Perdón. ¿Hasta cuándo podrá renovarse un acuerdo semejante, sin que ello acarrée nuestra perdición definitiva?

El teléfono interrumpe la disputa con Teresa. Ella está más cerca y atiende. Nadie contesta. Cuando eso sucede - ya me he dado cuenta... alguna vez me lo ha dicho - Teresa piensa que puede ser alguien que llama por mí, y que corta al oír su voz. Hoy hemos hablado tanto, de tantas cosas, que no me atrevo a insistir en que no debe



preocuparse. Que para mí, en el mundo, no hay nada más importante que compartir con ella lo que nos queda de vida.

Los teléfonos andan tan mal. Verdaderamente, estoy seguro de que estamos ligados, de que ha sido un llamado equivocado. ¿Qué cliente, qué amigo llamaría a casa a medianoche? No puede ser Isabel. Desde aquella primera siesta, en su casa, cuando admití que era la primera vez que engañaba a Teresa, *justmente con ella*, y sé mostró tan convenientemente impresionada - casi diría respetuosamente halagada - jurando que nunca haría algo que me crease problemas, tengo la seguridad de que jamás se permitiría nada que pudiese llevarla a tener que ocupar en mi vida un lugar que no le corresponde y que - está bien claro - no le interesa ocupar. Esta tranquilidad sólo se logra permitiéndose estas escapadas con gente madura, como uno.

Mucho menos puedo imaginar que haya sido... No. Creo en su sentido común, en su prudencia; en su sinceridad cuando me dice que me quiere, y que reconoce mis valores. Como Isabel, acepta que que no siempre es posible asumir todos los compromisos, si es que hoy se puede hablar de *compromisos* en estos terrenos. Es lógico que dadas las circunstancias, acepte que no podemos ir más lejos, que debemos respetar convenciones sociales y situaciones preexistentes. A pesar de que Antonio ( con quien se conocen desde hace tiempo, que fué quién nos presentó, y que no se imagina que seguimos viéndonos), sostenga que es mejor no darle confianza, y cuidarse de sus reacciones, que pueden ser rencorosas, vengativas y desmesuradas, a veces casi demenciales... Creo que puedo confiar en su discreción, aunque la ultima vez que nos vimos se enojó tanto, y hasta amenazó con destruirme, con acabar conmigo y con mi hipócrita, mentirosa vida (así me dijo: -Voy a tarminar con vos y con tu hipócrita, mentirosa vida-) Nadie cumple esas amenazas. No creo que sea capaz. He vivido experiencias semejantes. Conozco a la gente. No suelo equivocarme tanto, aunque en este caso hay quienes sostienen - no sólo Antonio - que es imprevisible, irresponsable, y en el fondo incapaz de sentimientos... No puedo estar equivocado. Manana, le voy a hablar, para que todo quede tranquilo. Somos seres grandes. Maduros, no chiquilines ireponsables, capaces de poner en peligro nuestra estabilidad emocional,

esta paz y este orden que disfrutamos cada día, todo lo que hemos logrado, por una aventura fugaz, poco más que un capricho. Mañana, lo primero que tengo que hacer al llegar a la oficina, es llamar y dar las explicaciones que me exige este tonto, a quien a veces se me ocurre llamar - no sé si con un exceso de optimismo - my dear reflection o mi segundo Rik.

Buenos Aires, 20 de julio de 1997